DIEGO LEIVA

DEL AUTOR DE 'UN HOMBRE COMÚN'
LLEGA UN THRILLER DEMOLEDOR.

MANTO NEGRO



Manto negro

Diego Leiva

Manto Negro

© Diego Leiva, 2026.

ISBN: 9798250897976

Todos los derechos reservados.

Independently Published

Queda rigurosamente prohibida la reproducción total o parcial de esta obra en cualquier medio o formato sin la autorización previa del autor.

PRIMERA PARTE

LA SUPERFICIE

1

El diagnóstico va en mi mano, frío, como si fuera un sobre cualquiera. Es solo papel. Papel y tinta. Pero pesa como si fuera de plomo. La gente que se cruza conmigo en el pasillo de la clínica debe pensar: «Ahí va un electro, un análisis de orina o un simple hemograma». Dudo que sospechen que lo que aprieto con los dedos todavía entumecidos es mi sentencia de muerte. Una lista detallada de siglas: TP, PET, RM. Y lo más notable, el estado IV del asunto: metástasis. Metástasis. La palabra suena a suciedad. A algo que se arrastra por dentro.

No entiendo nada. Todo daba bien hace un mes. Y ahora, justo cuando creía que empezaba a sentirme mejor, el doctor me tira esta bomba atómica en el medio del pecho. Boom. Adiós a todo.

Avanzo hasta el final del pasillo, hacia el hall de entrada. Miro a la chica del mostrador; tengo ganas de comunicarle mi dolor, pero estoy demasiado rígido para articular un gesto. Hace un par de semanas quería decirle lo linda que me parecía. Ahora… ahora solo veo una cara que no volveré a ver. La miro por última vez. Ella sigue ahí, existiendo, mientras yo me acabo de convertir en un fantasma. Salgo a la vereda. La mañana es hermosa. Es, probablemente, la mañana más bella que vi en mi vida.

¿Por qué? Porque ya no me pertenece. El sol brilla para los que van a seguir aquí mañana. Yo ya soy un extraño.

Camino entre la gente apurada. Nadie me ve… ¿Ya me morí? El mundo circula como siempre: veloz e indiferente. Pronto dejaré de

ver toda esta locura. Qué suerte tienen. Qué estúpidos son por no saber la suerte que tienen.

Me siento en la plaza, la misma en la que aguardé el turno con el médico. En el mismo banco bajo el jacarandá. Todavía está la tapita de cerveza con la que jugaba hace un rato. Hace una hora yo era otra persona. Hace una hora tenía un futuro. Un sol cálido se filtra entre las ramas que se mecen por la brisa suave de la tarde… Una tarde que no olvidaré jamás… ¿Qué estoy diciendo? ¿A quién le importan los recuerdos? Ya no tengo pasado, no tengo nada. ¡No tengo futuro! Qué clase de idiota malgasta la vida entre planes y más planes… No hice nada con mi existencia… Nada importante. Nada esencial. Voy a morir a los treinta y seis años sin cumplir una sola meta. Me quedé con los sueños. Ni siquiera podré decir que lo intenté… No intenté nada; viví en una postergación constante. Fui un cobarde. Un puto espectador de mi propia vida.

Suena el teléfono. Debe ser ella… No voy a atender. ¿Cómo se lo digo, Dios mío? Lo apago. Quisiera arrojarlo, ¿de qué me sirve ya? Ahora que lo pienso bien, no son muchos los que me van a extrañar… A decir verdad, son muy pocos, prácticamente nadie. Un departamento vacío. Una cama hecha. Eso es todo lo que dejo.

Empieza a caer una catarata de pensamientos: «Debería haberle dicho todo lo que sentía a Vale. Debería haber estudiado la carrera de veterinario. Debería haber golpeado al encargado de aquel depósito. Debería haber sido más valiente… Decir tantas cosas a tanta gente. Ojalá me hubiera rebelado cada vez que quise hacerlo…».

Pienso y pienso. Me pierdo. Estoy aferrado a este banco sufriendo una transformación en vano. Empiezo a sentirme fuerte, valiente… heroico. Pero ya no sirve de nada. ¿O sí? ¿Voy a buscarla…? ¿Voy a buscar a uno por uno? No hablo de venganzas, sino de… ¿De qué?

¿De justicia? Qué palabra tan grande para alguien que se está apagando.

Me lleno de dudas nuevamente.

Por eso Dios me quitó el tiempo. No merecía esta vida… Soy absolutamente prescindible para este mundo.

Otra vez el dolor en lo profundo de las entrañas. Aunque, cargado de incertidumbre, el dolor es más punzante; ahora ya sé que es un cáncer… ¡Un puto cáncer! ¡Dios! Siento que me devora por dentro. Puedo oírlo masticar.

Salto del banco, furioso, y me alejo apretándome las sienes, refregándome la cara. ¡Dios! ¡Dios! Mamá se va a morir cuando sepa…

Enciendo el teléfono mientras camino abatido y cruzo la calle hacia la parada del colectivo. Un auto frena de golpe junto a mí. El tipo me insulta. Yo me disculpo sin mirarlo, alzando la mano. Me derrumbo… Subo a la vereda y decido prender el celular.

Las veredas se infestan de gente. Hormigas. Todos corren hacia algún lugar que creen importante.

Llamadas perdidas… ¿Qué? Veinticinco llamadas… ¿Quién?

De pronto, un revuelo en la esquina. Todos se dan vuelta. Una moto baja a toda velocidad de la vereda al asfalto. Gritos. Una mujer cae tras ellos. «¡La robaron!», pienso enseguida. La gente en la fila junto a mí observa la secuencia con asombro. La moto se acerca. Van dos arriba.

Miran hacia atrás… Asaltaron a la mujer. Veo que hay un fierro apoyado junto a un cesto de basura aferrado al poste de electricidad; un fierro que usan en la panadería para trabar las rejas cuando cierran. Lo tomo sin pensar… No siento el peligro. No tengo miedo… Realmente no lo tengo. ¿Qué me van a hacer? ¿Matarme? Llegan tarde. Pasa la moto frente a mí y se lo lanzo como una flecha; es un hierro macizo y pesado. Le doy justo a la rueda

trasera. La moto se clava y derrapa, los tipos vuelan. Salen expulsados y se revuelcan por varios metros.

La gente empieza a murmurar, todos están consternados, los autos frenan, llega la mujer que venía corriendo desde la esquina. Los tipos se arrastran malheridos. Sonrío nervioso. Los agarré, pienso. Los agarré. Por fin hice algo. Por fin soy el protagonista.

—¿Qué hacés, hijo de puta? —me grita la mujer.

—¿Qué? —le pregunto desentendido.

—¡Estúpido! Es mi hermano. ¿Por qué hiciste eso?

Me congelo. Pero no me arrepiento. Bueno. Mi primer acto heroico y es un desastre total. Típico de mí.

—Pensé que te habían robado, flaca.

—Idiota. Me estaba haciendo una broma —me dice, y se va a ayudar a los tipos que aún no se levantan.

Sigo sin sentir temor. Me importa un carajo que no sean delincuentes. No los voy a ayudar a levantarse.

—¿Qué hiciste, flaco? —me dice un tipo que está al lado en la fila.

—¿Qué?

—Estás loco. No hay que meterse si no sabés…

Lo miro. Me impresiona su miedo. Pobre infeliz. Tiembla por una moto caída. Si supiera lo que llevo en el bolsillo.

—¿Andá… y qué hay que hacer? ¿Mirar para otro lado?

El tipo recula un poco.

—Está llena de locos la calle. No hay que meterse con nadie. No hay que jugar a ser un héroe… podés terminar mal.

Decido no seguirle la corriente. Decepcionado, pero muy tranquilo, me doy vuelta y me voy caminando. Voy a caminar al trabajo. Empiezo a sentirme liberado. Estoy liberado. Uno de los tipos se para, se saca el casco y me mira con odio. Yo le sonrío, no le bajo la mirada. Adelante, mirame todo lo que quieras. Mañana no voy a

estar acá para que me encuentres. Doblo la esquina y me voy lentamente, con las manos en los bolsillos.

Suena el teléfono. Número desconocido. Atiendo. Voy con la vista puesta en una ciudad que me gusta, que ya no me obliga a correr atrás de nada.

—Hola… —digo.

—Soy el doctor Salerno —me dice—. Al fin me atendés, flaco. Me estaba desesperando.

—No voy a hacer tratamientos, doctor —le afirmo con mucha relajación.

—¿Qué tratamientos? ¡Vení volando a la clínica! ¡Se equivocaron! Te leí un diagnóstico de otro… ¡Te di los análisis de otra persona! Acá tengo los tuyos… No tenés nada. ¡Vení! ¡Volvé!

Se me hiela la sangre. Me recorre un escalofrío desde la punta del pie hasta la nuca y, después de estar por derrumbarme de nuevo, ya no me siento liberado. Me lleno de miedo. No puede ser. No, no, no. Acabo de romperle las piernas a un tipo por pura diversión suicida. Miro hacia atrás y de repente siento temor de que los tipos de la moto me agarren o que me vengan a buscar. Empiezo a correr. Corro desesperado. Corro y corro.

Pero me detengo de a poco. Me doy cuenta.

¿Qué estoy haciendo?, pienso. ¿A qué estoy jugando? Tengo una pistola en la cintura y la placa en el bolsillo… ¿Y me hago el héroe ordinario? Soy un oficial de la fuerza. Debería haber pedido refuerzos. Debería haber usado el protocolo. En lugar de eso, lancé un hierro como un maníaco.

Dejo de correr.

Creo que la paranoia me está afectando. Pero… ¿por qué a mí? Esto es insólito. Estoy marcado por un destino ensañado en joderme la vida… Que humor tan retorcido.

Me voy rápido antes de que venga la patrulla con algún conocido. Si me ven acá, mi carrera se termina hoy mismo.

Me voy a comprar una petaca. Tengo que calmar esta locura.

Se oye una sirena muy cerca. Yo sabía.

A correr.

2

La sirena se vuelve un alarido a mis espaldas. No guardo la petaca; la aprieto contra el muslo mientras doblo por una calle lateral, esquivando a una señora con bolsas de súper. El aire me quema los pulmones. Hace diez minutos pensaba que me moría de cáncer; ahora me preocupa morir de un infarto en esta vereda rota.

Llego a la avenida. El semáforo está en rojo. El flujo de gente me arrastra. Toco mi cintura: la pistola sigue ahí, pesada, recordándome que soy un oficial de la ley escapando de la ley. Cruzo a mitad de cuadra entre las frenadas de los taxis. Lo único que me falta es perder la placa por revolearle el fierrazo a esos dos idiotas.

Instantes más tarde, luego de haber pasado a recoger mis verdaderos análisis, entro a la Superintendencia disimuladamente, tratando de que nadie note mi presencia. Pero noto el peso de las miradas sobre mí. Veo un par de cabezas asomando por arriba de las computadoras. Me arreglo la campera y trato de poner cara de «día normal de oficina». Pero apenas cruzo la puerta principal, el silencio cae como un hachazo. Los dedos de los administrativos se congelan sobre los teclados. Mi compañero, el «Gordo» Morales, me mira desde el fondo del pasillo con el teléfono en la mano y una cara de entierro que me revuelve las tripas. No hay un hola, no hay un «che, ¿cómo te dieron los análisis?». Solo hay un video que corre de celular en celular: mi espalda, el hierro volando como una jabalina, la moto desparramada y mi cara de loco sonriendo a cámara mientras la mina me insulta. ¿Quién me filmó? Estaba tan enajenado que no lo recuerdo. Alguien lo subió a Twitter hace diez minutos.

«Oficial de civil ataca a motociclistas en Mataderos», dice el zócalo de una noticia que ya empezó a arder. El jefe sale de su despacho sin decir palabra, me señala con un dedo que parece un cañón y luego indica su oficina. Estoy sano, sí, pero creo que acabo de ganarme, como mínimo, una suspensión.

En su oficina ya está mi socio, Raúl, un compañero inmejorable. Un hombre de familia, un tipo serio, de emociones controladas. Algo mayor que yo en todos los sentidos. A decir verdad, Raúl es mi héroe. Pero él no lo sabe. Y mejor que no lo sepa nunca. Los héroes se rompen cuando los mirás de cerca. El jefe se desinfla en el sillón y nos mira.

—Víctor —me dice, con una sonrisita—. Dejá de revolear palos a la gente. ¿Por qué no le diste un tiro?

—Y… medio complicado darle a una moto que vuela.

La respuesta me sale automática, pero me arrepiento apenas la suelto. No estoy para hacerme el gracioso. Se pone serio.

—Es un chiste. Estás descontrolado.

Raúl me mira, sin expresión. Esa es la mirada que me jode. La de Raúl. Me estudia como si fuera un problema matemático sin solución. El jefe suspira.

—Los reuní porque tengo que asignarles un caso muy, muy importante. Se escapó un loco, en realidad un asesino… serial. De allá de Arrecifes, creo. Y vinieron órdenes de muy arriba. Me pidieron gente a mí.

—Estamos un poco lejos, señor —dice Raúl, sin miedo a la contraofensiva—. Digo… ¿no tienen gente allá, o…?

—Deje de objetar. Este caso fue rebotando y llegó hasta acá. Este tipo podría ser muy peligroso. Tiene setenta y pico…

Solté una risa apretada. Setenta y pico. Me lo imagino con un andador y un revólver oxidado. La risa se me escapa antes de que pueda frenarla.

—¿De qué se ríe usted?

—Perdón…

El jefe estira el silencio. Le encanta ese jueguito de poder, hacernos sentir que somos sus empleados del mes en un circo que se prende fuego.

—Tiene setenta y pico y mató a unos cuantos… hizo un quilombo bárbaro. Y se tomó el palo. Esto fue hace unos días. Se presume que podría estar en Villa del Mar, bien al sur de la provincia, a pocos kilómetros de Mar Sudeste. Es un pueblito de mierda. Pero ahí, en los años ochenta, este tipo, Abel Thomas, hizo una carnicería también.

Raúl lo interrumpe rápidamente.

—Pero, jefe… El tipo no va a volver a su ciudad natal. ¿Tan idiota va a ser?

El jefe lo mira feo. A él no le importa si el tipo es idiota o no. Solo quiere que el problema desaparezca de su escritorio.

—Hay fuentes muy fiables que lo ubican ahí…

—¿Y por qué no lo van a buscar ya? —opino.

—Porque yo les dije que lo van a ir a buscar ustedes…

—Pero… —digo—, ¿saben dónde está o no? Le están dando tiempo al viejito de que se pasee tranquilo, que vaya a visitar a la familia.

Entonces me mira con odio. Si las miradas mataran, yo ya sería el primer muerto de este caso.

—Usted se calla y me va a buscar a ese tipo. Los dos van.

Raúl me mira. Sigo esperando que diga algo, que lo ponga en su lugar. Pero Raúl no se mueve. Es una estatua de hielo.

—Necesitamos apoyo —sugiero.

—¿Apoyo? —me dice.

—Y sí… ¿O de qué se trata? ¿De un arresto ordinario?

—¿Querés salir en la tele?

—No, señor. Pero es un asesino serial.

Me mira largamente. Me estudia como si fuera un bicho raro. Un miedoso. Me arde la cara.

—Es un viejo de mierda, pibe. No sea ridículo. No tenga miedo… «Apoyo». —Se sonríe. Es una sonrisa que me da ganas de romperle los dientes—. Usted tiene que tomar aire, Salas. Me está trayendo problemas acá, en las calles. Tiene que relajarse. Vaya, vea el mar, respire hondo y arreste a ese tipo.

Raúl me mira y no habla. Necesito que diga algo. Cualquier cosa. Que me defienda o que me mande a cagar, pero que reaccione. De pronto lo hace.

—¿Tomás cuánto?

El jefe murmura odiosamente.

—Abel Thomas… Tranquilos, esto se resuelve enseguida. Si no, les mando «apoyo». —Me mira con una mueca.

—Y bueno —digo—, vamos a buscar al jubilado.

Raúl baja la vista. Creo que quiere reírse. O quizás siente la misma lástima que siento yo por nosotros dos.

—No se haga el bobo. Ese «jubilado» ya se cargó como a quince personas. ¿No querrá ser el dieciséis usted?

No contesto. Raúl carraspea. El aire en la oficina se pone pesado. Quince muertos. Y a nosotros nos mandan a tomar aire de mar.

Al rato, frente a los mingitorios, orinamos al unísono. El sonido del agua contra la cerámica es lo único que llena el silencio. Me pregunto si él también siente este vacío en el estómago.

—Qué raro todo esto, Raúl. Últimamente pasan cosas raras acá.

—¿Raro? —me dice, muy parco.

—Sí. Nos mandó a tomar aire a ochocientos kilómetros de acá. A arrestar a un viejo…

Raúl mira hacia abajo. Se sube el cierre del pantalón con una firmeza que envidio. Hasta para mear es impecable. Yo, en cambio,

siento que me estoy desarmando por dentro.

—Todos los días son raros acá. Si querés que todos los días sean iguales, andá a trabajar a una oficina.

—No me refiero a eso. Me gusta mi trabajo… pero siento que nos desprecian un poco.

Raúl va a lavarse las manos. Volteo para verlo; él me sostiene la mirada a través del espejo manchado. Su reflejo parece más real que él mismo. Esos ojos no te dejan pasar ni una.

—¿Nos? ¿Sabés cómo te pusieron los muchachos a vos? El «Border».

Me doy vuelta subiéndome el cierre. El golpe me llega de lleno. Siento un calor repentino que me sube por el cuello.

—¿Eh? ¿Qué Border… Border Collie?

Raúl contiene una risa que intenta disimular. No se ríe conmigo, se ríe de mí. Mi héroe acaba de darme un cachetazo sin usar las manos.

—Dale, vamos…

Se seca las manos y enfila para la puerta.

—¡Vos estás con ellos! ¡Hay una campaña oscura en mi contra! —le grito, pero ya se fue.

Me quedo solo frente al espejo manchado. «El Border». No sé si es por el perro o porque creen que estoy a punto de saltar al abismo. Lo peor es que, en este momento, ni yo mismo estoy seguro de la respuesta.

Me miro al espejo, me lavo las manos y recuerdo algo. No sé por qué me asalta lo que vi anoche en televisión: una noticia insólita que me dejó atónito. Una manada de caballos fue liberada de un cuartel, no sé si de Gendarmería o del Ejército. La cuestión es que la imagen en la pantalla fue impresionante, algo surrealista: más de treinta caballos corriendo por la Panamericana y los autos abriéndoles paso

para que la tropilla corriera desaforada, sin saber hacia dónde, simplemente porque eran libres.

La imagen me dejó pensando hasta la hora de irme a la cama. Un montón de caballos corriendo por la autopista en dirección norte, quizá hacia el Río de la Plata. Ahora me pregunto si los habrán agarrado; en realidad, deseo que no lo hayan hecho. Pero acá, en el medio de Buenos Aires, esos pobres animales no van a tardar en ser capturados, aunque simplemente corran para ser libres, sin intenciones de lastimar a nadie.

Me pregunto quién habrá roto la cadena y abierto el portón para que se escaparan. Algún loco amante de la libertad, los veganos quizá, o tal vez algún activista. No lo sé. Me fui a dormir con esa imagen de los caballos corriendo sobre la autopista con el ocaso de fondo, y eso le dejó un sabor especial a mi sueño. ¿Habrán sobrevivido?

En fin, quince minutos después nos estampan el expediente de Thomas y un montón de reportes; una linda lectura para el viaje al pueblito. La mirada de este Thomas en la foto es inquietante. No tengo ni idea de cómo vamos a proceder en esta. Y voy a dejar de decir que todo esto es muy raro… Raúl sabe más de lo que dice. Voy a confiar en él. Si hay alguien con experiencia en estas movidas, es mi gran compañero.

Paseamos un rato recolectando la información. Siento las miradas otra vez. Tanto escándalo por derribar a dos motoqueros de un fierrazo… «Border»… qué imbéciles. Qué complicado es perder el miedo. No sé si está tan bueno; menos mal que duró un rato. Tengo que encontrar un equilibrio. Cuando pierdo el miedo me relajo y me descontrolo. Cuando ando con miedo —o sea, a diario, por esta salud de mierda— me manejo mejor, más atento. Pero siento que no soy yo, que estoy reprimido. Vivo queriendo liberarme y, cuando lo hago, me voy a un extremo peligroso. Quizá necesite aire fresco.

Por ahí, si agarro al viejo ese, me van a respetar un poco más todos estos. Un asesino serial… Si se me retoba, lo dejo como un colador. Lo digo para convencerme, pero sé que en este lugar el respeto es un animal que no se deja domesticar. Afuera, en la vereda, le pregunto a Raúl:

—¿No estamos en el área de delitos complejos nosotros?

—¿Y a vos qué te parece? —me responde.

—Buscar a un viejo en un pueblo de doscientos habitantes no tiene nada de complejo…

—¿Ah, mirá vos? Entonces andá vos solo y traelo.

Lo desafío en silencio. Sostengo la mirada hasta que me arden los ojos. Quiero que vea que hablo en serio, que no soy el pibe que necesita que le aten los cordones. Luego le digo:

—Voy… Vos andá a pasear con tu familia.

Raúl ríe con ironía.

—No, a ver si se te suelta la chaveta. Todavía no podés caminar solo, Víctor.

—Ah, cierto que soy un «Border»…

Me mira con la sonrisita clásica.

—Lo dijiste vos.

—Síganme tratando de loco. Estaba mejor de encubierto.

—¿Metido con los narcos y toda esa historia? No jodás, Víctor… Con esa vida sí te ibas a volver loco de verdad.

—No siempre andaba entre narcos. Me pasearon por todos los rubros. Raymond me volvía loco…

Raúl pierde la vista con nostalgia.

—Raymond —murmura—. Se lo extraña al viejo. Pasamos muchas acá… fue mi mentor y el de unos cuantos.

El nombre de Raymond cae entre nosotros como una piedra en un charco.

—Manto fue el último.

—Sí. Manuelito no lo superó. ¿Dónde andará ese loco? Ojalá vuelva, tenía maña.

—Nosotros también hacemos buena dupla… ¿o no?

Me mira incrédulo. Esa mirada me duele más que un insulto. Es la mirada de alguien que cuida a un perro rabioso, no la de alguien que confía en su compañero.

—Sí, mejor que Batman y Robin… Dale, vamos.

Él camina hacia el auto y yo me quedo un segundo atrás. Seguro que soy Robin para él. Algún día voy a traer la cabeza de alguien en una bandeja y van a tener que cambiarme el nombre.

INTERLUDIO

UNOS DÍAS ANTES

Quizá en un ejercicio calculado de ocultamiento, la garita de vigilancia del hospital —cuyo propósito muchos preferían desconocer o desestimar— se erguía en el lejano y sombrío «Corredor de las Velas» de los enfermeros, un pasaje que pocos transitaban a propósito. Mientras tanto, la entrada convulsionada de la guardia, desbordada por la angustia y el caos diario, no contaba con el respaldo de un solo hombre de seguridad; un vacío que acentuaba la sensación de vulnerabilidad que reinaba en el lugar. Así funcionaban las cosas en el desolado nosocomio municipal Gaspar Inmaculado, perdido en las afueras de la remota localidad de Arrecifes, donde la muerte y el silencio parecían haberse entrelazado en una danza macabra.

En las entrañas de aquel viejo edificio, de paredes deslucidas por el paso del tiempo, un pulcro y angustiante pasillo revestido de azulejos blancos reflejaba una luz fría, casi inhumana, que parecía seguir a cada visitante con una mirada implacable. El largo corredor conducía, de manera inexorable, hacia las puertas vaivén que se erguían como la última barrera entre la vida y la muerte. Traspasándolas, uno se adentraba en el pabellón catorce, un espacio sombrío que parecía existir en un tiempo suspendido, donde las paredes eran testigos mudos de lo irreversible. Allí, en un campamento de biombos deshilachados que apenas alcanzaban a separar unas pocas camas, se hallaba la carne despojada de esperanza. Un centenar de camas, flácidas y desordenadas, contenían a los pacientes más condenados; aquellos que no solo

estaban marcados por el destino, sino por la historia oscura de tres cárceles: dos de Buenos Aires y una de Santa Fe. Criminales de leyenda, conocidos por los horrores que habían causado, esperaban, sin prisa pero con certeza, que la muerte viniera a reclamar sus almas.

El cubículo de chapa, con su diminuto vidrio empañado, era el único refugio de los guardias, esos espectros que vigilaban desde su fortaleza improvisada, aislados del mundo real. Este pequeño puesto de vigilancia se encontraba junto a las puertas vaivén del pabellón trece, el cual se erguía de forma desafiante en el segundo piso, justo enfrente del catorce. Ambos pabellones, opuestos en su esencia, solo eran separados por el pulmón del edificio: un vacío rectangular que se abría como una herida entre los dos mundos. Este espacio estaba rodeado por dos largos pasillos, interminables balcones que conectaban con la grotesca presencia de un ascensor montacargas, cuyo sonido metálico y chirriante era el único testigo de la vida que transcurría en la parte baja, donde las sombras se acumulaban como recuerdos no deseados. El Corredor de las Velas, como se conocía al pasillo que llevaba al pabellón catorce, era un pasaje solitario, recorrido solo por aquellos que ya no esperaban nada de la vida; el trece, en cambio, pertenecía a los vigilantes, con los ojos fijos en el abismo.

Y abajo, en el primer piso, más allá de los ojos que ya se habían acostumbrado a la oscuridad, se encontraba un depósito de suministros, un lugar sombrío y apenas frecuentado donde los ecos del hospital resonaban como murmullos lejanos. Nadie se atrevía a acercarse demasiado, pues en ese rincón olvidado se decía que se guardaban no solo medicinas, sino recuerdos y secretos. El susurro de las voces invisibles hablaba de una tensión latente, de un miedo que se filtraba entre las paredes, como si el hospital mismo estuviera

vivo, respirando a través de sus pasillos, aguardando el momento preciso para liberar sus horrores más profundos.

En su primer día de trabajo como vigilador, Gabriel Meyer salió del ascensor prolijamente vestido y engominado a lo Gardel. Su llegada era contemplada atentamente por Aurelio Segundo Ramírez, que se clavaba un mate en el insignificante recipiente de chapa. Este antiguo custodio era un señor entrado en kilos con el aspecto de un hombre de familia; simpático y muy cálido, pero también se lo veía algo acobardado allí, hundido en su pequeña banqueta dentro de ese reducido mundo laboral. Observando el arribo del nuevo empleado, Aurelio dejó un mensaje en su celular:

—Tres «lucas» a la cabeza, en la vespertina de mañana —dijo y envió el audio.

Esta apretada convivencia entre vigías no era cosa sencilla; en un espacio tan estrecho, el anclaje del fastidio podía darse por mínimas diferencias. Así que Gabriel, de poca experiencia en estos trabajos, se mostraba amigable y de nervios firmes. Él había sido derivado a este hospital para cubrir junto a Aurelio el turno de veinte horas a ocho de la mañana; de este modo pasarían la noche juntos custodiando las dos alas del segundo piso, extrañamente desde adentro y no desde las entradas principales.

Entre amenas palabras introductorias, estos insomnes a la fuerza, cuidadores de la noche, vieron las últimas gotas de claridad escapando allá, sobre las terrazas del edificio. Gabriel supo que había un equilibrio en la voz para esta ocasión, de modo que extirpó su ansiosa verborragia con el propósito de agradar y se fue amalgamando al tono de Aurelio; de esta manera fue navegando por este nuevo y silencioso mar de serenidad. Aurelio, antiguo apostador y amado por los enfermeros, no veía más remedio que aceptar, por lo pronto, al nuevo integrante de su lista de compañeros.

—Mi prima vive en Longchamps —le decía Gabriel—, pero creo que se está por mudar a La Paternal.

—No me gusta la Capital —reponía rápidamente Aurelio—. Yo me crié allá, es un basurero… vos me entendés. A medida que me fui alejando para la provincia fui comprendiendo que hay otra clase de gente, amigo; gente más respetuosa, más decente. ¿Vos naciste en Arrecifes?

—No, somos todos de Rufino, y vinimos para acá cuando mi viejo cambió de trabajo.

—Ah, mirá vos. Bueno, che, ¿vamos a estirar las patas? —le propuso.

Salieron de la cabina y fueron junto a la baranda; después curiosearon hacia abajo y luego Aurelio le convidó un cigarrillo a Gabriel. Mientras fumaban y paladeaban el silencio, oyeron un par de gritos desgarradores en dirección del catorce. Gabriel se preocupó, las facciones de su rostro cambiaron, pero Aurelio apenas levantó las cejas. Y ni bien Meyer dejó de frotar nerviosamente el filtro de su cigarro, otro grito hizo eco y se oyó el derrape de las rueditas de alguna camilla; casi consecutivamente, un enfermero salió reventando las vaivén. Era un hombre de tez morena, de cincuenta y pico quizá, de poco y fino pelo, pero con llamativas patillas. El tipo se tomaba la cara y lloraba; fue hasta la baranda intentando contener el llanto, pero la angustia explotaba en su rostro.

Los vigiladores presenciaban la fea secuencia justo enfrente, separados solo por el vacío del pulmón; Gabriel, algo desorientado, se preguntaba por qué un profesional reaccionaría así, qué tan grave podría haber sido lo que se vivía allí adentro. El curador les dio la espalda y pronto secó sus lamentos para volver a ingresar. Luego, sin comentarios, el curtido Ramírez palmeó al novato y ambos regresaron a la casilla. Pero una vez en el interior, le dijo:

—Esa barrera no siempre sirvió para contenerles el dolor. Hace unos seis años, uno de los chicos se arrojó al vacío. No solo se mató, sino que también lastimó a unos residentes que pasaban por abajo.

Al oír aquel duro recuerdo, el entusiasmo y las cosquillas por el primer día de trabajo comenzaban a deshacerse para Gabriel. Pasado un breve lapso, se presentó una mujer muy elegante con un saquito color salmón; se la veía apurada. Aurelio ni se paró, solo bajó la diminuta ventanilla:

—¿Qué pasa, Fabi? —le soltó muy confianzudo.

—Lito, mi vida —dijo la mujer—. Te pido un favor: mañana a las ocho, cuando salgas, llevame dos tubos de oxígeno del once, los que te apartaron los chicos, y dejalos en lo de Albarracín, porque ya me tiene harta. Chau.

—¡Sí, señora! —afirmó Aurelio, mientras la mujer se retiraba taconeando.

Gabriel, que había resultado invisible para la visita, tímidamente se animó a hablar:

—¿Quién es?

—¿Esta?… La directora del hospital —le respondió Aurelio.

—Ah…

Arañando la medianoche, empoderado en su puesto y ya mostrándose como manejador de las conversaciones y los silencios, Aurelio relataba algunos de los detalles más sórdidos de su experiencia en el Gaspar:

—Ninguno parte dejando una frase de poesía en el lecho final —comentaba—; muchos se consumen horrendamente, y la mayoría de las veces los que los acompañan no son estrictamente los familiares, sino ellos —y señaló al mismo enfermero que había salido otra vez al pasillo—. Ellos te ayudan a pasar al otro lado. Muchos de estos tipos no llegan a desahogarse en sus casas, por eso vienen al Corredor de las Velas.

Mientras el experimentado Aurelio seguía deslizándose por el relato de sus historias, su voz profunda y cargada de años parecía arrastrar a Gabriel hacia un abismo de palabras que no lograban sostenerlo. Sin embargo, algo extraño se desató. Gabriel percibió que el enfermero comenzó a observarlo con una fijación inquietante, con una mirada penetrante que no parpadeaba, como si estuviera leyendo su alma. Aquella mirada le examinaba el semblante, bajaba hacia sus manos y regresaba a sus ojos de una manera tan persistente que Gabriel no pudo evitar sentirse invadido. Aurelio seguía hablando, ajeno a lo que sucedía. Gabriel, por su parte, bajó la vista un par de veces buscando escapar de esa presión, pero cuando se atrevió a levantarla, allí estaba de nuevo: el enfermero, inmóvil, aferrado a la baranda con su rostro traumatizado, casi petrificado, como una estatua que no necesitaba más que su presencia para llenar el espacio.

El tiempo, en esos segundos que se estiraban interminables, se desdibujaba. Gabriel no sabía si las palabras de Aurelio se habían desvanecido en la neblina o si había dejado de escuchar de manera consciente. Lo único que sentía era el peso de esa mirada, como si un par de ojos invisibles lo atravesaran. Entonces, como una distracción afortunada, su atención fue arrastrada hacia otra presencia que se acercaba desde el lado del montacargas. Era una mujer de uniforme bordó; sus movimientos eran lentos, casi obsesivos, mientras se encargaba de encerar el piso con gran calma. El chirrido del trapo al frotar las superficies se unía al murmullo de Aurelio, creando una sinfonía de tensión en la que Gabriel parecía quedar atrapado.

La mujer, al llegar frente a ellos, detuvo su lento recorrido. Se agachó y comenzó a pulir la baranda con movimientos tan pausados que Gabriel sintió que el tiempo mismo se congelaba a su alrededor. En ese instante, un nuevo peso se añadió a la atmósfera, uno más

denso que la simple presencia de la mujer: ella también lo miraba. Fijamente, como si su mirada tuviera el poder de despojarlo de sus pensamientos. Gabriel sintió cómo su piel se erizaba, como si alguien hubiera abierto una grieta en su conciencia dejándolo expuesto. ¿Por qué lo miraba de esa manera? ¿Qué buscaba en sus ojos? Se sintió observado por algo más que la simple curiosidad humana. La mujer no decía nada, no hacía gesto alguno; solo su mirada, directa, fría, casi clínica, lo perforaba. Gabriel intentó mover las manos, un pequeño gesto que lo desconectara de esa incomodidad, pero no pudo. Su cuerpo estaba tenso, entumecido, como si su voluntad hubiera sido secuestrada por esa presencia penetrante.

El pensamiento de Gabriel, confuso y atrapado, empezó a girar en espiral: «¿Por qué me miran? ¿Qué sucede? ¿Qué quieren de mí?». Cada repetición de esa pregunta lo sumía más en el desconcierto, hasta que finalmente no supo si las voces en su cabeza eran las suyas propias o las de algún espectro invisible. Aurelio seguía su charla, indiferente a lo que sucedía a su alrededor, como si nada pudiera perturbar su discurso interminable. Gabriel, en un impulso casi instintivo, quiso decir algo, cualquier cosa para romper el silencio. Pero el miedo lo paralizaba; ni siquiera logró saludarla. En ese momento, la mujer dejó de pulir la baranda y le echó una última mirada, una tan sombría que lo recorrió como un líquido frío dentro del cuerpo. Sin decir palabra, sin mostrar emoción alguna, siguió su camino con su andar pesado y ceremonioso, como si nada hubiese sucedido.

Cuando finalmente la mujer desapareció en la penumbra del pasillo, la tensión no se disipó. El hombrecito de verde agua, aquel enfermero que lo había acechado con su mirada fija, también se esfumó, como si fuera una aparición que ya no pertenecía al mundo real. Gabriel, casi exhausto, dejó escapar una bocanada de aire

contenida. La calma que le siguió no fue un alivio, sino solo un respiro corto que lo dejó aún más intranquilo. Algo en su interior le decía que no estaba solo, que las miradas de aquellos que lo observaban no eran simples curiosidades, sino algo mucho más oscuro, mucho más profundo. Algo que aún estaba allí, esperando.

Allá por las dos de la madrugada, los hombres se habían silenciado. Entretanto, Aurelio, fascinado y entretenido, se esmeraba en resolver unos crucigramas, y Gabriel, aún perturbado, trataba de relajarse inspeccionando el cubículo desde adentro. Y ahí, en ese momento, fue cuando se dio cuenta de que había varios crucifijos frente a él; uno sobre la ventanilla y otros dos a los costados. También se fijó en la parte a sus espaldas y avistó que colgaba un rosario fluorescente. Y después quiso hallar la planta de ruda, porque ni bien entró al recinto fue lo primero que olisqueó. Ruda. «¿Por qué habría ruda?», pensaba.

El tiempo se deslizó algo más. Entre las dos y veinticinco y las tres menos cuarto, gotearon aireados llantos uniformemente desde el catorce hacia el oído de nuestro inquietado muchacho; eran llantos expulsados desde bien abajo, desde la tripa. Gabriel escuchaba y sus ojos se balanceaban aguardando alguna explicación del veterano vigilante. Pero nada esta vez; Aurelio parecía detener sus relatos como de memoria. La noche, ya de pálido ánimo, era tratada con sigilo. De tanto en tanto se despertaban lejanos quejidos que Gabriel, que no conseguía estabilizarse, no podía dilucidar si se desataban desde el trece o el catorce.

Ya para cuando no se le ocurría qué descubrir en el cuchitril y prácticamente había inspeccionado todo lo que estaba a su alcance, otra vez se abrieron las vaivén del catorce escupiendo al alterado patilludo. Esta vez el muchacho solo observaba el piso y se refregaba la nuca; caminaba hacia la baranda, espiaba hacia abajo y comenzaba a moverse de manera compulsiva. Así, inició una

rigurosa marcha por el pasillo. Se lo notaba raro, pero sin lágrimas. Iba y venía cavilante. Gabriel no le perdía pisada; tampoco había demasiado para mirar. Sin sacar la vista de su revistita, Aurelio preguntó:

—¿Salió Richard otra vez?

—¿Quién es Richard?

Aurelio levantó la mirada y, viendo al enfermero, contestó:

—Él es Richard, el pobre infeliz que sale a llorar. Ahora se lo ve calmado —dijo y siguió en lo suyo. Pero al mismo tiempo que Aurelio aclaraba eso, otro enfermero salió despedido por la puerta.

—¿Andá… y ese? —preguntó Meyer, que enseguida notó la devastación en la cara del tipo.

—Ese es Brunito —respondió el viejo—… otro que se equivocó de trabajo.

El tal Brunito apenas parecía tenerse en pie y caminó muy despacio para apoyarse en el hombro de su presunto amigo Richard. Aparentemente, ambos necesitaban consolarse de alguna desagradable o trágica situación vivida en el interior del pabellón.

La noche corría carreras sin piedad y, promediando las tres y cuarenta de la mañana, Aurelio ya llevaba media hora en el baño, lo cual comenzó a parecerle extraño a Gabriel, que a esas alturas también divagaba con imágenes de un claro amanecer llegando a su casa en el colectivo. Al regresar del baño, Aurelio, que había tenido que traspasar al pabellón catorce porque el del trece estaba deshabilitado, le ofreció un café a su compañero. Enmudecidos como el edificio, saborearon la infusión y, unos minutos más tarde, Gabriel sintió unos leves mareos; pero no le dijo nada al otro y tampoco le dio importancia.

Llegadas las cuatro de la mañana, el joven Gabriel estaba apaleado por el sueño. Y en ese incómodo ínterin en el que procuraba mantener la lucidez, otra vez salió Richard, pero acompañado de un

paciente: un hombre canoso y muy delgado, algo tullido, que se desplazaba pausadamente.

—Ese es Abel Thomas, el asesino de los elementos… —dijo Aurelio —. ¿Lo tenés?

—Sí… ¿El que enviaba los mensajes, no? —le contestó con total asombro—. Vi un documental de él. ¿Por qué lo dejan salir a fumar tranquilo… así, sin esposas?

—Y, viste, hay muchos presos que vienen a parar acá; están enfermos, pero todavía les falta para estirar la pata. Andá a saber las artimañas que utilizan estos tipos y sus abogados para terminar acá… como panchos por su casa. Así como lo ves, este viejito huesudo le quitó la vida a once personas. Y hasta al padre mató, pero eso no lo comprobaron. Parece que tiene confianza con los enfermeros.

Oyendo las palabras de Aurelio, Meyer se contuvo por fuera, pero en su interior sufría un intenso estremecimiento ahorcándole la médula. Abel Thomas, el asesino descrito, miró con odio hacia la cabina de estos hombres de seguridad. Clavó todo el odio de su mirada allí, al tiempo que Richard le ponía un cigarrillo en la boca y se lo prendía. Gabriel entraba en un profundo vértigo en medio de su asombro y, simultáneamente, luchaba con sus párpados que querían cerrarse. De a momentos, el agobiado Meyer, suspendido en sensaciones desconocidas, sintió que la callada noche articulaba aceitadamente con la muerte y que el reloj caprichoso no avanzaba.

Después de que Thomas y el enfermero retornaron al pabellón, Gabriel intentó caminar por su pasillo, pero se vio imposibilitado y volvió muy rápido a la cabina; notaba cómo sus piernas se aflojaban extrañamente. Aurelio ya parecía no querer conversar más y solo buscaba resolver acertijos. Conforme avanzaron los minutos hacia las cinco y treinta de la madrugada, otro episodio despabiló al bueno de Gabriel: Thomas salió sobriamente por las puertas de su pabellón

y paseó de mano en bolsillo por el Corredor de las Velas. Gabriel lo siguió con la mirada y pudo notar que el hombre examinaba las paredes, los ventanales, miraba hacia la planta baja, muy relajado y concentrado. Aurelio no lo percibió y Gabriel ya se sentía desganado, frustrado, pero con la seria convicción de que este lugar no era para nada seguro. Mientras merodeaba, Thomas echó unas cuantas miradas hacia los guardias y de repente se abocó a un insólito acto: orinar en las macetas de palmeras de bambú que decoraban la esquina frente al ascensor. Asqueado, Gabriel estiró la mano para llamar a su compañero, pero en ese momento, del mismo pabellón catorce, salió lanzado Richard con un matafuego en la mano pidiendo auxilio.

—¡Ayuda, ayuda! —exclamaba.

Aurelio saltó de su silla.

—¡Quedate acá, ahora vengo! —dijo.

—¿Llamo a la policía? —consultó Gabriel, que se encendía en desesperación.

—¡No, no! ¡Tranquilo!

Aurelio se metió en el pabellón trece para ir por adentro y llegar hasta el catorce. Thomas caminó muy calmado y exhibió una leve sonrisita que Gabriel logró ver justo cuando este se internaba otra vez en el pabellón. Solo, el desafortunado vigilador aguardó impacientemente apretando sus transpiradas manos. «¿Por qué estamos acá?», pensó. Después escuchó gritos y violentos movimientos; no sabía qué hacer. Se sintió apartado e inútil.

Pasaron veintitrés minutos y Aurelio volvió. Estaba preocupado por su camisa, que ya no era blanca: estaba roja de sangre. El pobre hombre estaba bañado en el rojizo fluido y su postura corporal lo mostraba todo: estaba rendido y decepcionado. Gabriel se paró, pero el viejo sabio solo le pidió calma y silencio levantando con suavidad su mano.

—Tranquilo —dijo—, no es mi sangre. Tengo otra camisa por acá. Está todo controlado, papito.

Gabriel, invitado a no emitir palabras, solo observó cómo su colega tomaba la prenda limpia y regresaba a los vestuarios para cambiarse. Mientras se iba, Aurelio envió un audio por su celular:

—¡Von Stephanitz! —dijo con gran acento alemán.

Así, sin más que hacer, nuevamente nuestro iniciado en la noche cayó en su silla. Y ahí, derrotado, vio la última postal: dos enfermeros en el Corredor de las Velas, pegados a la camilla, la iban empujando para llevarse un cuerpo cubierto por un manto negro hacia el ascensor.

A partir de ese suceso, Gabriel quedó como disperso y en un aplacado letargo. Llegando a las ocho de la mañana, Aurelio, muy apacible, lo miró.

—¿Qué pasa, flaco? —le preguntó—. Estás pálido.

Gabriel se esforzó por atenderlo, pero no supo qué decir.

—Calma, amigo, aunque no lo creas esta fue una noche muy tranquila.

Meyer lo miró absolutamente desconcertado y solo asintió. Luego se levantó, tomó su bolsito y salió. Encarando la salida del hospital, Gabriel Meyer visualizó a su familia; lo cierto es que había pensado en su mujer y en su bebé más de una vez en esa larga noche. Aquel amanecer no fue tan claro; refugiado en la parada del colectivo, Gabriel no podía ni siquiera levantar su cabeza para ver el hospital donde comenzaba a trabajar. Un bello crepúsculo lo había acompañado a su primer día laboral, y ahora, un ennegrecido alba vomitaba las más amargas cáscaras de un alma debutante con el miedo.

Corrieron las horas, pero seguía siendo martes. Cuando faltaban dos minutos para las veinte, Aurelio, que era muy puntual y llegaba

siempre antes, salió de su cabina y se dispuso a mirar hacia el catorce. Cuando se hicieron las ocho de la noche, Richard salió y ubicó el semblante del viejo guardia. Los dos acariciaron una cómplice pero curiosa espera. Pasados unos tres minutos, ambos acordaron, entre miradas, constatar la hora en sus muñecas para darse cuenta de que el espantado Gabriel ya no vendría.

Pasados unos quince minutos, los nocturnos amigotes comentaban su hazaña:

—Este fue uno de los que más pálidos se fue… —decía Richard.

—No sé —contestó Aurelio—, ya me tienen harto los de Recursos. Espero que frente a tantas renuncias se den cuenta de una buena vez… Yo trabajo solo.

—Pero a ellos no les importa —repuso el enfermero—. Es el marido de Fabiana el que insiste en meter vigiladores. Igual, viejo, estuvo divertido lo de anoche —recordó con gracia—. Se la comió de punta a punta el Gabrielito ese. Estamos para el Oscar, Aurelio… ¿Cuántos van, siete… u ocho muñecos?

Aurelio sonrió relajado y con la boca cerrada. Luego dijo:

—De todos modos, no dejo de pensar en ese estúpido, el marido de Fabiana… Sentado en su mansión, contando sus millones… Me da un odio. Yo hace treinta años que estoy acá, conozco este edificio como nadie, y lo cuido, lo administro para que todo marche bien… Y así me pagan, encajándome a esos pendejos que ven sangre y lloran, porque a él se le ocurre lo de tomar empleados nuevos a cada rato. Si supieran todo lo que Aurelio hace por este lugar… Me harían un monumento, o me nombrarían director…

—Y yo tu asistente… —acotó el otro.

—Vos callate, gil… Che, a Thomas no lo quiero más para el trabajito —le aclaró—; presiento que un día este nos va a traicionar. Y decile que eso de mear la planta no es parte del plan… que no sea tan imbécil.

Estos dos ya avizoraban una noche sumamente calmada. Se acomodaron en dos sillas cerca del cubículo y sacaron los naipes. Pero el ascensor, que jamás se abriría a menos que se diera una emergencia, sorpresivamente abrió sus puertas y dos figuras inesperadas emergieron del interior: era el transformado Gabriel, sosteniendo por el cuello a Fabiana y obligándola a salir del ascensor. El irreconocible Meyer empuñaba un ancho cuchillo de carnicero. El ambiente se inundó de tensión. Richard se paró lentamente mostrándole su palma. Aurelio tragó saliva.

—¡Caminá! —dijo Gabriel.

Pero la mujer ponía resistencia. Entonces el decidido Gabriel ya no quiso empujarla y sin piedad le rasgó el cuello al mismo tiempo que la dejaba caer; estalló el chorro de sangre y la mujer quedó tendida allí, sobre su propio rojizo y oscuro fluido.

—Tranquilo —dijo la voz temblorosa de Aurelio.

Gabriel cruzó por arriba del cuerpo de la mujer y luego les hizo un pedido muy directo:

—Los celulares, los teléfonos… ¡Ya!

A pesar de haber asesinado hacía diez segundos, se lo veía aplacado.

—Sentate —le sugirió a Richard.

Ambos hombres se miraron aterrados; después se sentaron y le entregaron sus teléfonos. Gabriel extrajo la banqueta de adentro del cubículo y se sentó frente a ellos. Los hombres, consternados, observaron a su alrededor pero no había un alma.

—No muevan un pelo —les dijo este hombre, que al parecer venía por su venganza—. Mírenme a mí.

En el suelo, la desangrada mujer yacía como si estuviera mirándolos a los tres con sus ojos apagados. Aurelio trataba de controlar su agitación, pero ver el cadáver de su jefa allí desparramado lo tenía tremendamente impresionado y alerta.

Gabriel, cuidadosamente, sin sacar los ojos de encima a los hombres, colocó el sangrante filo sobre su pierna y los miró; los miró con una expresión de desafiante calma. El silencio era tan espeso como el grueso hilo de sangre que se les iba acercando. Esta vez Gabriel no traía el ridículo engominado en la cabeza, pero sí el uniforme de la jornada anterior; sin dudas, se había presentado a su segundo día de trabajo.

—Gabriel… —dijo Richard con temor.

—Silencio, papito —le respondió este al instante—. Usted no habla.

El enajenado pero despacioso Gabriel sacó una pistola que tenía un silenciador y la apoyó en su otra pierna. Continuó mirándolos con desprecio pero con un aparente sosiego. Ahora los acorralados hombres tenían enfrente a un reciente asesino con una pistola y un cuchillo en la otra mano, un ser que los miraba y los miraba con los ojos más inundados de ira que jamás habían visto. Seguidamente, Gabriel tomó un rollo de cinta americana de su bolsillo con la mano del cuchillo y se lo dio a Richard.

—Tapale la boca a este…

Richard no dudó demasiado y obedeció al pedido. Y ahí nomás, cuando Aurelio tuvo la boca sellada, Gabriel le disparó certeramente en la rodilla; el hombre emitió un encerrado gemido de dolor y sus ojos parecían explotar. Cayó pesadamente al piso y se arrastró para suplicar clemencia.

—Levantalo —le ordenó a Richard—. Sentalo ahí a este hijo de puta. Sentalo, dale…

Richard levantó al adolorido compañero y lo ayudó a sentarse nuevamente.

—Gabriel, por favor… Hablemos —dijo Richard con sus temerosas manos en alto.

—Callate, que voy a hablar yo. Voy a contarles una historia.

Richard vio la sangrante pierna de Aurelio y se animó cuidadosamente a murmurarle algo a Gabriel antes de que este diera su discurso:

—Le diste en una arteria —dijo—… Se muere en veinte minutos…

—Suficiente para que escuche mi historia —le respondió. Enseguida sacó su teléfono y lo desbloqueó para ver algo—. «Von Stephanitz…» —leyó—. El padre del pastor alemán, también conocido como el Manto Negro…

Gabriel guardó el teléfono, alzó la vista y los contempló con una rabia creciente.

—El Manto Negro —prosiguió—… El mismo que cubría el cuerpo del supuesto muerto… Qué ingenioso, lenguaje en código. Hay que ser una cucaracha para planificarle una pesadilla al empleado nuevo, ¿no?

Aurelio empalidecía y su charco de sangre pronto iba a unirse con el de Fabiana. En cuanto a Richard, que era un enfermero experimentado y de frío carácter, sosegarse era su única alternativa y lo estaba logrando; en su mente construía la mejor idea para poder negociar con este hombre quebrado que evidentemente venía dispuesto a todo, y que también le urgía narrar una historia:

—Saben qué… Les voy a contar algo. Un hombre —dijo—, un tal Gabriel, tuvo cinco trabajos en lo que va del año, y en todos ellos vio las actitudes más miserables de las personas, las peores… Qué mal que estamos, ¿no? Y encima ya se mudó dos veces, y otra cosa que le está complicando la vida es que su suegra lo odia… Lo odia porque no tiene un oficio, porque lo echan de todos lados, básicamente porque no tiene suerte y su hija se merece algo mucho mejor. Lo peor es que su suegra vive con él y su mujer; la pobre vieja no tiene dónde caerse muerta, pero se da el permiso de opinar todo el tiempo. Pero Gabriel no dice nada; la jubilación de la vieja los ha salvado más de una vez. Por otro lado, Martina, la mujer de

Gabriel, lucha contra el cáncer de mama desde hace más de un año, y el pronóstico no es bueno, no es nada bueno; Gabriel y el doctor acordaron no comunicarle aún la verdad completa a Martina. Gabriel ha confiado incansablemente en Dios, en la gente, en las empresas que buscan al empleado más responsable. Gabriel ayuda a los vecinos a reparar cosas, Gabriel sale corriendo a la madrugada para sacar a su joven hermano de la comisaría, Gabriel siempre da lo mejor de sí; el año pasado Gabriel acompañó durante cuatro meses la agonía de su padre en el hospital, pero nada pudo hacer, y fue uno de los que cargó el ataúd hasta ese temido pozo, hasta ese agujero en la tierra donde todos vamos a ir… Al menos Gabriel heredó la nueve milímetros de su viejo, ¿qué cosa el destino, no? Como decía, últimamente Gabriel perdió algo en su interior, se fue apagando… Pero ayer hizo un esfuerzo más, un esfuerzo más por él, por el mundo, para contribuir como una persona de bien a esta sociedad… Pero otra vez. Cuando pensó que ya había visto todo lo peor de la gente, no era así: cayó en manos de un par de ratas… en un hospital. Eran ratas escondidas en la noche cuidando a otras ratas…

Aurelio soltó unas lágrimas desesperadas y Richard lo miró de reojo. Nadie se hacía presente; faltaban cuarenta y cinco minutos para que otro enfermero ingresara por el ascensor para iniciar su guardia. Sin embargo, alguien los estaba observando: Abel Thomas clavaba su vista en ellos desde la vaivén apenas entreabierta, y Richard disimuladamente pudo advertirlo.

—Y entonces ayer —siguió relatando el orador—, más bien hoy, Gabriel volvió a decepcionarse en su último trabajo; en realidad sintió un miedo que nunca había sentido y supo que no iba a poder dormir, así que antes de volver a su casa pasó por un café… Y casi sin querer oyó una historia, una historia que le contaba un tipo al barman: el tipo le decía lo que le había sucedido en su primer día de

trabajo, casualmente en el Gaspar Inmaculado, o sea, donde estamos sentados. Parece que este ex vigilador había caído en manos de las mismas ratas que Gabriel, puesto que su relato era idéntico a la reciente experiencia de nuestro muchacho. Idéntico. Por lo tanto, Gabriel empezó su día de furia y quiso entrar en ese hospital de inmediato para matar a todos. No obstante, controló esa furia con inteligencia y fue por el arma de su padre… Porque el destino al fin estaba siendo claro con él. En su casa besó a su mujer y luego salió, enfierrado y con un único destino; él estaba más seguro que nunca de lo que iba a hacer, al fin caminaba sin miedo, confiando en su propósito. Ahora Gabriel tiene enfrente la posibilidad de contribuir de verdad a la sociedad, dejándola un poco más limpia —hizo una pausa y suspiró—. Tu castigo, ¿sabes cuál es? —le dijo a Richard—. Matar a tu amigo, a esta porquería… Tomá…

Se estiró y le dio el cuchillo mientras lo seguía apuntando con el revólver. Richard, tímidamente, lo tomó.

—Dale, ahora matalo —le dijo—. Sacale las tripas a esta cucaracha… ¿Te da miedo la sangre? Hacele un favor, mirá cómo está sufriendo el infeliz…

Aurelio se balanceaba y su blancuzco y agónico rostro era pura lágrima y transpiración; su voz capturada quería decir cuánto lo sentía, pero ya era demasiado tarde. Richard miró al sufriente y se llenó de dudas y pánico.

—¡Matalo! —le exigió Gabriel en un tono más alto—. Matalo… Y te prometo que tu muerte va a ser menos dolorosa…

Tembloroso, el enfermero alzó el puñal y clavó la vista en los ojos de Aurelio. Y allí mismo supo que no tenía más opciones. Gabriel lo apuntaba y las respiraciones de todos cada vez cobraban mayor intensidad. Pero justo en esa instancia sucedió algo: se abrió el ascensor y quien salió eyectado de él no fue el enfermero que esperaban; era Thomas, que se movía como una bestia feroz

abalanzándose. El famoso asesino se las había arreglado para escapar de su pabellón por una ventana, descender un piso y volver a subir por el ascensor.

De este modo, al abrirse las puertas, Thomas corrió sagazmente y agarró a Gabriel por el cuello con toda su fuerza. Lo levantó de la silla y lo jaló hacia atrás junto al cuerpo de la mujer. Le tomó el brazo e intentó violentamente sacarle el arma, pero Gabriel se resistía. Richard se puso de pie enseguida sin soltar el cuchillo. Aurelio, casi desvanecido, observaba la descarnada escena. Moviéndose de un lado a otro, Gabriel consiguió empujar al hombre que lo estaba ahorcando hasta la baranda y allí, entre golpes y empujones hacia atrás, hizo que Thomas lo soltara y trastabillara para luego caer al vacío en la zona de los suministros.

Sofocado, Gabriel vio que Richard huía con cuchillo en mano en dirección al pabellón catorce y con gran agilidad ingresaba en él; entonces salió para atraparlo. Pasó rápido por al lado del arruinado Aurelio, pero luego se detuvo, retrocedió unos pasos, se le arrimó y lo miró con mucha firmeza, le apoyó el cañón en la sien y le voló los sesos. Luego del estruendo, un abrumador silencio se apoderó del lugar. Gabriel, quieto, pensó tres segundos y después se movió hacia el catorce. Entró con lentitud. La puerta chilló un poco. Adentro había una ensordecedora soledad que acumulaba cientos de camillas y separadores. Se oían algunos leves murmullos de los que allí convalecían.

La luz, que era tenue, repentinamente se apagó, dejando al recinto entre penumbras y vagas luces que entraban por dos pequeñas claraboyas; evidentemente, el agazapado Richard, que se ocultaba por ahí, era quien había cortado la energía. Pero Gabriel inmediatamente buscó su teléfono y encendió la linterna. Empezó a moverse cauteloso, apuntando con su arma e iluminando con el celular. Fue registrando con mucho sigilo cada camilla. A paso lento

vio que casi ninguno se movía; estaban dormidos o dopados, eran obviamente inofensivos, eran casi cadáveres depositados en colchones blancos. Con la máxima atención, Gabriel caminó dispuesto a vaciarle el cargador al enfermero. Sorteando la oscuridad, examinó cada rincón y también debajo de las camillas. Avanzó muy, muy lento por el pasillo. No quería decirle nada a Richard, no quería llamarlo; tal vez su voz alarmaría a los moribundos y estos podrían complicarle las cosas. Así que siguió al acecho con mucha precaución.

Inspeccionó cada sección conteniendo su respiración al mínimo. Pero algo insospechado aconteció: cuando iba por la mitad del recorrido, de pronto alguien lo atacó por la espalda. Cayeron al piso. El arma voló unos metros, el teléfono que servía de iluminación también. El atacante no era Richard, era uno de los hospitalizados, que comenzó a golpear salvajemente a Gabriel en la cabeza. Pronto se oyeron voces; algunos despertaban. Gabriel se resistió enfurecido, creyendo que era Richard, y pudo zafarse pateándolo en el estómago y arrojándolo hacia atrás. El agresor cayó, pero al instante rodó entre la oscuridad y se escabulló bajo una camilla. Gabriel se incorporó y alzó el teléfono. Desesperadamente, buscó el arma alumbrando hacia el piso. La vio. Fue hasta ella y la recogió. Pero cuando se estaba levantando, un puñal ingresó con fuerza en sus riñones.

—¡Ah! —vociferó Gabriel en el lóbrego corredor.

—¡Tomá, hijo de puta! —se oyó en un susurro.

A pesar del ardor que lo atravesó, Gabriel, desde el piso, volteó empuñando el revólver y acribilló con todas las balas que le quedaban a la silueta oscura con el cuchillo en la mano. Los murmullos crecieron. El apuñalado se arrastró y comprobó que había asesinado a Richard. Luego, muy extenuado, tomó el cuchillo porque vio que el agresor anterior lamentablemente se aparecía de nuevo

con su hostilidad y así, con mucho dolor, Gabriel pudo pararse. El arma, ya sin balas, quedó en el suelo.

Súbitamente, una luz brotó desde el fondo, pero no era la luz de la electricidad: era una llama. Ambos lo vieron, pero igual se enfrentaron. Al hombre no le importó que Gabriel llevara un cuchillo; se dio cuenta de que estaba herido y solo quiso arrebatarle la vida y tal vez escapar. Chocaron violentamente. Las llamas crecían. Empezó a sonar una estridente alarma. Se fueron rápidamente enredados al piso. La furia de Gabriel ganó y apuñaló al hombre varias veces en el abdomen y en el pecho. Lo perforó más de veinte veces; estaba absolutamente desencajado, su rostro era salpicado con sangre y él no podía detenerse. Pero en ese instante alguien se hizo presente por detrás para resolverlo todo; del mismísimo fuego emergió el hombre que lo había encendido: Abel Thomas. Él había sobrevivido a la caída, pues su cuerpo se estampó dentro de un carro de lavandería, y ahora venía a espaldas de Gabriel mientras este no dejaba de apuñalar al ya difunto y destrozado hombre.

Thomas, de ojos siniestros, con el fuego levantándose tras él, se agachó y tomó a Gabriel por su cabeza; después lo degolló súbitamente con un largo bisturí que había conseguido y lo dejó caer junto al otro muerto. Sin prisas ni ataduras, el asesino avanzó entre las llamaradas que aumentaban de intensidad, acechando a un par de pacientes que, aterrados, saltaron fuera de sus camas. Se dirigió hacia un ventanal y, desde allí, lanzó una última mirada al caos que había dejado atrás. Observó entonces su mano derecha, empapada con la sangre de su víctima, y con un gesto lento y deliberado, estampó su firma en la pared: C405.

Después se escabulló por la ventana y bajó por la escalera de incendios. La alarma seguía sonando, pero la noche afuera parecía tranquila. Thomas bajó enseguida, se movió sigiloso hasta trepar y traspasar una medianera baja y, ya estando en la vereda junto a su

estirada sombra, se lanzó a una callecita solitaria que salía por detrás del hospital. De esta manera se perdió raudamente en su destino bajo las luces de mercurio, sin que el enmudecido barrio lo notara.

3

Embarcados en la misión, la ruta vacía nos encuentra en pleno estudio del caso. El aire acondicionado del Corolla de Raúl apenas puede con el calor que sube del asfalto de la Ruta 3. Afuera, el campo se estira como un chicle gris; adentro, el siseo de los neumáticos y el crujido de las hojas del expediente que tengo sobre el regazo. Raúl maneja con esa parsimonia de los tipos que ya están de vuelta, con las manos firmes a las diez y diez, mientras yo trato de ignorar una puntada en el hígado que, estoy seguro, es el comienzo de una cirrosis fulminante. O los nervios… Qué sé yo. Qué triste es vivir acostumbrándose a tener síntomas distintos todos los días de la vida.

—Abel Thomas —digo en voz alta, probando el nombre. Me suena a algo antiguo, a humedad de biblioteca—. Escuchá esto, Raúl. El tipo no era un loquito de los que salen en el noticiero gritando pavadas. El tipo tenía una radio. Era la voz de Villa del Mar en el 81. Un periodista, como quien dice.

Miro por la ventanilla. Me imagino ese pueblo hace cuarenta años: un rincón olvidado a orillas del Atlántico, donde la ley era un concepto elástico y el poder lo tenía un cura llamado Carnegie. Cierro los ojos y casi puedo ver la escena que describe el reporte policial. Es como una película en blanco y negro, pero con la sangre demasiado roja.

Todo empieza en el invierno de 1981. Villa del Mar amanece con un muerto en el altar. El padre Carnegie, veintidós años dando misa, termina con siete balazos en el torso. Siete. Los peritos de la época,

que debían tener menos luces que un árbol de navidad quemado, tardaron horas en darse cuenta de que los agujeros formaban una cruz perfecta. Una firma. Una declaración de guerra contra Dios en su propia casa.

—Ahí aparece Vega —le cuento a Raúl, que asiente sin sacar la vista del horizonte—. Un detective de Bahía Blanca. Patillas largas, anteojos Ray-Ban, campera de cuero… Bien de los 70.

Raúl se sonríe al fin.

—¿Eso dice el reporte?

—Sí… Vos solo imaginate la situación. Yo le pongo el color a la historia. El tipo llega a un pueblo que no tiene ni comisaría porque, escuchá bien esto, seis meses antes la seccional voló por los aires con todos los policías adentro. Seis tipos cocinados por una «fuga de gas» que nadie se tragó.

En el expediente, Thomas aparece desde el minuto uno. Se le pega a Vega como un abrojo. Se presenta como el heredero del fundador del pueblo, un tipo que arregla bicicletas y tiene una radio precaria en una casa que se cae a pedazos. Es el que le entrega a Vega los sobres de papel madera. El primer indicio de lo que él llamaba «C405».

—Eran mensajes cifrados, Raúl. Números y letras que parecían una sopa de signos. El pibe de Vega, un tal Leonardo que debía ser un bocho, los sacó enseguida. El asesino usaba la tabla periódica. CH4 para el metano, el gas de la comisaría. Pb para el plomo, las balas del cura. El tipo no solo mataba; el tipo quería que supieran que era más inteligente que todos ellos juntos. Se hacía llamar CAOS, pero con el 4 y el 5 reemplazando las letras. ¿Entendés…? El 4 es la A, el 5 la S… Un desquiciado intelectual.

Le describo a Raúl el ambiente de esa radio: olor a moho, una sola bombita de luz sobre una mesa desordenada y Thomas apretando los sobres contra el pecho como si fueran tesoros. Mientras tanto, en

las sombras del pueblo, se movía otro personaje que me pone los pelos de punta: Rogelio Furman, el «Huraño», así le decían. Un ex inteligencia del Ejército, un tipo que «limpiaba» gente en los setenta y que se había ido a Villa del Mar a pescar y a callarse la boca.

—Thomas jugaba a dos puntas —continúo—. El periodista «bueno» que ayudaba al detective mientras, en secreto, se iba al bosque de álamos con una prostituta llamada Mariel a bajar paquetes con un gancho al fondo de un aljibe.

Me acomodo en el asiento del Corolla. Siento un escalofrío que no tiene nada que ver con el aire acondicionado. En los reportes dice que este tal Furman lo estaba vigilando desde la maleza. El cazador observando al otro cazador, mientras el detective Vega se dedicaba a mirarle las piernas a la mujer de Thomas.

—Raúl —le digo, cerrando la primera carpeta—, estamos yendo a buscar a un viejo que hace cuarenta años ya jugaba al ajedrez con la vida de los demás. Y nosotros vamos con una orden de arresto ordinaria. Me late el párpado izquierdo. Eso siempre es señal de que algo va a salir para el carajo.

Raúl me mira de reojo por primera vez en cien kilómetros y saca una carraspera seca.

—Tomate un tafirol, Salas. Y seguí leyendo. Quiero saber qué pasó en ese aljibe.

El sol ya es una herida naranja sobre el horizonte y Raúl baja la velocidad. El asfalto se termina, dando paso a ese ripio traicionero que te sacude los huesos. Estamos entrando en la zona de influencia de Villa del Mar. Siento que el aire pesa más, como si los átomos de este lugar estuvieran cargados de una estática vieja.

—Falta poco —dice Raúl, rompiendo el silencio—. Terminá el cuento, Salas. ¿Cómo lo cazaron?

Vuelvo al expediente. Octubre de 1981. El pueblo estaba de fiesta, celebrando a los Santos Ángeles Custodios, sin saber que el demonio

estaba sentado a la mesa con ellos. Mientras la gente comía empanadas, Vega recibía en Bahía Blanca el mensaje definitivo. Una tira de papel que hablaba de «reyes arrodillados ante la sangre de Cristo». Los reyes eran los tres viejos que manejaban el pueblo: Mendizábal, Meneces y Guerra.

—Vega voló en el Taunus, Raúl. Setenta kilómetros de ruta quemando caucho, pero llegó tarde. El «Caos» fue más rápido. El asesino se metió en el bodegón, usó la propia escopeta del lugar y los liquidó a los tres. Un baño de sangre. Y lo mejor de la jugada: le plantó una nota en el bolsillo al viejo Mendizábal para que todas las flechas apuntaran al Huraño.

Miro las fotos del archivo. Los cuerpos desparramados entre charcos de vino y plomo. Vega, desesperado y con el juicio nublado, salió a cazar a Furman al campo. No sabía que el Huraño, con su entrenamiento de inteligencia, ya se había movido. Tenía a Mariel, la prostituta y compinche de Thomas, secuestrada en un búnker subterráneo debajo de su casa. La hizo cantar. Bajo presión, la mina soltó todo: el aljibe, los mensajes, la locura de Abel.

—Pero Thomas no se quedó quieto —sigo, mientras veo las casas abandonadas que empiezan a aparecer al costado de la ruta—. El tipo se sintió acorralado y decidió terminar su obra. Invitó a Vega a la radio, le dio un café cargado de somníferos y, cuando el detective despertó, estaba atado a una silla. Thomas lo apuñaló con una saña que el informe forense describe como «frenesí alquímico». Lo mató porque Vega representaba la Ley, y para Thomas, la única ley era la de los elementos.

Le cuento a Raúl el final de película: Furman entrando a la radio con Mariel a punta de pistola, interrumpiendo el clímax de Thomas. El sargento lo obligó a confesar todo al aire. Todo el pueblo escuchó por la 97.5 cómo el «buen vecino» que arreglaba bicicletas era el

mismo que había volado la comisaría y acribillado al cura. Y ahí saltó lo más oscuro, lo que estaba enterrado desde 1966.

—Escuchá esto, porque acá es donde entendés al monstruo. —Cierro la carpeta de los crímenes y abro el anexo psiquiátrico—. Abel tenía once años cuando empezó a matar. Su viejo era un mecánico bruto que lo molía a palos. El pibe, en vez de llorar, se puso a estudiar química. Se obsesionó con la Tabla Periódica. Para él, las personas eran solo combinaciones de moléculas que se podían alterar.

Paramos en una especie de bar al costado de la ruta; ya nos faltan pocos kilómetros. Es un boliche de mala muerte que, probablemente, de noche se convierta en cabaret. Hay un par de motos y una camioneta afuera. Entramos y vamos directo hacia la barra. Me parece que suena algo de Creedence, muy bajito. Por un momento pienso que estoy en una de esas películas yanquis, en un bar de cowboys o algo así. Hay una colección de carteles de neón. Sí, definitivamente, a la noche esto se transforma en un «cabarulo».

Raúl se anticipa y pide dos vermuts con soda. Yo lo miro, pero no digo nada. Tiene que manejar, pero bueno, Raúl es así: tiene licencia para todo. En estas ocasiones suelo manejarme con sus miradas, esas de «no preguntes ni cuestiones nada».

Nos traen maní y empezamos a picotear. Echo un vistazo hacia atrás y observo a la gente; todos parecen distraídos. Tipos de mediana edad… algún delincuente debe haber. A esta hora la mayoría de la gente está trabajando, ¿qué hacen todos estos acá? O son los amanecidos del prostíbulo que funciona de noche.

Traen el vermut. Suena el celular de Raúl. Él contesta y dice: «Sí… ajá… bueno, perfecto, está bien». Todas frases cortas. Seguramente lo llamó el jefe. Después corta y me mira.

—Era el «Quía» —me dice—. Le están llegando más datos de Arrecifes, al parecer fue bastante heavy la cosa por allá. Hay como una media docena de muertos. El hospital quedó hecho un amasijo, todo quemado. Mató también a la directora. Y ahora dice que están saliendo a la luz un par de «chanchullos» del lugar. La mujer del tal Gabriel, el justiciero que se encontró con Thomas, está en todos los canales de noticias. El caso se está metiendo en los medios… la gente se fanatiza con esas historias de los asesinos seriales. Creo que hasta hay un documental de este loco.

Lo escucho y me impresiono.

—Entonces —le digo—, tal vez manden apoyo.

Raúl se sonríe y le da un trago largo al vermut.

—Salas —me suelta—, tenés que aprender a usar tu arma. No te preocupes, que el viejo ese con nosotros no se va a hacer el loco. Le llenamos de plomo las rodillas ante cualquier cosa.

Vuelvo a mirar atrás porque me siento observado. Y, efectivamente, lo corroboro: hay dos tipos junto a la ventana que engancho mirándonos. Qué caripelas… si no son polis, son chorros o proxenetas. ¿Qué carajo miran? Les sostengo la mirada y siguen fijados en nosotros. Mejor me doy vuelta. ¿Qué hago, les pido el documento? No, a ver si me como un tiro de callado. Seguro hay algún «negocio» acá adentro.

—Te voy a confesar algo —le digo a Raúl.

—¿Qué pasa? —me dice.

—No, nada… es que ahora que lo pienso, hace veinticinco años que no veo el mar. Me trajo mi papá cuando era chico; me compró una tablita para barrenar y me acuerdo que comíamos choclo y churros en la playa. Ese verano papá se murió después de que volvimos de la costa, así que ya estoy sintiendo como una especie de nostalgia de ver el mar otra vez. No sé si nostalgia o qué carajo, pero algo estoy sintiendo.

Raúl hace una mueca y vuelve su vista hacia el vaso.

—No te me vas a enfermar… mirá que vos con tu hipocondría ya estás en un nivel para ir al psiquiátrico.

Al rato nos bajamos de las banquetas. Saludamos a la chica de la barra y enfilamos hacia la puerta. Miro a los tipos una vez más y ahí están… mirándome otra vez. A la vuelta vengo y les pego una revisada a estos pueblerinos, mafiosos de cotillón.

Al salir a la intemperie rutera, me impacta una imagen: un caballo blanco, solo, sin riendas ni nada; absolutamente libre y salvaje. Galopa por la ruta vacía, va en dirección a Villa del Mar. Me pregunto si será uno de los de la manada fugitiva. Me pregunto si la formación se rompió y este corrió tan lejos como nosotros, porque Buenos Aires ya quedó muy atrás. Pero Raúl no se sorprende demasiado; yo sí. Lo miro cortar la ruta y fundirse como un punto blanco en el gris oscuro del pavimento, que a lo lejos se mezcla con el gris tormentoso del cielo.

Minutos más tarde, el viaje concluye. Raúl frena el auto frente a un cartel de madera carcomido por el salitre: VILLA DEL MAR.

—Le puso tres gotas de veneno en el vaso de agua a su propio padre —le digo, cerrando el expediente con un golpe seco—. Se quedó mirando cómo el viejo se ponía azul y se ahogaba en el piso de la cocina. Sin parpadear. A los once años descubrió que el poder no estaba en los puños, sino en la invisibilidad. Se pasó el resto de su vida siendo el «raro» del último banco, el tipo que nadie ve, mientras planeaba cómo convertir un pueblo entero en un caos.

El motor del Corolla se apaga y solo queda el rugido del mar a lo lejos y el silbido del viento. Ese silencio de Villa del Mar nos cae encima como una paliza. Es un silencio que asusta, con olor a mar turbio. Me quedo un segundo con la mano congelada en la manija de la puerta; siento que, si bajo, el suelo se va a mover.

—¿Y? —pregunta Raúl, clavándome esa mirada de tipo que ya no espera nada de nadie—. ¿Bajás o te vas a quedar a vivir en el auto?

—Esperá, Raúl. Tengo una puntada en el esternón. Estoy raro…

Raúl exhala un suspiro largo, de esos que solo hacen los que ya tienen la paciencia colmada.

—Es el hambre, Salas. Bajá de una vez.

—No es el hambre, es el lugar. Mirá lo que es esto. El cartel dice «Villa del Mar», pero debería decir «Bienvenidos al Tubo de Ensayo del Caos». ¿Viste las calles? No hay ni un perro, Raúl. En los pueblos siempre hay perros. Si no hay perros es porque el viejo Thomas se los comió o los usó para alguna mezcla de la tabla periódica.

—Es la hora de la siesta, Salas. Dejate de joder.

—La siesta de los muertos, será —digo, y finalmente me animo a abrir la puerta. El aire fresco me golpea la cara como un guante sucio.

Raúl cierra la puerta del auto con un golpe seco que retumba en toda la cuadra y se acomoda la cartuchera con una paz que me pone nervioso.

—Tenés la nueve en la cintura, Salas. Usala para algo más que para que te pese el pantalón.

—La tengo, pero el destino es un hijo de puta, Raúl. Es impredecible. Ayer me estaba muriendo de un cáncer incurable, y hoy me va a matar un tipo que arregla bicicletas y sabe más de química que la NASA. Es estadísticamente ridículo…

4

Dimos un par de vueltas y luego estacionamos en una pensión que se llama «El Ancla». Es una estructura de dos pisos con paredes descascaradas por la sal marina que parece estar sosteniéndose por puro milagro. Un soplo de viento y esto se viene abajo con nosotros dentro. La dueña, una mujer muy mayor, nos entrega dos llaves oxidadas sin pedirnos el documento. Ni un registro, ni una firma. Si morimos aquí esta noche, nadie sabrá dónde buscar el cuerpo.

Raúl deja el bolso en el piso de madera que cruje como una advertencia y yo me quedo mirando una mancha de humedad en el techo que tiene la forma exacta de un pulmón colapsado. Es una señal. Mi subconsciente me está gritando que me vaya de acá.

Después, ya en la habitación, trato de asimilar el olor a encierro.

—Dormir acá es una invitación al tétanos, Raúl —le digo, mientras pruebo el colchón. Está tan hundido que si me acuesto, dudo que la física me permita volver a salir—. ¿Viste a la vieja? Tiene los ojos llenos de información… de la buena.

—Instalate, Salas. Mañana temprano vamos a ver si alguno tiene ganas de charlar —responde Raúl. Ya está sacando su toalla con esa calma que me enferma. ¿Cómo puede estar tan tranquilo? Este lugar apesta a secretos.

Bajamos al comedor un rato después. El lugar es una penumbra mal iluminada por una sola bombilla que parpadea rítmicamente. Tic, tac. Como una cuenta regresiva. Villa del Mar parece haberse reducido a la mitad; el silencio de afuera se mete en la sopa. La mujer, que se presentó como Doña Elvira, está sentada en un rincón

tejiendo algo que parece no tener fin. Una mortaja. Seguro que está tejiendo una mortaja.

De repente, Raúl va y se sienta frente a ella con la autoridad de un bloque de cemento y yo me quedo a medio camino, buscando una salida de emergencia que no existe. Parece una entrevista pactada. ¿De qué me perdí? Raúl siempre sabe más de lo que dice. Odio eso.

—Ustedes no vienen a pescar —dice Elvira sin levantar la vista de las agujas. Su voz suena como arena arrastrada por el viento—. Vienen por el asunto de Abel.

—Venimos por el hombre, exactamente —aclara Raúl. El silencio que sigue es tan denso que me dan ganas de tomarme un Tafirol preventivo. Siento que el aire se espesa. Me cuesta tragar.

—Abel no era un hombre, era un silencio —dice la vieja, y esta vez nos mira. Tiene un ojo nublado por una catarata que parece una perla sucia—. Todos hablan del cura, de la comisaría… pavadas. Lo que nadie cuenta es la cara que ponía Abel mientras los demás se reían de él. Yo lo vi, oficiales. Lo vi el día que el detective Vega trajo a su hijo rubio para jugar a los espías en la iglesia.

Me acomodo en la silla. Siento esa puntada en el esternón, pero no interrumpo. Mi corazón está haciendo cosas raras otra vez. No es el momento.

—Abel los miraba —sigue Elvira—. El detective y el nene festejaban porque habían «descifrado» los papelitos del «Caos». Se reían en el altar, hacían chistes sobre la secundaria, sobre el plomo y el metano. Le preguntaban a Abel si él entendía, como si fuera un retrasado que solo sabía arreglar bicicletas. Y Abel… Abel sonreía. Una sonrisa de vidrio. Una sonrisa que se rompe y te corta la garganta. Les decía que el pibe era un genio mientras por dentro los estaba diseccionando.

—Los «Jefes» del pueblo —retoma—, Mendizábal y los otros viejos, también se burlaron. Le dijeron que si el detective encontraba al

asesino, el Vasco Guerra no se acostaba más con la mujer de Thomas. Se rieron en su cara. Y Abel se rió con ellos. Esa es la parte que da miedo. Abel podía fingir sumisión mientras te anotaba en su tabla periódica. Al pibe de Vega le aceptó el papelito con los elementos químicos como haciéndose el distraído.

Elvira hace una pausa y el clic-clic de las agujas vuelve a llenar el comedor. El clima se vuelve de plomo.

—Esa noche cenó en silencio con su mujer, Griselda, y con el hijo. Ella le decía que no se hiciera el detective, que no dijera pavadas sobre el cura Carnegie. Nadie lo veía. Estaba rodeado de gente que lo quería a su manera fría, pero nadie veía al monstruo que estaba armando el rompecabezas en la mesa de la cocina. Abel buscaba lugares donde ser él mismo, por eso se iba con la pelirroja al campo, a decir las verdades que el pueblo no aguantaba.

—Ustedes buscan a un viejo que se escapó de un hospital —dice con una sonrisa amarga que le arruga toda la cara—. Pero Abel siempre fue un fantasma, incluso cuando estaba presente. Si anda por acá, les va a ser difícil ubicarlo; conoce bien cada rincón. —Hace una pausa larga—. Tengan cuidado con lo que leen, oficiales. Las letras y los números para Abel son solo formas de empaquetar la muerte. Les soy sincera… Yo lo dejaría en paz.

Gran consejo. Ojalá Raúl tuviera la mitad de sentido común que esta mujer.

La miro con preocupación genuina.

—¿Si usted lo ve, nos va a avisar?

—Claro que no —me responde a secas. Directa al grano. Me gusta su honestidad, aunque me aterre.

Raúl se levanta sin decir nada. Su cara es un pedazo de piedra. Yo me quedo mirando el mantel, pensando en que Abel Thomas no se volvió loco de repente. Y que probablemente los que habitan esta

comunidad lo ayuden a esconderse. Todos son cómplices aquí. Hasta el polvo de los muebles parece que está ocultando algo.

Luego marchamos para la habitación.

—Mañana va a ser un día largo, Raúl —digo, mientras subimos la escalera en penumbras. Si es que llegamos a mañana.

5

Amanece. No se durmió bien. Siento como si me hubiera pasado un camión por encima. O quizás es solo el peso de seguir vivo cuando no debería.

Decidimos caminar y dejar que el auto descanse. Nos paseamos al ritmo del pueblo, de mano en bolsillo, para no asustar a nadie. Pura actuación. Dos tipos con cara de pocos amigos tratando de parecer turistas. Nadie se lo cree. Charlamos con algunos comerciantes y conseguimos buena data.

Nubes, nubes y más nubes. El viento arrastra un frío que te lija los huesos y yo sigo con esta opresión en el pecho; estoy convencido de que es una reacción alérgica a la vibra de este lugar. O tal vez el tumor imaginario del doctor Salerno decidió mudarse a mis pulmones por un rato. Caminamos por la costanera, esquivando restos de redes que parecen telas de araña gigantes, hasta que llegamos a un muelle desdentado. Ahí está un tipo al que le dicen «el loco». Así nos sugirió el ferretero de al lado de la pensión.

Alfio no sé qué se llama; tiene la barba larga y como cien años, un chaleco de pescador que ha visto tiempos mejores, pero camina con la espalda demasiado recta para ser un simple jubilado del mar. Raúl le muestra la placa con esa cara de «no me hagas perder el tiempo» y el hombre nos clava una mirada que me revuelve el estómago. Es una mirada profesional. De esas que te tasan el peso de los órganos antes de decidir dónde golpear. Este viejo no pesca corvinas. Este viejo sabe dónde enterrar un cuerpo para que nunca flote.

—Buscamos a Abel Thomas —dice Raúl.

Alfio deja la caña a un lado. No hay ni un pez en su balde, solo agua turbia. Suelta un suspiro que suena a cansancio viejo, a finales de los setenta. El olor a tabaco rancio y salitre me marea. Quiero irme de acá.

—Abel… —murmura. Se queda mirando el horizonte como si estuviera viendo una película que ya sabe cómo termina—. Yo lo vi aquella vez. Poco antes de que lo metieran en cana. Yo volvía del muelle, con las manos vacías, como ahora. Pasé por la cafetería y ahí estaba el pibe, sentado con el detective Vega y el nene rubio. Tomaban café como si el mundo fuera un lugar seguro. Pobres ilusos. El mundo nunca es un lugar seguro.

Me acomodo la bufanda, sintiendo que el aire se pone más denso.

—Usted entró al bodegón ese día, ¿no? —pregunto, tratando de que la voz no me tiemble. Controlate, Salas. Sos un profesional, no un novato asustado.

—Entré por un tinto con soda —dice Alfio, y por un segundo se le nota una chispa de violencia en los ojos—. En otra mesa estaban los dueños del pueblo: Meneces, Mendizábal y el Vasco Guerra. Los tres que después se cargó Abelito. Esos viejos se creían que porque habían nacido con la primera piedra podían mearte encima. Me invitaron a jugar y yo negué con la cabeza. Me dijeron mudo, me faltaron el respeto. Mendizábal, ese infeliz, se me paró de manos. Me pidió que les pidiera perdón.

Raúl se cruza de brazos. Sabe reconocer a un tipo que ha cruzado la línea muchas veces. Alfio sigue relatando con una frialdad que me da escalofríos.

—Me pegó en el hombro. Me apuró. No tengo paciencia para los civiles que se hacen los guapos. Lo agarré de la nuca y le estampé la cara contra la barra. El ruido del tabique rompiéndose fue lo más honesto que escuché en este pueblo en años. La sangre cubrió todo.

Entonces el nieto de Meneces, un pendejo con granos, sacó una escopeta Bataan 71 detrás del mostrador. Sangre y escopetas…

—¿Una Bataan? —interrumpe Raúl, interesado por primera vez.

—Copia de la Ithaca, calibre 12 —responde Alfio sin pestañear—. Le dije la verdad: que si sacás un arma, tenés que disparar. Que me dijera si tenía los huevos para matar. Al pibe le temblaba la voz, le temblaba el arma. Le dije que a mí nadie me apuntaba y me fui de ahí sin apuro. Abel Thomas estaba mirando todo. Estaba aprendiendo. Estaba tomando notas mentales.

Alfio hace un silencio largo. El mar golpea contra los pilotes del muelle con un sonido seco, como de huesos chocando.

—Esa fue la última vez que vi al pibe Thomas como un vecino más. Después de ver cómo yo despachaba a los «Jefecitos» sin transpirar, algo en él cambió. Fue como si le hubiera dado permiso para dejar de fingir. Él vio que el poder de esos viejos era de cartón. Y eso es todo. Pero por acá no lo vi, señores. Igual debe estar viejito, como yo.

El hombre desvía la mirada y nos ignora largamente. Me quedo mudo. Raúl guarda la placa y mira hacia el pueblo, que desde acá parece una mancha gris desapareciendo en la bruma. Nos alejamos un poco de Alfio, que parece seguir de pocas pulgas. Siento que nos sigue mirando la nuca.

—Vámonos, Salas —dice Raúl—. Este hombre ya pescó todo lo que tenía que pescar.

6

Más tarde agarramos el coche y damos «la vuelta al perro», como dicen en los pueblos. Un desfile para que todos terminen de aprenderse nuestras caras. Un blanco móvil en cámara lenta.

Villa del Mar se nos cierra encima como un puño. Dejamos el auto en una esquina y volvemos a caminar las calles, pero esta vez sin hablar con nadie, tratando de ser invisibles, aunque en un pueblo de este tamaño dos tipos con cara de Buenos Aires resaltan como un bache nuevo. Somos una mancha de aceite en un vaso de agua limpia. Todos nos ven. Todos nos huelen. Las calles de tierra están muertas; el único movimiento es el del polvo que se levanta con un viento que tiene un gusto metálico, como si alguien estuviera limando hierro a la vuelta de la esquina. O como si alguien estuviera afilando un cuchillo justo detrás de esa pared descascarada.

—¿Sentís eso, Raúl? —le pregunto, tapándome la nariz con el cuello de la campera—. Es como un olor a lavandina vieja mezclada con gas. Me está dando una acidez que me llega a las orejas. Es el olor de los hospitales. El olor de la muerte disfrazada de limpieza. Me revuelve las tripas.

—Es tu cabeza, Salas.

Claro, siempre es mi cabeza. O mi corazón. O mis pulmones. Según Raúl, soy un hipocondríaco con placa de policía.

Seguimos caminando, tratando de parecer dos turistas perdidos en el tiempo, pero la tensión es un cable pelado. Llegamos a una zona llena de álamos, donde el sol apenas filtra entre las hojas secas. Las sombras de las ramas se proyectan en el suelo como dedos

alargados que intentan atraparnos los tobillos. No me gusta este lugar. Hay demasiado silencio. El tipo de silencio que precede a un grito.

—Te soy sincero, me siento vigilado, Raúl —digo—. Nos están pastoreando. El viejo nos está viendo la nuca desde que bajamos del auto y nosotros estamos acá buscando huellas como dos nenes en la playa. Siento un calor molesto en la base del cráneo. Es el peso de una mirada. Estoy seguro.

Raúl se detiene en seco y mira hacia atrás, hacia el pueblo que se desvanece en la bruma de la tarde. No hay nadie. Solo el polvo y el eco de nuestros propios pasos que parecen habernos seguido. Pero yo sé que Thomas está ahí, en algún sótano o detrás de alguna ventana tapiada, mirándonos. Está jugando con nosotros. Nos está dejando entrar para que después no podamos salir.

Miro mi reloj. Las agujas parecen moverse más lento, como si el tiempo en Villa del Mar también estuviera oxidado. La incertidumbre es peor que la sentencia.

—Volvamos a la pensión —dice Raúl, y por primera vez en el día, noto que su voz tiene duda. Si Raúl tiene dudas, yo debería tener pánico. Su miedo es el termómetro de mi supervivencia.

Caminamos rápido, casi huyendo. El sol termina de esconderse y el pueblo se vuelve una mancha negra.

7

Al otro día, no sé cómo terminamos en una choza que parece armada con restos de naufragios, a metros de donde las olas rompen con un color marrón que te quita las ganas de comer pescado de por vida. Allí nos espera un viejo, un tal Carlitos (una mujer de un almacén nos mandó a verlo); el tipo vive rodeado de latas oxidadas y que nos mira como si fuéramos el fantasma de una mala decisión.

—Thomas no es un loco, oficiales —dice, mientras se sirve algo de un frasco que huele a querosene—. Thomas es un artista que se quedó sin público. No era mal pibe. Era callado.

Me limpio el sudor de la frente. Siento una presión en las sienes; estoy seguro de que se me rompió una venita o algo. Raúl ni se inmuta, mantiene la vista fija en el anciano, esperando el remate.

—¿Quieren oír el final? Todos conocen la leyenda, pero yo la sé mejor que nadie: la noche antes del final, el detective Vega se quedó en su Taunus buscando respuestas en la tabla periódica —relata el ermitaño—. Buscó «Fe» y «C». Hierro y carbono. Acero… Y pegado a eso lo acompañaba un código. Escuchen esto: MU3R734L4L3Y —deletrea pausadamente.

Nos miramos. Creo que Raúl tampoco entiende esa cifra.

—El mensaje de Thomas —agrega— era claro: «Muerte a la ley». Ya saben, usaba letras y números. Y también le sumaba los elementos del arma que iba a usar. Vega tenía su Colt 45 y se creía seguro, pero a las ocho de la mañana cometió el error de entrar a la radio. Abel lo esperaba con dos tazas de café.

Raúl aprieta la mandíbula. Yo siento que el desayuno de la pensión me está empezando a corroer las paredes del estómago.

—Vega se tomó todo el café —continúa el hombre—. En segundos, la vista se le tiñó de negro. Cuando despertó, estaba atado a una silla, con la lengua acalambrada y un ardor en la nuca. Frente a él estaba Thomas, con los ojos transformados y un puñal. Y al lado, Griselda, la mujer de Abel, amordazada y temblando. Thomas se sentó frente a ellos, paciente como una fiera. Le dijo a Vega que no lo mataba por fijarse en su mujer, sino por representar lo más absurdo del mundo: la ley. Y le asestó la primera puñalada en el estómago.

—Qué bestia… —murmuro.

—Así lo contó la Griselda —aclara el viejo—. Lo apuñaló tres veces más hasta que Vega vomitó sangre y se apagó. Thomas estaba por seguir con su mujer cuando Furman, el Huraño, tiró la puerta abajo… Ya habrán oído de él. El tipo venía con Mariel, la pelirroja, la minita de Thomas, y una pistola. Furman no andaba con vueltas; lo obligó a tirar el cuchillo y lo sentó frente al micrófono de la radio. «Prendé esa cosa», le dijo, «decile la verdad a estos infelices».

El ermitaño hace una pausa dramática.

—Esa mañana todo el pueblo escuchó la confesión por los parlantes. Abel Thomas admitió todo: los seis policías, el cura, los tres viejos del bodegón… y hasta el asesinato de su propio padre en el 66, porque lo trataba como a un esclavo. Dijo que cualquier ataque a su libertad encendía lo peor de su esencia. Después de eso, Villa del Mar se vació. La gente huyó. Furman desapareció buscando anonimato, se fue para el sur me parece, y Abel… ya saben, terminó en una celda por cuarenta años. Y ahora… dudo que ande por acá, no es tan tonto, muchachos. Creo que la mujer de Thomas se había ido para el lado de Chacabuco, dicen que se casó y

que enviudó y después se enfermó ella. No sé. Hasta ahí me contaron. No sé más.

Raúl se levanta y mira por la ventana hacia el horizonte gris. El silencio en la choza es absoluto, solo interrumpido por el rugido del mar.

—El demonio de Villa del Mar volvió a ser noticia a los setenta y tres años —suelta el tipo—. Y ahora ustedes están acá, respirando el mismo aire que él dejó contaminado.

Salimos de la choza y el viento nos pega de frente. Me ajusto la campera, convencido de que mi sistema inmunológico acaba de tirar la toalla.

—Subí al auto, Salas —dice Raúl, con la voz más sombría que nunca—. Me parece que lo subestimamos un poquitín a este tipo…

—Seis policías… —le recuerdo a Raúl.

Raúl respira hondo antes de acotar:

—Esta gente no corre peligro con este loco suelto por ahí. Corren peligro con nosotros acá… Abelito es un salvaje, no le gusta la autoridad, solo eso. Y acá ya no hay ley, los borró a todos, y no se recuperaron. Pero esta gente no le teme.

Me paralizo.

—¿Lo protegen?

Duda unos instantes.

—Habrá que averiguarlo.

Pienso un segundo.

—Tendríamos que pedirle apoyo a Furman, el superhéroe. Aunque según el expediente debe tener unos noventa y cinco años ahora.

—Tranquilo, Víctor, lo vamos a agarrar nosotros.

Después regresamos a la pensión para un desayuno tardío. En la entrada, Raúl se me escapa para caminar solo.

Pienso en este pueblo en 1981, cuando la dictadura todavía gobernaba el país. Imagino a Furman, un exiliado escondido acá, un hombre curtido de la capital que, por aburrimiento o por su formación militar, no tardó en notar que había un asesino moviéndose entre la gente. En aquel entonces, esta era una comunidad resplandeciente e inocente; festejaban cada ocasión religiosa, se saludaban en la plaza, dejaban la bicicleta sin candado en la vereda. Eran vecinos ayudando a vecinos.

Ahora, mientras caminamos estas calles, apenas se ve a un par de viejos barriendo el frente, asomándose con cara de miedo. Hay demasiadas casas vacías, demasiadas ruinas. Villa del Mar tiene muy poca vida; en unos años no quedará nadie. Será un destino turístico para quienes buscan pueblos fantasmas, y todo esto se convertirá en mito.

Voy perdido entre pensamientos de toda índole mientras recorro los pasillos de la pensión con la bandeja del desayuno en la mano. Busco una pista, una señal, cualquier idea para resolver esto. Thomas no puede estar escondido entre un puñado de jubilados temerosos. Villa del Mar huele a muerte, a un vacío que me perturba. El clima no ayuda: este cielo gris permanente parece anunciar un apocalipsis de nieve y frío.

Raúl se está matando la cabeza en cómo resolverlo, lo veo en su mirada. Pero como es un tipo que no confía del todo en mí, se reserva sus ideas para consultarlas con la almohada o con el inodoro.

¿Adónde se habrá ido a pasear Raúl ahora?... Necesita estar solo. Lo sé.

Dejo la bandeja sobre la mesa. No se oye un alma en este hotel; creo que somos los únicos huéspedes, aunque juraría haber escuchado ruidos en la habitación contigua.

Me asomo por la ventana. Raúl viene por la vereda con un paquete; habrá ido a comprar pan, porque el desayuno de acá es asqueroso y la pobre vieja nos dio los huevos revueltos con cáscara y todo. Lo sigo con la mirada, pero entonces noto algo extraño: detrás de él viene un tipo encapuchado.

El desconocido se detiene junto a nuestro auto. Las hojas del plátano me cubren un poco la vista, pero veo cómo rodea el coche sospechosamente. Espera a que Raúl entre a la pensión.

Me pongo tenso. ¿Es él? ¿Es Thomas?

El tipo baja el cordón de la vereda, mira el auto como si quisiera robárselo, pero finalmente saca un papel y lo engancha en el parabrisas.

¿Una nota? ¿Un volante? Corro hacia la puerta, salgo al pasillo ya desenfundando la pistola.

—¡Es Thomas! —me digo, desesperado.

En el pasillo me choco de frente con Raúl. El paquete de pan vuela por el aire.

—¿Qué pasa? —pregunta él, alertado.

—¡Vení, corré! ¡Hay alguien afuera!

Cruzamos el hall. Elvira nos observa con ojos grandes. Reventamos la puerta de entrada y ganamos la calle. Raúl también desenfunda. A ciento cincuenta metros vemos al tipo huyendo despavorido. Siento que el corazón se me va a salir del pecho. Corro desaforado; Raúl, menos ágil, va quedando atrás. El tipo dobla en una esquina. No hay un alma en la calle.

Gano velocidad. El aire frío me quema adentro.

Lo veo.

—¡Alto, policía! —exclamo—. ¡Quieto ahí!

El hombre se detiene en seco a unos ochenta metros. Me mira, encapuchado. De pronto, se rinde. Se arrodilla de perfil, alzando las manos sumisamente, ocultando el rostro y bajando la mirada hacia

la vereda. Parece pedir perdón. Llego hasta él con toda mi euforia, apuntándole a la cabeza, gritándole que no se mueva. Siento los pasos pesados de Raúl llegando detrás.

—¡Sacate la capucha! ¡Sacátela ahora! —le grito.

El tipo no obedece. Pone las manos en la nuca, rendido, pero sigue mirando al suelo. Con la mano izquierda le arranco la capucha de un tirón. El hombre voltea asustado.

Es un pibe. Un muchachito, casi un adolescente, con la cara desencajada por el pánico.

—¿Por qué corriste? —le grito, todavía con la adrenalina en las nubes.

No dice nada. Raúl llega a su lado y lo rodeamos.

—Dale, pendejo, hablá —insisto—. ¿Qué buscabas? ¿Nos querías robar el auto?

De pronto, el chico rompe a llorar. Nos miramos con Raúl, desconcertados. El joven empieza a mover las manos frenéticamente, emitiendo sonidos guturales que no llegan a ser palabras. Ahí caemos en la cuenta: son gestos, lenguaje de señas. No solo no es Thomas —le lleva sesenta años de diferencia—, sino que es mudo, o simula serlo.

—Tranquilo —le digo, bajando el arma—. Parate.

Lo ayudamos a levantarse mientras Raúl lo revisa con calma. El chico sigue haciendo señas, desesperado por explicarse.

—Tranquilo… no entendemos nada, pibe —dice Raúl con voz ronca.

Entonces, una mujer aparece tras nosotros. Una señora de la edad de Raúl que encara al chico con el rostro pálido.

—¡¿Dónde te metiste?! ¡¿Qué estabas haciendo?! ¡Te dije que no lo hicieras! —le grita, repitiendo el reto con señas. El chico se pega contra la pared, cruzado de brazos, temblando.

—Doña, ¿qué está pasando? —pregunto.

—Disculpen, señores. Es un caprichoso —nos dice ella, tratando de calmarse—. Ustedes son los policías de Buenos Aires, ¿no?

—Sí —responde Raúl, a secas.

—Él es mi hijo, Naitán. Es sordomudo. Él dice que vio al tipo que están buscando… hace un par de días, ese hombre le pidió ayuda. No estábamos seguros de que fuera él, pero cuando lo vimos en la tele, Naitán me juró que era el mismo. Dice que lo paró en la calle para pedirle comida y plata, diciéndole que era un indigente. Naitán le dio algo de dinero y unas cosas del almacén, y el tipo desapareció.

La mujer hace una pausa, el miedo le quiebra la voz.

—Yo no quería que él hablara con ustedes. Por eso escribió esa nota y quiso dejársela en el auto a escondidas… Yo conocí a Thomas, señores. Yo era muy chica cuando él cometió toda esa masacre acá, en Villa del Mar. Este pueblo nunca fue el mismo después de esa matanza. Tengo mucho miedo de que nos haga algo. ¿Quién nos va a proteger si hablamos? Si ese loco anda suelto, lo único que podemos hacer es encerrarnos.

Raúl mira a Naitán. Hay un respeto nuevo en sus ojos.

—Está bien, no se disculpe, señora —dice Raúl—. Sos muy valiente, pibe. Tu testimonio es muy valioso; ahora sabemos que el tipo verdaderamente anda por acá. Vayan a su casa, quédense tranquilos.

La mujer abraza al hijo y se lo lleva por la vereda. Se pierden en la calle solitaria, bajo ese cielo que no deja de amenazar. Nosotros pegamos la vuelta hacia la pensión, en silencio.

La cacería acaba de volverse real.

8

Más tarde, en la habitación, pienso y pienso mientras Raúl se pega una ducha. ¿A dónde podría estar Thomas? Este pueblo es tan pequeño… Creo que ya lo recorrimos todo y no hay rastro. Pero ese pibe lo vio.

Ay, Dios, ¿dónde me metí?

Sí, ya sé dónde me metí. En un sueño lleno de esperanza… Estoy donde estoy porque alguna vez fui como Naitán: quería ayudar, pero no tenía palabras. En realidad sí las tenía, solo que no encontraba el valor para usarlas. ¿Pero a quién quería ayudar? ¿Vocación de servicio? Nunca supe realmente qué era eso… Dios mío, casi le disparo a ese pibe. Lo pensé. Pensé seriamente en derribarlo de un tiro. ¿Por qué? Porque no quería enfrentarme a él si resultaba ser Thomas. Estaba decidido a apretar el gatillo… soy un «border», la puta madre.

Creo que es hora de aceptarlo: entré a la Fuerza para buscar seguridad, para ayudarme a mí mismo a perder los miedos. Y no funcionó. Esto es para los tipos como Raúl, hombres fríos, con temple de acero. Yo no puedo relajarme; hace nueve años que vivo así, en tensión permanente.

Allá, en la capital, nadie me respeta. Y está bien que así sea después de las últimas que me mandé. Solo puedo esperar apodos y miraditas raras a mis espaldas. Este revólver me pesa mucho más que en el pantalón, como dice Raúl; me pesa en el alma… Tengo que ser fuerte. No es momento de aflojar, Víctor. Ahora no.

Concentrate, Salas. Enfocá.

Al parecer, el paso de Thomas en los años ochenta lo borró todo; al final no hay autoridad, como él quería, pero tampoco queda un alma. No se ve gente joven. El chico mudo debe ser el único… Y claro, ¿qué van a hacer los pibes acá? Ni debe haber escuelas, ya no hay policías, no funciona la iglesia… No hay nada para divertirse.

Me da la sensación de que estamos buscando a una sombra o a un fantasma que sabe ocultarse. Encima, esos dos o tres viejos que entrevistamos no tienen pinta de decir la verdad. Sinceramente este clima no me gusta. Con la locura de Buenos Aires, prefiero que me den un falso diagnóstico y estar puteando en medio de la calle, rodeado de gente de mierda. El ambiente acá es tan denso que, si no estuviera con Raúl, me tomo el palo.

No sé qué podemos hacer. No se me ocurre por dónde ir a buscar al tipo este que, en definitiva, podría estar en cualquier otra parte. Quizá siguió su viaje. Pero según el jefe, anda por acá. Y a decir verdad, al jefe ya no le caigo tan bien; capaz que me mandó acá para que este loco me liquide. No sé. Empiezo a dudar de todo. Ay, Dios, esta paranoia…

Raúl sale del baño con la toalla en la cintura, secándose el pelo. Se lo ve serio. Viene y se sienta en la cama frente a mí; yo estoy recostado mirando el techo.

—Che —me dice—, pasame los informes. ¿Están ahí todas las declaraciones de los testigos del 81?

—Sí —le digo—, pero no terminé de leer todo. Fijate vos, a ver si encontrás algo que nos pueda ayudar.

Raúl, sin ponerse la ropa, con la toalla envolviéndole la cintura, se tira en la cama y le mete una buena ojeada a las hojas. Mientras revisa página tras página, me pregunta:

—¿Qué dijo el viejo? ¿Qué el tal Furman se tomó el palo y se la da de anónimo ahora?

—Sí, algo así dijo —le contesto—. Estará en algún geriátrico o algo así. ¿Y para qué lo querés a ese viejo?

—Si es el que lo metió en cana a Thomas, capaz que cuando se fugó, pasó a hacerle una visita.

—No creo que se tome el tiempo de una venganza. Thomas sabe que le estamos pisando los talones; acaba de incendiar un hospital y dejar a todos culo pa' rriba. ¿Se va a ir a buscar a un viejo de cien años porque hace cuarenta lo metió preso?

—Y sí, ¿por qué no? Vos no pensás como el asesino. Hay que meterse en la cabeza de él, Salas. No pienses como vos, en lo que harías vos… pensá como pensaría él.

Se detuvo en una página y leyó algo.

—A ver, a ver… ¡Escuchá esto! —dice sorprendido—. Acá está la declaración de Furman. ¡Mirá lo que dice!: «Mi propiedad queda saliendo por el camino de las Viejas Carretas, a un kilómetro y medio después del cruce de la ruta…».

Observo su cara de sorpresa.

—¿Entonces el tipo este nos metió un verso? —pregunto—. Dijo que Furman desapareció, que se fue al sur, o algo así… Igual puede ser. Pasaron muchos años.

Raúl lee y lee, cada vez más concentrado.

—No, Salas —niega una y otra vez. Se entusiasma—. Furman buscaba la paz… Acá hay mucha data. Se te pasó por alto. Escuchá la declaración completa, a ver si pensás lo mismo que yo: «Declaración de Rogelio Furman – Noviembre de 1981». Dice: Mire, se lo voy a decir cortito y al pie porque no tengo todo el día. Yo estaba en la plaza, pero eso era un manicomio, así que me mandé mudar. El pueblo estaba muerto, ni un perro ladraba. Pasé por el boliche, compré pan, vino y agua, y me fui para mi campo. Para que se ubiquen: mi propiedad queda saliendo por el Camino de las Viejas Carretas, a un kilómetro y medio después del cruce de la ruta. Hay

que meterse por un sendero de tierra y, justo detrás de un monte cerrado, ahí está mi casa. Es un lugar donde nadie te molesta. Cerca de la entrada tengo un aljibe viejo, que es donde el infeliz de Thomas aprovechaba para ocultar sus porquerías: los fierros, los puñales y toda esa basura que usaba para matar. Cuando llegué esa noche, me metí en el sótano que yo mismo armé. Ahí la tenía a la piba, a Mariel, la amante de él. La secuestré con fines útiles. Estaba amordazada porque tenía que sacarle la verdad. Me senté frente a ella y traté de que se calme. Le mentí, le dije que yo era el Sargento Méndez, de Investigaciones de Capital. Le inventé todo un cuento del Grupo Águila 14 para que soltara la lengua. Le mostré lo que había sacado del aljibe, ese donde se sentaban los dos a fumar marihuana. Venían con la moto cada dos por tres. No sabían que yo los espiaba desde el monte de árboles; eran unos idiotas, ni para esconder pruebas servían. Y bueno, justo cuando la piba estaba por cantar, escuché los motores. Eran Vega y sus agentes. Me metí en el hueco de la doble pared, tiré de la soga para acomodar el mueble y me quedé ahí abajo, a oscuras, con la mano en la boca de la chica. Sentí cómo caminaban arriba de nuestras cabezas. El suelo de madera crujía, pero no nos encontraron. Cuando se fueron, la piba se quebró y me dijo dónde estaba Thomas. Fui directo a la radio, con la piba Mariel de rehén, para ablandarlo a Thomas. Entré de un golpe y lo que vi era un asco: Vega estaba en la silla deshecho en sangre y la muerte, Griselda, estaba ahí atada. Lo encaré a Thomas. Tenía el cuchillo en la mano, estaba como loco. Le apunté con la pistola y le dije que si no soltaba eso, le iba a llenar el cuerpo de plomo y se la mataba a Mariel. Lo hice sentar frente al micrófono. Yo quería que todo el pueblo supiera qué clase de bicho tenían ahí. Lo obligué a transmitir. Mientras tanto, las dos mujeres lloraban como locas. Después le dije a Thomas: «Hablá, pibe, largá todo». Y ahí arrancó. Confesó todo: los policías, el cura, lo de Vega… hasta dijo

que había envenenado al padre allá por el 66. Yo lo miraba y no lo podía creer; el pibe era un monstruo. Después llegó la gente y la policía. Yo ya había hecho mi parte. El tipo quería caos y yo le di el micrófono para que el caos fuera su propia soga. Eso es todo. Thomas la jugó de inteligente en este pueblito, matando y matando, hasta que caí yo y le hice pisar el palito, vigilándolo primero y pegándole donde más le dolía después.

El silencio nos abraza.

Afuera suenan las ranas, o los grillos.

—¿Y? —me dice.

—¿Qué? —le digo.

—¿Qué pensás?

—Que si ese lugar, la granjita de Furman, todavía existe… uno de los dos ya está muerto.

Nos quedamos estupefactos.

—Nadie mencionó esa casa —dice Raúl.

Asiento con sospecha.

—Todos lo saben… —le digo—. Lo están cubriendo. Y sabés qué es lo peor: creo que no le tienen miedo, creo que en cierta medida lo quieren.

Luego, mientras Raúl duerme, miro las noticias que me arroja internet y me sorprendo con algo muy particular. El título asegura que los caballos que habían sido liberados fueron recapturados a unos cien kilómetros del lugar de la fuga, pero que uno todavía seguía siendo buscado: un caballo blanco de crines negras. Me quedo estupefacto porque sé bien que es el caballo que pasó por la ruta; aquel que pasó frente a nuestras narices galopando y que debe andar por acá, porque iba en nuestra dirección. O quizá siguió hacia el sur, quizá ya esté en la Patagonia.

Ojalá nunca lo atrapen. Ojalá nunca lo agarren. ¿Por qué me produce tanta melancolía y alegría a la vez que el caballito blanco

siga sin ser capturado? ¿Por qué es? ¿Por qué quisiera estar en su lugar? ¿Acaso estoy atrapado? ¿Hay un caballo blanco en mi interior… uno que no puede galopar, o no sabe, o no lo dejan? ¿Cómo galopar entre medio de asesinos y locos? Qué tarde es ya… Ojalá ese caballo encuentre un refugio para dormir.

9

El amanecer en Villa del Mar no existe; es apenas una transición sucia del negro al gris plomo. Abro los ojos, luego de una noche de mal sueño, y el frío ya es el dueño de la habitación, un frío que no parece venir de afuera, sino de las paredes, de los muebles, de mis propios huesos. Habían anunciado un temporal, pero no pensé que vendría así, de repente. Según la tele, en Mar Sudeste, acá cerquita, ya nieva a lo loco. Las primeras ráfagas del temporal golpean el vidrio con un silbido desquiciado.

Me asomo y sí, la nieve. El invitado inesperado.

Raúl se lamenta.

—Ya empezó… la puta madre. Esto va a cubrir toda la costa —dice. Está de pie junto a la ventana, recortado contra esa luz muerta, terminando un café que, por el olorcito, ya debe estar helado.

Nos movemos con la torpeza de quienes saben que van directo a un matadero. El plan es llegar a la vieja propiedad de Furman, atrás del monte.

Salimos rápido. Mi paranoia se activa apenas hacemos tres cuadras con el auto. Es un instinto eléctrico. Miro el retrovisor y el estómago se me contrae.

—Che… ese Focus —murmuro, apretando el volante—. Está pegado desde que salimos de la pensión. No nos suelta, Raúl.

Raúl no contesta, pero veo cómo su mano baja lentamente hacia la cintura. El roce del metal de su arma contra la campera es lo único que nos devuelve una seguridad real, aunque sea una mentira. Doy una vuelta innecesaria por la costanera, con el mar rugiendo a

nuestra derecha, una masa de agua oscura y furiosa que parece querer devorarse la costa. El Focus mantiene la distancia, paciente, como un depredador que conoce el camino de su presa. En una esquina ciega, donde la arena ya empieza a invadir el asfalto, clavo los frenos. El Focus se ve obligado a maniobrar y queda a la par, bloqueándome el paso.

Bajo la ventanilla y el aire frío me corta la cara como una navaja. Dos hombres de mediana edad, con caras de haber pasado la noche en vela dentro de un calabozo, nos miran con ojos vacíos. Los miro bien y los reconozco. Son los dos del bar. Los que miraban feo.

—Policía de Bahía Blanca —dice el conductor, exhibiendo la placa sin bajarse del auto. Tiene la piel curtida y los labios agrietados—. ¿Ustedes qué hacen dando vueltas por este cementerio?

—Estamos con el caso Thomas. Somos de la fuerza, muchachos — dice Raúl en seco.

—Ah, está bien. Nosotros buscamos a una mujer. Se sospecha que está por esta zona. Desaparecida hace unos días; el celular se apagó en seco entre Mar Sudeste y acá.

—¿Desaparecida? —pregunto—. ¿De dónde desapareció?

El otro, el que no habló, responde:

—De provincia…

Pienso dos segundos: «Esto no tiene que ver con Thomas».

El que habló primero nos pasa una foto de la mujer, una tal María. Raúl agita la fotocopia.

—Gracias…

—Bueno —dice el segundo.

La charla es un intercambio de silencios más que de palabras. No hay camaradería policial, solo cuatro hombres rotos midiéndose en medio de la nada. Nos dan un número de teléfono en un papelito con una sequedad absoluta, un «por si acaso» que suena a última voluntad.

—Mi número personal —agrega, antes de pisar el acelerador a fondo.

Cuando el Focus se pierde en la bruma blanca que empieza a bajar, siento que el mundo se acaba de achicar hasta quedar reducido a nosotros y nuestro objetivo.

Llegamos a lo de Furman cuando el cielo empieza a desgranarse. Alrededor, puro campo nevado. La casa está hundida detrás de un monte que se sacude bajo el viento del sudeste, un sonido que parece el llanto de un chico. Bajamos del auto y el silencio nos abraza. Cada paso parece que se va a escuchar a kilómetros.

Me detengo en seco. El vello de mis brazos se eriza. Señalo con el mentón un claro junto a un árbol seco, cuyas ramas parecen garras apuntando al cielo gris. La tierra está removida. Es una mancha oscura de barro fresco, de un metro ochenta de largo por medio de ancho. La nieve pronto va a terminar de taparlo. Es el tamaño exacto de una tumba. Siento que la temperatura cae diez grados de golpe, un frío que me hiela el aliento.

—Nos estaba esperando —susurra Raúl, y su voz tiembla apenas un poco.

Quitamos los seguros de las pistolas. El «clic» metálico es una sentencia de muerte en medio de la soledad del monte. Le hago una seña a Raúl: yo voy por la entrada principal, él debe rodear por el patio trasero. Avanzamos agazapados, sintiendo que los ojos de la casa nos observan desde cada grieta de la madera podrida.

La construcción es una ruina que se sostiene por inercia. Empujo la puerta principal, que cede con un lamento prolongado de las bisagras. Entro con el arma por delante, barriendo la penumbra. El aire adentro es un plomo, huele a encierro, a grasa rancia. En la mesa de roble carcomida hay un plato con restos de comida todavía húmeda. Un poco de pan, una mancha de salsa. Actividad reciente.

Demasiado reciente. El ambiente es sombrío; las vigas del techo proyectan sombras que se retuercen en las paredes descascaradas como si estuvieran vivas.

De pronto, escucho un crujido de maderas. Un golpe seco. Una silla arrastrándose. Mi corazón golpea con una violencia animal contra mis costillas. Intento girar, pero un dolor explosivo estalla en mi nuca. El mundo se vuelve negro antes de que mis rodillas toquen el piso. Algo, nacido en las sombras, me ha derribado.

Lo que sigue es un sueño confuso. Escucho a Raúl gritar mi nombre a lo lejos, como si estuviera bajo el agua. Oigo la puerta delantera abrirse de golpe bajo su bota. Abro los ojos y estoy tirado en el suelo, el sabor de la sangre en la boca y mi arma a dos metros de distancia, brillando bajo la luz grisácea como un objeto inalcanzable. Veo a Raúl entrar, empuñando su pistola con las dos manos, barriendo la sala con la mirada desencajada, desesperado por encontrarme. Me duele la cabeza.

—¡Alto, policía! —grita él, pero su voz se corta en seco. Se congela.

Desde mi ángulo en el piso, veo la sombra emerger del pasillo lateral con una lentitud espantosa. Thomas aparece como un fantasma que ha decidido cobrar peso, una presencia helada que no parece humana. Sus ojos están fijos en Raúl, sin parpadear. Con una calma aterradora, apoya el cañón doble de una escopeta vieja directamente en la sien de mi amigo.

—Tirá el fierro —dice Thomas. Su voz es un susurro apretado que corta más que el temporal que ruge afuera—. Hacelo despacio. O vas a parar a la tumba con el viejo, y nadie va a saber nunca que estuviste acá.

En cuestión de segundos, Thomas logra desarmarnos. Revisa a Raúl, quien permanece frío, mirando hacia todos lados. Yo busco

ayuda en sus ojos desde donde estoy tirado, pero él solo rastrea algún elemento que pueda usar para golpear a Thomas.

Thomas coloca las armas sobre un mueble. Veo la actitud de alerta de Raúl. Logro ponerme de rodillas, pero enseguida me apunta.

—No te muevas o te mato.

Empuja a Raúl al piso. Él cae de rodillas, apoyando las manos en el suelo. Se lo ve sereno, calculador, pero no reacciona. De pronto, Thomas lo toma de los pelos y lo tira hacia atrás, obligándolo a mantenerse erguido. Le coloca el cañón de la escopeta en la cabeza.

—Un solo movimiento y te vuelo la tapa de los sesos. Vas a hacer todo lo que te digo.

Thomas se mueve rápido hacia un costado. Apunta a Raúl y luego me apunta a mí; no deja de mirarnos. Con la mano libre tantea debajo de un mueble y saca unas cuerdas. Lleva nuestras armas arriba de la heladera. Con la escopeta me señala como si fuera un dedo largo y silencioso. Me explica, sin hablar, que si hago un movimiento me destruye el cráneo.

Mira nuestras placas con movimientos eléctricos y las arroja al suelo. También tira lejos las esposas que le quitó a Raúl. Yo me desespero. Estoy mareado, confundido. Se me parte la cabeza por el golpe y empiezo a ver nublado.

De pronto recupero la vista. Miro todo como una secuencia de flashes: Raúl se mantiene en calma, dejando que Thomas lo maniate y lo amordace. Finalmente, Raúl me mira. La nube borrosa se disipa y logro enfocar su mirada. Siento a Thomas detrás de mí; empieza a atarme las manos. No sé qué decir, no puedo. El hombre está desquiciado y sus movimientos son precisos. Dios mío, ¿qué nos va a hacer?

Siento la transpiración bajándome por la espalda y el estómago hecho un nudo. Afuera parece oscurecerse, o quizás es mi vista que vuelve a fallar. Estoy en un estado que va mucho más allá del miedo.

Termina de atarnos y se asegura de que estamos aferrados a las sillas y mudos por los trapos, nos mira con odio puro. Bajo la vista; no quiero que confunda ningún gesto con un movimiento falso. Él tiene la escopeta pegada a la pierna y se balancea, observándonos con esos ojos oscuros, con una mirada que jamás vi en mi vida. Intento mirar al piso; ni siquiera puedo mirar a Raúl. No quiero ver su miedo, ni su calma, ni lo que sea que esté sintiendo. Si intento ponerme de pie con la silla a cuestas, no voy a lograr nada. Las cuerdas me estrangulan las muñecas; se me está cortando la circulación.

—Detectives —murmura.

Esboza una pequeñísima sonrisa. Las ojeras le dan la vuelta a los ojos. No sé de qué raid de muertes viene este tipo, pero es obvio que llega sin dormir, sin paciencia. Caímos en el peor momento del mundo. Nos va a matar. Vamos a morir en esta casita en medio de la nada y no se va a enterar ni Dios.

Después de balancearse un momento al pie de la mesa, inspeccionando nuestras caras de horror, gira repentinamente. Se va a paso lento con su escopeta por el pasillo. Ahí los minutos empiezan a correr. El terror es mucho peor ahora, porque sé que cuando regrese lo hará con un plan.

Dejamos de oírlo. La casa se inunda de un silencio crudo, inenarrable: el silencio de la muerte. Raúl clava los ojos en la heladera, donde asoma el cañón de su arma. Se sacude un poco, solo para cerciorarse de lo fuerte que está maniatado. Me mira con una expresión indescifrable. Vuelve a forcejear, pero es imposible; está tan atrapado como yo.

Instintivamente alzo la vista hacia la ventana, buscando admitir que no hay nadie allá afuera en esa puta nieve, nadie que venga a salvarnos. Y entonces aparece la figura que nadie esperaba. Es Naitán.

No sé qué hace acá. Me sacudo. Intento decirle a Raúl con la mirada que se dé vuelta, pero es imposible; está de espaldas a la ventana. Empiezo a gritar bajo el trapo, me retuerzo. Veo que el pibe se acerca despacio. No sé si nos siguió o si sabe que Thomas está acá. ¡Tiene que irse ya!

O mejor, que nos vea. Que se asome y corra a buscar ayuda. ¡Dale, pibe, asomate! Es obvio que no escucha mis pensamientos ni mis gemidos, pero finalmente apoya la mano en el vidrio. Se hace una visera con las manos para ver hacia adentro y me ve. Hacemos contacto visual. Se da cuenta de que estamos amordazados y se horroriza. Se queda clavado, mirándome.

Naitán da unos pasos atrás, impresionado. Dios mío, corré, por favor. El pibe se mueve lento y saca su celular con la mano temblorosa. Empieza a escribir desesperado. Yo solo imploro que corra antes de que el loco aparezca. Naitán escribe y escribe. Veo la ventana como si fuera una película, la escena más tensa de mi vida, pero es real.

De repente, entra en escena lo menos esperado. Thomas agarra a Naitán por atrás, apretándolo fuerte con el antebrazo. El pibe suelta el celular por el impacto y empieza el forcejeo. Thomas debió dar la vuelta por el patio trasero para tomarlo por sorpresa. Lo estrangula, apretando con fuerza. Forcejean y se van saliendo del cuadro de la ventana.

Me desespero.

No puedo comunicarle a Raúl lo que pasa a sus espaldas. Thomas aprieta más fuerte. Naitán se ve pálido, con los brazos desvanecidos. Ambos caen hacia atrás y desaparecen de mi vista.

Empiezo a llorar. Nunca había llorado de esta angustia. Quince segundos después, se abre la puerta y Thomas entra en la casa. Trae a Naitán a la rastra, sujetándolo de las piernas. El pibe está

muerto. Thomas arrastra el cuerpo, que aún tiene los ojos entreabiertos, y lo deja descansar al lado de la mesa.

Raúl lo mira de reojo. Después mira a Thomas y luego a mí. Thomas nos observa a ambos y niega con la cabeza. Su expresión lo dice todo: miren lo que me hicieron hacer. Luego, vuelve a tomar al chico de las piernas y lo arrastra por el pasillo hacia el patio trasero.

SEGUNDO INTERLUDIO

CUARENTA Y CINCO INVIERNOS ANTES

Rogelio Furman, «el Huraño», había sido uno de los hombres más temidos y respetados dentro del servicio de inteligencia del ejército. Su carrera en las sombras comenzó a principios de los años setenta, alcanzando notoriedad por su implacable eficacia en la planificación, persecución y captura de aquellos a quienes el régimen militar consideraba «subversivos». Sin embargo, a finales de 1979, de manera abrupta y rodeado de misterio, Furman recibió la baja de la institución y, en un giro que desconcertó a todos, decidió exiliarse. ¿Acaso el hombre había sido capaz de ver lo que se avecinaba? Tal vez presintió que pronto sería acusado de atrocidades imperdonables: torturas, asesinatos y desapariciones forzadas de aquellos que levantaban una lucha contra la dictadura. O tal vez la moral interna de Furman ya había tocado fondo, agotada por los horrores que había sido obligado a cometer en nombre del «orden público». Lo cierto es que, en pleno auge del gobierno militar, abandonó su puesto. Su partida no fue una simple retirada: fue una desaparición total, un acto de desvanecimiento en el vasto océano de la historia. Con lo puesto, emprendió un viaje hacia un rincón olvidado de la costa atlántica, buscando, quizá, lo único que deseaba: la paz. Allí se dejó una larga barba y cambió la chaqueta militar por un chaleco de pescador. En esa remota comunidad, donde el tiempo parecía no existir, intentaría reconfigurar su vida, dejando atrás la pesadilla de un pasado marcado por las sombras del poder y la violencia. Pero, como siempre sucede con los hombres

como él, el destino, aunque buscara el silencio, nunca dejaría de hacerle un llamado.

Rogelio Furman había visitado la plaza un día de festejos religiosos, pero inmediatamente abandonó ese lugar al que consideró una pesadilla multitudinaria. Se desplazó por la solitaria Villa del Mar con bastante urgencia y, antes de cruzar la carretera para dirigirse al campo donde se encontraba su casa, se detuvo en un negocio a comprar algo de pan, vino y agua mineral. Luego salió con las provisiones y examinó la periferia antes de empezar la caminata. No había un alma; ni los perros andaban. Se movió nuevamente con apuro. Su respiración era corta; deseaba llegar lo más pronto posible a su morada. Cuando se halló internado en pleno campo, recuperó algo de calma. En esa instancia, el ocaso moría entre los constantes sonidos de ranas y otros bichos rurales. El lúgubre bosque se lo devoró y, en poco tiempo, sus pies cruzaron el umbral de la puerta de la casa, donde gobernaban las penumbras.

Furman caminó por su salón con la bolsa de mercadería en la mano hasta posicionarse junto a un viejo mueble, y de allí agarró algo. Empujó el modular y entonces asomó un hueco grotesco. Se metió en él; su cuerpo apenas cabía en medio de esa doble pared. Estando ahí, encendió un farol y después apartó una tapa que había en el piso de esa claustrofóbica cámara; de esa manera quedó expuesto otro hueco que conducía a un sótano que el mismo Furman había construido. Iluminándose, bajó una escalera y enseguida oyó unos gemidos apretados. Para cuando tocó la superficie de aquel subsuelo, alumbró hacia adelante y la vio: quien se encontraba amordazada y maniatada en una silla era Mariel. Ella estaba desconsolada, esforzándose por decir algo bajo el trapo que le aprisionaba la boca. Furman dejó caer su vista sobre la mujer con absoluta templanza y después puso el farol sobre una mesita.

Se sentó bien cerca de su secuestrada.

—Necesito que te tranquilices —le dijo—. Si no, no vamos a poder hablar… y si no llegamos a un acuerdo, vos no te vas a poder ir a ningún lado, ¿está bien? Así que te voy a quitar el trapo ese de la boca y vamos a tener una charla muy tranquila… Te traje agua y comida. Necesito que te calmes. No te voy a hacer nada si me decís lo que quiero saber…

Ella asintió, aunque permanecía aterrada. Furman le quitó la mordaza y le dio agua. Luego le limpió la boca mientras Mariel solo temblaba.

—Tranquila… —le repitió—. Solo tenés que confiar en mí. ¿Vos me conocés?

—No… —le murmuró ella con temor.

—Sí, me conocés —le recalcó él.

—Bueno… —se retractó Mariel—, lo vi alguna vez por ahí…

—¿Sabés mi nombre?

—No, le juro que no.

Furman apenas pestañeaba; la miraba fijamente. Hasta que se corrió la campera y le mostró un revólver que llevaba calzado.

—Soy el sargento Jorge Luis Méndez —dijo, mintiendo deliberadamente—, del departamento de investigaciones criminales de Capital Federal. Ya sabemos todo lo que hicieron… vos y tu amiguito… Thomas. Y ahora estás bajo mi custodia hasta que declares. Los venimos investigando hace meses. Thomas ya está detenido y largó todo. Solo falta tu confesión. Perdón por hacerlo de este modo, el procedimiento es así; luego vas a tener que declarar en la fiscalía. Esta es una operación secreta en la que también actuó el Grupo Águila 14 del ejército, y por este motivo no queremos que intervengan ni entorpezcan nuestros movimientos la gente de Bahía, ya que ellos realizan una investigación paralela de los homicidios del cura y de los policías.

—No sé de qué habla… —dijo ella, mostrando total confusión—. Por favor, déjeme ir…

—Mire, el señor Thomas ya dijo toda la verdad… así que usted no tiene más remedio que confesar su participación… y ya está, se va a su casa.

—Por favor, señor —le pidió la afligida Mariel—. No sé nada, no sé de qué me habla…

Furman agarró el paquete que había sacado del modular y lo desenvolvió frente a ella. De allí extrajo una pistola y dos afilados puñales. Mariel lo observaba y su miedo crecía.

—Ustedes no son muy buenos para ocultar sus «cositas»… —dijo Furman. Y tras eso la miró con un enojo controlado—. La verdad es que son bastante idiotas… Quizá esa droga que fuman los deja así… ¿Ahora qué vas a decir de esto? ¿Qué no lo ocultaron en el aljibe?

Mariel rompió en llanto y bajó la cabeza.

—Por favor… —decía con la voz entrecortada.

—Tu amigo ya no va a salir más de la cárcel —le aseguró Furman —. Pero vos te podés salvar. Decime todo lo que hicieron y te vas a tu casa hoy mismo, te lo prometo. Él ya confesó los crímenes… Falta tu testimonio… y cerramos el caso. Respirá hondo y hablá.

—Está bien —dijo ella—. Voy a hablar…

Furman se reacomodó en su silla, pero enseguida oyó algo afuera; parecía el ruido de un motor. Se puso de pie y fue hacia la escalera. Subió, y al asomarse por el hueco reconoció el resonar de un vehículo. Sacó su cuerpo enteramente de la doble pared y fue hasta el ventanal. Y allí estaban. En la lobreguez del camino venían velozmente un auto y, detrás, un patrullero que proyectaba sus balizas rojas y azules sobre el campo. Se encaminaban directo a la casa. Furman reaccionó al instante. Volvió a zambullirse en el hueco y, con una gran astucia, utilizó una soga para traer el mueble hacia la pared y dejar bloqueado el agujero. Bajó raudamente la escalera y

se dirigió a Mariel. Le tapó la boca nuevamente y se llevó el dedo a la suya para indicarle que no emitiera un solo ruido. Casi al mismo tiempo, volvió a mostrarle el arma en su cintura y apagó el farol.

Agazapado en la negrura de aquel sótano, se posicionó junto a ella y puso el oído en la superficie de su comedor. Mariel respiraba fuerte; no entendía qué estaba sucediendo. Pronto, la vibración de los motores se apagó; habían estacionado. Y llegaron los pasos. Mientras tanto, en plena oscuridad, Furman estaba tieso, con su cabeza apuntando hacia arriba. Se abrió la puerta principal y el suelo de madera empezó a crujir con cada pisada. Se oían varias; sigilosamente, sobre el oscuro comedor, caminaba Vega y dos agentes que iban alumbrando el lugar con linternas, puesto que no había electricidad allí. Revisaron cada ambiente, pero no tardaron en darse cuenta de que Rogelio Furman no estaba a la vista. Vega decidió que debían irse, ya que la oscuridad jugaba a favor de Furman y, en caso de que estuviera oculto y quisiera atacarlos, tenían todas las de perder.

Antes de subir a los automóviles, hablaron de pedir respaldo y volver cuando saliera el sol. Furman, que aparentemente no tenía vehículo, no podría ir muy lejos. En el auto de Vega estaba Thomas, que les había indicado el camino; él aguardaba muy serio y observándolos calladamente. En el sótano, Furman escuchaba cómo los autos encendían sus motores e iniciaban su retirada. Cuando el ruido desapareció por completo, el hombre volvió a encender el farol y le destapó la boca a Mariel.

—Ahora sí —le dijo—. Te escucho.

Después del décimo crimen inexplicable, los residentes de Villa del Mar se sintieron asfixiados por el miedo. El asesino continuaba con la fría matanza frente a sus narices y nada parecía detenerlo. Estaba ahí, entre ellos. Villa del Mar, sin sus referentes, se volvía una tierra

incierta. Aquel lugar donde se dormía sin llaves y con las ventanas abiertas ahora se percibía más inseguro que nunca. Y así fue que los habitantes se encerraron con la esperanza de que capturen pronto al temerario homicida y la paz regrese. Además, corría la noticia de la desaparición de Mariel. Todo era confusión, terror, caos e incertidumbre.

Bien temprano, Thomas regresó a la radio; no había salido al aire desde hacía unos cuantos días. Ahora, con la gente metida en sus casas, pensó que podría aumentar su audiencia. Vega, Griselda y el niño estaban allí, viéndolo desde otro ambiente. Thomas leía los diarios, anotaba cosas y toqueteaba la consola de sonido. Luego salió al aire.

—¡Buenos días Villa del Mar! —relató al micrófono—. ¡Estamos aquí, en vivo, desde la 97.5!

Hablando con gran énfasis y un tono avasallante, fue soltando la sucesión de noticias:

—No se detiene la oleada de crímenes en Villa del Mar; este sangriento 1981 quedará para el recuerdo en lo más hondo de la memoria argentina… Ya ascienden a diez las víctimas. No olvidemos que a principios de año la estación de policía fue volada producto de una fuga de gas intencional que dejó a seis agentes sin vida. Ahora, lamentablemente debemos sumar las muertes del sacerdote Carnegie y los tres jubilados en el día de ayer. A estas alturas, todo parece indicar que se trata de un mismo criminal cometiendo estos aberrantes y macabros asesinatos…

Thomas miró de reojo a Vega y vio que este solo prestaba atención a su conversación con Griselda. Prosiguió dando las noticias:

—Así que estaríamos hablando de un brutal y siniestro asesino en serie. Villa del Mar aún no encuentra respuestas. Esta pequeña comunidad actualmente vive bajo un manto de horror que quién sabe cuándo acabará… Mientras tanto, los policías de los pueblos

aledaños colaboran e investigan para dar con el paradero de este monstruo que tiene a toda la comunidad en vilo. Por otra parte, entre las noticias políticas del país, te comento que el presidente de la nación, durante la reunión de prensa que ofreció en la Casa Rosada, efectuó un balance muy favorable de su gestión. Asimismo, el ministro de economía cerró un acuerdo con los Estados Unidos con la firma de un crédito por seiscientos millones de dólares… Bueno, amigos, ahora vamos con algo de buena música y en instantes volvemos… Esto es… «Cinema Verité», del reciente álbum de Serú Girán…

Más tarde, en su moto, Thomas recorrió las calles de Villa del Mar durante varias horas. Se detuvo a hablar con muchos conocidos; buscó a Mariel por todos los rincones de su pueblo y luego también registró la zona campestre a la que solían ir ambos. Allí, sintiéndose muy cansado, se bajó de la moto y reposó junto al aljibe. Luego miró en él y, como no era muy profundo y el sol iluminaba filtrándose entre los árboles, se dio cuenta de que lo que habían guardado allí ya no estaba. Pensó de todo, pero sentía que era imposible que Mariel se haya llevado lo que escondieron. «¿Qué está pasando?», reflexionó entre el agobio. «¿Quién descubrió nuestro secreto?».

El detective Vega, que venía investigando activamente los crímenes, y que usaba a Thomas de ayudante, se mantuvo cerca de Griselda mientras el periodista buscaba a su amante desaparecida. En su última noche, Vega permaneció en su automóvil. Revolvió una y otra vez el rompecabezas interior intentando obtener alguna conclusión, pero se sentía abrumado e indeciso. Ahora él era el apuntado, pues había recibido un papel en su parabrisas: "MU3R734L4L3Y" decía y, aunque no temía, sabía bien que ese asesino nunca había fallado. Tomó con seriedad el mensaje, pero no

tanta como para irse de Villa del Mar. La Colt 45 lo mantenía seguro. Así que aguardó muy atento en esa infinita noche en la que el pueblo dormía frente a él. Después de que aclaró, promediando las ocho de la mañana, se fue para la radio. Y efectivamente allí encontró a Thomas, que se preparaba para salir al aire.

—Pasá, sentate —le dijo el periodista—. Te estaba esperando.

Había dos tazas junto a él. Llenó las dos con café y le dio una a Vega. Este, silenciosamente, se sentó frente a él y lo observó con sus ojos insomnes. Luego bebió la infusión.

—¿Estás bien? —le preguntó después.

—Esperame un segundo… —contestó Thomas, con algo de indiferencia, al tiempo que anotaba cosas en un cuaderno.

El maldormido Vega engulló toda la taza de café y esperó paciente por la atención del hombre. Pero eso nunca llegó. Vega empezó a sentirse mareado, con náuseas. La vista se le nublaba. Vio que Thomas alzó una perturbadora mirada para verlo.

—¿Qué me diste…? —alcanzó a decir con pavura, viendo que todo se teñía de oscuridad.

Y así fue que una cortina negra bajó de repente y ya no sintió nada. Quién sabe cuánto tiempo más tarde, el anestesiado Vega despertó con una leve sensación de ardor en la nuca. Salió de ese abismo profuso e intentó ponerse de pie, pero no pudo. No podía ni siquiera hablar. Se sintió apresado, y así era: una cuerda lo sujetaba a la silla. Se balanceó, sacando fuerzas de donde no tenía, pero era inútil. Entonces una figura se interpuso frente a él; era Thomas, que lo veía con sus ojos transformados y con un filoso puñal en la mano. En ese instante, el detective pudo vislumbrar su destino, y luego alcanzó a mirar a su costado y vio a Griselda, maniatada y amordazada en otra silla. Los llorosos ojos de la mujer explotaban de miedo. Thomas se acercó una silla y se acomodó frente a ellos.

Como una fiera paciente, los miró por un rato, esperó que Vega se terminara de despabilar.

—No lo hagas, Abel —balbuceó Vega.

Thomas se sonreía macabramente.

—No te mato por fijarte en mi mujer, sino porque representás la cosa más absurda de este mundo: la ley.

Fue junto a él y le clavó una profunda puñalada en el estómago. Después retrocedió. Se volvió a sentar y lo observó. Vio cómo el hombre se retorcía de dolor y la sangre brotaba de su abdomen. Thomas disfrutaba de lo que veía, mientras que Griselda se desgañitaba bajo la mordaza. Vega seguía retorciéndose. Así que Thomas saltó otra vez de su silla y, con una furia incontenible, le ensartó tres puñaladas más bajo las costillas. Allí Vega empezó a convulsionar, ya con la vista perdida, mientras vomitaba sangre. Y en pocos segundos se apagó.

Thomas, enajenado, limpió el cuchillo en la ropa del detective y luego colocó su espeluznante mirada en Griselda. Pero en ese instante, la puerta de calle fue abierta de un golpazo. Era Furman, que con una mano empuñaba una pistola y con la otra empujaba a Mariel. Thomas quedó perplejo, sin soltar el cuchillo.

—Pasá para adentro —dijo Furman, apuntándolo con una intimidante firmeza—. ¡Vamos, caminá…!

El asesino reculó y se metió donde tenía a su víctima y a su rehén. Furman y su cautiva entraron tras él. Rápidamente, Abel Thomas se agazapó tras la mesa redonda, aún empuñando su cuchillo.

—Bueno… Parece que llegamos tarde a la fiesta —manifestó Furman—. Sentate vos —le dijo a Mariel.

Thomas, con desesperación, miró a Mariel; no parecía dispuesto a entregarse e inició una hiperventilación.

—Soltá eso, pibe… —le dijo Furman—. O vas a comer plomo… ¡Dale!, tirá eso o te la mato a esta —y señaló a Mariel—. Ya perdiste,

¿no te das cuenta?

Thomas arrojó el cuchillo cerca de Furman y este lo alzó sin dejar de apuntarlo. Después miró a Vega.

—¿Otro poli más te cargaste?... ¿De dónde saliste, animalito?... Sentate ahí.

Furman los miró a todos, permaneciendo de pie y con su arma alzada.

—¿Vos no te diste cuenta de que dormías con un monstruo? —le dijo a Griselda. Se acercó y le quitó la mordaza. Thomas, encogido de hombros, colocaba la vista en la mesa. Las dos mujeres contenían sus llantos, aterradas.

—Bueno —dijo Furman—. Tu noviecita ya me contó todo. La policía está viniendo, pero se van a tardar un poco. Así que me vas a dar un gusto. Prendé esa cosa —le indicó, señalando el micrófono—. ¿Vos querías ser famoso? Dale, prendelo… Dale porque te las lastimo a las dos.

Thomas accedió y encendió los artefactos para salir al aire.

—Bueno… Hablá —dijo Furman, acomodándose en una silla para escucharlo mientras lo apuntaba a la cara.

—¿Qué querés que diga? —soltó el acobardado Thomas.

—Decile la verdad a todos estos pobres infelices. Decí: «Soy Abel Thomas, el hombre que asesinó a tal y tal…». Decí todo. Nombralos a todos… Eso tenés que hacer.

Entonces el periodista comenzó a transmitir en vivo.

—Atención Villa del Mar… —dijo—. ¡Esta es una información de último momento…! —su voz se recuperó dándole ímpetu al comunicado—. Tengo que informarles algo: yo, el locutor de esta radio, tengo que hacer una confesión… Soy el asesino que estaban buscando. Yo, Abel Thomas —remarcó—, asesiné a los seis policías de la jefatura, asesiné al sacerdote Carnegie, asesiné a esas tres

porquerías… Mendizábal, Guerra y Meneces… y también asesiné al detective Vega…

De repente Thomas cayó en una pausa, se lo veía detenido en un recuerdo. Furman lo miró expectante.

—Y hace muchos años —continuó—, en 1966, envenené a mi padre… porque me golpeaba todo el tiempo y porque me trataba como un esclavo… Repito, soy Abel Thomas, el asesino de Villa del Mar.

Furman y las mujeres lo miraron con una mezcla de pena, odio y horror. Momentos más tarde, la calle se llenó de gente y de patrullas. Había caído el demonio de Villa del Mar. Abel Thomas posteriormente confesaría en los juicios todos los detalles sobre su incontrolable desprecio hacia las autoridades y todo tipo de sistemas sociales. Aseguró que el mínimo ataque a su libertad encendía lo peor de su esencia y que jamás podría controlarlo. En cuanto a Furman, él no quiso reconocimientos, solo que lo dejaran en paz. Pero aquella oleada de asesinatos desgranó a Villa del Mar, rompiendo silenciosamente la paz y la armonía. A Furman no le importó demasiado; él siguió aislado tras el monte al que llevaba el camino de las Viejas Carretas. ¿Habrán sido cuarenta y cinco inviernos suficientes para su redención? Quién sabe… ahora él está sepultado bajo su propia tierra, donde Thomas asoma nuevamente en el recuerdo de un pueblo que nunca volvió a ser el mismo, y buscando limpiar de una vez esa “ley” que lo persigue.

SEGUNDA PARTE

EL SÓTANO

10

¿Quién es Dios para un niño? ¿De dónde surge para él esa palabra sagrada, esa sabiduría infinita?

Recuerdo el estremecimiento que me provocó la confesión de Alex.

Era de madrugada y nos hallábamos en su casa, sentados frente a frente. La penumbra llenaba todos los rincones, y el silencio, como el de toda vivienda apartada de la ciudad, era un huésped inamovible. Me había llamado de urgencia unas horas antes. Su voz sonaba distinta, pero entendí que él no regresaba de un paraíso precisamente. Supe de inmediato que no podía postergar ese encuentro: era el momento de reunirnos. Hacía unos cuantos meses que no nos veíamos; su internación nos alejó. Me dijo que le habían dado el alta, pero ahora no se estaba sintiendo bien. Así que fui, sin pensarlo demasiado. Además, Lorena —mi novia— me sugirió que fuera, puesto que sería una buena ocasión para arreglar aquellas cuentas pendientes. Lo siguiente que recuerdo es que tomábamos un licor de menta en su sala de estar. El reloj marcaba las tres y pico. Alex estaba cabizbajo y frotaba su vaso con nerviosismo. Yo lo noté enseguida, hasta que su mirada me encontró. No fue un simple cruce de ojos, fue un choque. Y me dijo:

—La persona que tengo en el sótano ya no es la misma de antes. Dice que está enfermando. Ya no quiere comer… No sé qué hacer. Me preocupa que no llegue a cumplir su condena.

Sentí que mi corazón se detuvo. Y luego se aceleró de golpe. Lo sentí en el cuello, en las sienes, en la punta de los dedos.

Pero no intervine. No dije nada.

«Volvió», pensé. Y ese pensamiento me heló por completo.

—Antes de que abras la boca para juzgarme —se apuró a decir—, oí lo que tengo para contar. Creo que ya lo sabés. Por lo que dicen por ahí. Pero te voy a dar mi versión. Y esta vez… es más detallada.

Mi voz estaba estrangulada, no me salía un sonido.

Y lo que narró a continuación fue aterrador. Y sí, yo ya lo sabía, pero esto lo dejaré para más adelante.

Afuera, la nieve caía con una insistencia brutal, casi como una venganza. Mar Sudeste, el pequeño pueblo que nos había criado, jamás había visto la nieve; tampoco un frío tan extremo. Aquella ola polar parecía imparable, eterna. Después de la novedad, de las fotos en la playa nevada, de los niños arrojándose bolas heladas y toda esa alegría ingenua, a mí, particularmente, ya me empezaba a molestar este gélido clima persistente. Pero ahora todo cambiaba: lo que se me helaba era la sangre. «¿Qué hiciste?», pensé repetidamente.

La casa de Alex era imponente, como desmesurada. Una construcción sobria y elegante, con esa frialdad que tienen las casas donde el dinero ha respaldado cada capricho. Fue la herencia que le dejó su tío, un hombre adinerado que había muerto en un accidente automovilístico hacía unos ocho años. La mansión se alzaba sobre la costa y estaba alejada de la ciudad, a muy poca distancia de unos acantilados. Ahí, sola, como extraviada, pero con una vista inmejorable del Atlántico. Aunque ahora permanecía deslucida, como todo, tragada por el temporal de nieve y viento.

Así pues, Alex, a sus veinticinco años, había recibido este regalo envenenado: un caserón enorme, de puro lujo, donde desafortunadamente se recluyó y consolidó su locura, volviendo aquella fortaleza la mayor reunión de sombras que un hombre puede invitar. Yo había oído por ahí el rumor de que le habían dado el alta, pero esperé que me llamara; sabía que lo iba a hacer. Lo que no

esperaba era su voz quebrada al otro lado del teléfono, pidiéndome que vaya a verlo de manera urgente… y, mucho menos, su confesión posterior.

Para llegar a su casa, me trasladé en colectivo, en uno de esos que pasa cada muerte de obispo. Y, para regresar a mi casa, el próximo recién pasaría por la tarde del día siguiente. No era que Mar Sudeste se hallara en un confín lejano; la complicación principal era el mal clima. La ciudad —desordenada— se iba armando de a poco al ras de la ruta. Y, para ser exacto, la casa de Alex y la mía estaban separadas por unos cuatro kilómetros: un trayecto que ambos recorrimos caminando infinidad de veces, casi siempre por la playa. Pero la nieve había convertido todos los caminos en trampas blancas, silenciosas y traicioneras. Me sentí incómodo en aquel viaje y, por primera vez, su casa me pareció en el fin del mundo.

Dicho esto, en esta instancia de la narración considero que es propicio repasar puntos esenciales de la vida de Alex. Sinceramente, me es imprescindible referirme a su pasado. Sin ánimos de justificar lo que hizo, solo porque nadie podría describir la procedencia de este hombre como yo, que fui su mejor amigo e íntimo confidente. Y considero que para nada es algo menor poner en palabras su oscuro recorrido: ese camino extraño, heredado, plagado de fisuras y abismos que se desplegó ante él. Pero hay un momento de quiebre —uno en particular— del que fui un irremediable testigo. Y aquel momento, aquella confesión, sembró una semilla… una que, casi veinte años después, floreció de la peor forma.

11

La infancia nos reunió en el vestuario de un club. Teníamos unos diez años, tal vez, y jugábamos en el mismo equipo. Alex era de la capital, pero se había mudado con su madre a Mar Sudeste hacía poco tiempo. Nunca habíamos hablado, hasta ese día.

Lo primero que recuerdo es que, al entrar a ese lugar frío donde nos cambiábamos la ropa, lo vi tendido en el piso, en cueros, con su torso lleno de sangre, llorando. Entonces me acerqué y le pregunté qué había pasado. Pero él no respondía. Solo lloraba, pero su dolor no era por las heridas de su cuerpo: era por algo más. Recuerdo su mirada perdida, sus ojos en llanto, como clavados en la figura de alguien que solo él advertía, alguien a quien parecía pedirle perdón. Alex era un niño de tez muy blanca, rubiecito, uno de esos niños fibrosos de los que se suele decir que traen buena genética. Pero verlo ahí, en el piso frío, semidesnudo y chorreando sangre, con sus calzoncillos blancos y una sola media puesta, derramando todo el dolor, fue espantoso. En fin, como vi que no me respondía, le dije que saldría a pedir ayuda. Y entonces reaccionó.

—No vayas… por favor.

Yo me volví y lo miré. Luego le extendí mi mano.

—¿Qué te pasó?

Tras dejarme que lo ayudara a pararse, me contestó:

—Me agarraron entre todos. Dicen que por mi culpa perdemos todos los partidos.

Me quedé mirándolo. Sabía que los chicos lo tenían entre ceja y ceja, y también sabía lo crueles que eran.

—¿Y el profe? —le pregunté.

—El profe también me odia. Me miró con esa cara que siempre pone… No voy a volver. ¿Vos dónde estabas?

—Estaba en el buffet, comiendo una hamburguesa. Me cansé de estar de suplente, así que me fui a comer algo.

—¿Andá? ¿Y el profe no se dio cuenta de que te fuiste?

—Sí. No le importó… Hace un año que estoy en el banco. Nunca me va a hacer entrar. Creo que no voy a venir más.

—Yo tampoco.

Miré sus cortes en el pecho, algunos aún sangraban, y le pregunté:

—¿Te duele?

—No. No pasa nada… ¿Me alcanzás la ropa?

Fui y le traje su ropa, que estaba hecha un bollo en un rincón húmedo. Luego, Alex fue frente al espejo y se miró. Envolvió su mano en papel higiénico y se lo pasó por las heridas del cuerpo. También por la nariz, que le sangraba. En ese momento, viéndolo tan sereno, pensé en que era un chico realmente resistente al dolor. Pero ahora entiendo que él solo fingía para mostrarse fuerte. Había aprendido a hacerlo.

Y así empezó todo.

Pusimos un pie fuera de ese club y, a partir de ese instante, nos volvimos inseparables. Alex se metió en mi corazón sin pedir permiso, como se mete el agua por una grieta. Lo que no sé es exactamente de qué hablábamos por esos días, cuáles eran nuestras inquietudes. Solo sé que hubo una conexión inexplicable. Lo que sí recuerdo, con total nitidez, es que yo pensaba: «¿Qué habrá visto ese niño en mí? ¿Por qué se me ha pegado de esta forma? ¿Por qué me cae tan bien?». Y comprendí, en esa instancia de mi breve vida, que eso era la amistad: una conexión, un lazo silencioso, una corriente invisible que une dos almas sin dar explicación.

Nuestra energía fluía por un mismo canal, sin dudas.

Fuimos de acá para allá durante todo aquel verano. Y al comenzar las clases, allá por marzo, Alex le pidió a su madre que lo cambiara a mi colegio, así podíamos ir juntos. Y así lo hizo.

Él era un muchachito dominante. Enfrentaba a los adultos todo el tiempo, y les hablaba sin pudor. Cualquiera que lo cuestionara corría el peligro de ser insultado o agredido. Pero conmigo no era así. Yo creo que mi silencio lo dominaba a él, lo desarmaba. Esta falta de expresión que yo sufría —porque no era una elección, sino una condena— pesaba mucho más que cualquier palabra.

Y de esa manera conectamos auténticamente; de un modo extraño, sí, pero efectivo. Rara vez teníamos alguna diferencia. Aunque Alex iba a fondo en cada discusión y en cada problema a resolver, si yo —el tipo que tan pocas veces hablaba, el que se manejaba más bien con gestos— levantaba la voz, entonces él me prestaba atención como un pichoncito mojado que mira hacia arriba.

Quizá él sentía respeto por mis palabras porque eran escasas. Se había acostumbrado a mi forma callada de ser, pero comprendía que cada vez que yo rompía el silencio era por algo que ya no podía tener más guardado. Entonces me tomaba muy en serio.

Por otro lado, en aquella época, en el barrio se decía que la madre de Alex estaba loca. Que una noche se la había visto caminando desnuda por una cornisa. Que golpeaba las paredes. Que era una pirómana. Decían que había pasado por un hospital psiquiátrico y que había regresado peor… y cosas así. Cosas terribles se decían sobre esta mujer. Y, sin embargo, a mí no me parecía tan loca. Solo triste. Dañada… Generalmente la veía tranquila. Pero ahora, viéndolo con mis ojos adultos, sospecho que probablemente la mujer estaba medicada; en ese tiempo se la percibía excesivamente relajada y algo lenta. Pero yo no me preocupaba demasiado por las versiones que corrían entre los adultos, yo solo era un niño. Alex también. Y nos dedicábamos a esa vida nueva en la que uno no hace más que

investigar, espiar, jugar, sentir cosas nuevas cada día e intentar parecer alguien mayor de lo que uno realmente es.

Nancy, la madre de Alex, tres días antes de caer nuevamente en el hospital psiquiátrico me ofreció una imagen imborrable. Ella y su hijo vivían en una casa muy precaria que habían heredado por parte de los abuelos paternos de Alex. Daniel, el hermano de Nancy, un tipo gigante y calvo, era el único que los visitaba regularmente. Era un hombre callado, no recuerdo su voz. Él se iba al fondo del patio con su hermana y allí conversaban, siempre con caras muy serias. Alex y yo a veces los espiábamos. Creo que una vez me comentó sobre problemas de herencia de bienes o algo así. Por ese tiempo yo no comprendía los vínculos de aquella familia. Vivíamos en una localidad pequeña, pero a mí se me hacía infinita. Volviendo a lo que mencioné anteriormente, la imagen que me regaló Nancy se dio en un momento de una tarde en la que ella y yo, no sé por qué motivo, nos encontrábamos solos frente a frente bajo el álamo del patio. Yo tenía catorce años y ella supongo que no llegaba a los cuarenta. No recuerdo absolutamente nada de qué hablábamos ni por qué estábamos allí los dos solos en el patio, solo sé que hacía mucho calor y que estábamos en verano. Ella estaba con un vestido celeste con puntos blancos, así como muy suelto y corto, y en un momento yo alcé la vista y la vi con la mirada fija en mi cara. Y ahí sucedió lo inimaginable: ella abrió sus piernas muy lentamente para dejar que yo viera que no llevaba ropa interior. Y luego volvió a cruzarlas. En ese momento, por supuesto que me quedé mudo e inmediatamente la miré, y vi que ella me observaba, sugestiva, con una media sonrisa, sin decir nada. Fue impactante. Hoy lo recuerdo y no sé exactamente si fue real o fue un sueño, puesto que por aquel tiempo yo fantaseaba con ella y con muchas mujeres mayores. Entonces hoy, veinte años después, aparece la duda de si aquello no fue producto de alguna de mis fantasías adolescentes en el conocido

despertar sexual, o si pasó realmente. Pero no, me inclino a pensar que sí sucedió en realidad. Después de esa experiencia no imaginé que ella era una pervertida o que me estaba provocando o que estaba jugando conmigo, realmente no pensé nada, hice lo que en ese momento me salió de hacer: grabé esa imagen, que aún hoy tengo muy presente, y me fui a mi casa.

Ella era extraña de por sí. Una mujer cambiante, impredecible en su humor y en sus actitudes. Pero lo que había ocurrido en el patio fue algo definitivamente insólito. Aunque mis sentimientos eran contradictorios —oscilaban entre la excitación y la vergüenza—, lo que sí estaba claro para mí era la profunda pena que sentí por Alex. ¿Acaso él sabía de estas conductas de su madre?

Sin embargo, todo eso se desvaneció tres días después. Fue un viernes, eso lo recuerdo bien. Los vecinos de Alex llamaron a la policía. Nancy había sufrido un brote psicótico que la llevó a perseguir a su hijo por toda la casa con una cuchilla. Ante los gritos desesperados de la mujer y los alaridos de Alex, algunos vecinos decidieron intervenir. Llamaron a las autoridades y luego ingresaron a la propiedad por sus propios medios. Tuvieron que reducir a Nancy a los golpes para poder rescatar al chico.

Yo vivía a unas seis cuadras de allí y no me enteré del incidente hasta un par de días después.

Pasó casi un mes sin que volviera a ver a mi amigo. Daniel, el hermano de Nancy, se lo llevó a su casa y lo mantuvo alejado del mundo. Nancy, en cambio, fue internada en un psiquiátrico bastante lejos, a más de doscientos kilómetros de Mar Sudeste.

Recuerdo lo que me estremecía escuchar en boca de los adultos palabras como «cotolengo», «manicomio», «loquero». De esos temas, de la salud mental, no se hablaba abiertamente. Solo se susurraban. Aquel era un territorio prohibido, casi tabú. La gente

cambiaba de expresión al mencionarlo, como si nombrar este tipo de lugares invocara algo maligno.

Siempre había una anécdota espantosa dando vueltas: historias sobre desapariciones, abusos, trasplantes clandestinos. Y fue a ese sitio, cargado de oscuridad y miedo, adonde Alex tuvo que acudir dos meses después… para enfrentarse a su madre.

Allí, medicada hasta los huesos, Nancy le confesó lo que para ella era la raíz de todo el mal.

El germen de su decadencia.

Y ese relato es el mismo que Alex me compartió años más tarde, después de contarme sobre la persona encerrada en el sótano.

12

Como dije antes, afuera no paraba de nevar. Mar Sudeste estaba encerrado por el frío. Era la madrugada profunda y Alex me contó esa historia. Ya no era tan rubio como de chico, pero aún llevaba el flequillo lacio cayéndole hasta las cejas. Y su mirada… eso sí que había cambiado. En ella no había brillo, solo el destello apagado de lo que me estaba por contar.

—El hecho ocurrió hace más de treinta años —dijo—. En un departamento del barrio de San Telmo.

Entonces supe lo que se venía. Continuó:

—Una mujer descubrió que su marido tenía una doble vida. El padre de sus dos hijas. Hasta ese momento, solo sospechaba una infidelidad, pero al enterarse de que él estaba formando otra familia… explotó. ¿Una familia paralela? ¿O tal vez la verdadera? Quién sabe. La cuestión es que tomó un revólver y fue a buscarlo. Llegó al departamento fuera de sí. Tenía un solo objetivo: matar. Y lo encontró. Estaba con la otra mujer. Pero había algo más: la mujer tenía una panza enorme, estaba embarazada de muchos meses. Ella se paró frente a los dos, desencajada. Alzó el arma. Los miró con el mayor odio. El tipo intentó hablar, pero ella lo calló a los gritos. A la mujer ni siquiera le permitió levantarse. Los apuntó a ambos, sin dejarlos abrir la boca. Caminó hacia su marido y le gatilló tres veces en el pecho. El hombre cayó hacia atrás. Tardó apenas cinco segundos en morir. La embarazada, salpicada por la sangre, lanzó un alarido desgarrador. Entonces la asesina, ya fuera de sus cabales, se acercó y le dio un golpe en la cara que la hizo caer sentada en el

sillón. «¡Por favor!», le suplicó. Pero la otra, ciega de furia y lágrimas, ya había decidido todo. Se le acercó, extendió el brazo y le apoyó el arma en el vientre. «¡Por favor, no!», repetía la futura madre. Pero no la escuchaba. Solo hundió el caño del revólver contra la panza… y gatilló.

Alex hizo una pausa. Me sostuvo la mirada sin parpadear durante un largo rato.

—Pero el disparo no salió —dijo al fin—. Gatilló otra vez, y otra, y otra… pero no había más balas. Ni para ella ni para nadie. Y simplemente no podía procesarlo. Como si la realidad se negara a entrar en su mente. La embarazada, entonces, se puso de pie con lo que le quedaba de fuerza. La otra se fue para atrás, se puso el revólver en su cabeza y gatilló de nuevo, varias veces. Pero nada. Y ahí la embarazada tomó una lámpara y se la tiró a la cabeza. Después un adorno de mármol. Y una silla. Y no sé qué más… así logró que la mujer saliera de su hogar… ¿Conocés esa historia?

—Sí —balbuceé.

—Entonces sabrás que el que iba en ese vientre era yo. Y que el hombre asesinado era mi padre… Y supongo que te imaginarás a quién tengo en el sótano.

En ese instante empecé a temblar.

—Creí que le habían dado perpetua… —dije, bajando la voz.

—No —susurró, imitándome con una pizca de ironía—. La soltaron hace poco… igual que a mí. Pero ahora yo le puse las esposas de nuevo…

Se lo veía frío, convencido.

No sabía cómo responder. Recuerdo que intenté un tono mediador, casi amable.

—Alex, esto es una locura.

—Una locura es permitir la injusticia.

—¿Hace cuánto…?

—Un tiempito… pero esta condena va a ser eterna. Te lo aseguro.

«¿Qué está haciendo?», pensé. «¿Por qué me lo dice a mí? ¿Para qué me llamó?». Era evidente que transitaba algún tipo de delirio. Su mente volvía a fragmentarse.

Sin embargo —de forma paralela, como en otro plano— quedé paralizado por otra razón: supe que la profecía que se venía gestando ante mí tomaba una forma real. Desde chico sufro algo extraño. No se lo consideraba un trastorno, aparentemente es un fenómeno común del cerebro, un mecanismo llamado pareidolia. Consiste en ver patrones o figuras reconocibles dentro de objetos y paisajes ordinarios, como pueden ser rostros en las sombras, símbolos en una pared o formas definidas en las nubes. Nunca me había preocupado. Pero en los últimos meses me venía persiguiendo un patrón. No quería contárselo a nadie, aunque comenzaba a asustarme. Ahora, tras escuchar lo dicho por Alex, empecé a comprender —con terror— que tal vez aquellas visiones eran una advertencia… una suerte de premonición. La primera, nítida, inevitable: dos pares de esposas. Las veía con claridad por todas partes. En carteles, en reflejos, en grietas del suelo. Una secuencia silenciosa, incesante, que no me dejaba en paz, fuera adonde fuera. Entonces lo supe.

Una idea turbia se me cruzó: yo también podría estar incluido en el plan de Alex.

—Te necesito —dijo.

—No me voy a sumar a esta locura —respondí—. Vos me conocés… ni un caramelo robé en toda mi vida. Soltá a esa mujer. La policía va a golpear la puerta en cualquier momento. ¿No te das cuenta? La deben estar buscando por todos lados…

—Nadie la está buscando —contestó, con una sonrisa torcida—. A los otros los maté…

Se me cortó la respiración.

—¿Qué hiciste qué?

—Que nadie en el mundo va a reclamarla. Ni a ella ni a las personas que me arruinaron la vida.

Mi mente se desmoronaba. El que tenía delante se transformaba en una sombra, en algo ajeno. ¿Cómo iba a persuadirlo de abandonar esa locura? Y lo más curioso: nunca me pregunté si esto podía ser una broma, ni tampoco se lo pregunté a él. Lo acepté de inmediato. Es decir, algo en mí lo creía perfectamente capaz de cometer semejante acto. Y me odié por no oír el mensaje entre líneas de su voz desesperada en el teléfono. Tal vez podría haber acudido con ayuda. Tal vez… No lo sé. Ahora tenía que confirmar si aquel relato era cierto. Tenía que manejarme con cuidado, ver quién había en el sótano. Y si el panorama era tan oscuro como él lo pintaba, entonces solo me quedaba una opción: escapar y pedir ayuda.

Pero algo sucedió.

Quise responder, pero sentí cómo algo me drenaba la energía. Una relajación extraña me invadió los hombros, como si el cuerpo dejara de obedecerme. Mi voz tardó en salir, espesa, trabada.

—¿Qué…? ¿Qué me pasa? —alcancé a decir.

Vi su mirada fija en mí… y lo comprendí.

Algo no andaba bien.

Empecé a derrumbarme lentamente, envuelto en un mareo incontrolable. Una neblina descendía sobre la figura de Alex, borrándolo poco a poco.

Y eso fue lo último que vi.

Paralizado, sin fuerza y sin voz, apenas consciente, sentí cómo mi cuerpo se desplomaba en el piso. Posteriormente, unas manos me tomaron de la ropa y empezaron a arrastrarme.

Y después de eso, la oscuridad total.

13

Aquel sueño oscuro y profundo en el que me sumí no me devolvió ninguna imagen. No vi nada. Y fue largo… interminable. Al menos así lo percibí.

Después de un tiempo que no supe medir, abrí los ojos.

Lo primero que se me vino encima fue ese aroma húmedo y rancio del encierro. Estaba acostado sobre algo blando, a oscuras. Sin embargo, una puerta alta —que parecía flotar a poca distancia— dejaba filtrar un resplandor tenue por sus bordes.

Cuando la vista se despejó del todo, pude comprobarlo. Vi una escalera sombría ascendiendo hacia esa puerta. Me moví, con lentitud, porque de inmediato sentí que no estaba solo.

Y entonces la vi.

A pesar de la penumbra, la vi. Un bulto se agitaba sobre un colchón muy cerca del mío. Traté de incorporarme. Recé para que fuera Lorena. Deseé que todo —la conversación con Alex, sus palabras, la caída, la oscuridad— hubiera sido solo un mal sueño.

Pero solo lo deseé.

Pues sabía bien cuál era la verdad… y no podía concebirlo.

Logré sentarme, temblando. Y allí fue cuando sentí algo tirante en mi tobillo derecho. Estiré mi brazo instintivamente… y toqué algo frío.

Era una cadena.

Tanteé con cuidado y comprendí que estaba esposado a algún tipo de estructura metálica. Pasé la mano despacio y noté un par de esposas enganchadas a una cadena —de sesenta o setenta

centímetros— que luego se unía a otro par, sujetas firmemente a un caño.

Respiré hondo. Porque volvía a marearme. Entonces oí que la persona del otro colchón se movió. Giré con esfuerzo, intentando distinguir su rostro.

—No te me acerques —dijo una voz, apretada y susurrante.

Mis pupilas, ya más adaptadas a la penumbra, empezaban a definir el contorno del ambiente. Un leve fulgor azulado, casi irreal, comenzaba a dibujar formas. Vi cómo la mujer intentaba alejarse de mí, pero su cadena, como la mía, no le daba demasiado margen.

La observé, sintiendo su miedo… y también el mío.

—Por favor… —murmuré.

—No te me acerques… —repitió, acurrucándose con un temblor en la voz—. Si te acercás, grito.

Igualmente, no sabía qué decirle. Solo quería entender qué estaba pasando. Mi desesperación era cerrada, torpe. Aún me afectaba lo que Alex me había administrado para hacerme dormir. Llevé la mano al bolsillo: el celular no estaba. Ni la billetera. Ni las llaves de casa.

Tragué saliva. Me tomé la cabeza con ambas manos.

—Dios… —musité, quebrado.

—Dios no va a venir —murmuró la mujer, con un dejo de ironía amarga—. Tal vez su hijo…

La miré, perplejo.

Ella alzó el brazo y señaló hacia adelante.

Volteé la vista y la vi.

Vi lo que había a pocos metros, emergiendo en la oscuridad: una cruz. Una cruz de madera, de tamaño humano. Era de una madera robusta, como la que utilizan para los durmientes del ferrocarril. Y estaba allí, ensartada en el suelo, en medio de un espacio despejado.

La cruz era el segundo elemento de mi pareidolia.

El terror se intensificó. Intuí que sería eterno.

En ese instante, me arrastré con torpeza y tiré de la cadena con todas mis fuerzas. Tiré con violencia, pero fue inútil. La angustia me empujó a acercarme más, a volver a palpar el anclaje. Estaba atado a un caño de plomo que iba desde el piso hacia el techo. No era una tubería de gas ni nada similar. Era algo puesto a propósito. Se enterraba en el suelo, en un entablado sólido, y se perdía arriba, en la oscuridad, donde no alcanzaba a ver.

Entonces me di cuenta: la mujer también estaba amarrada de la misma manera.

«¿Grito?», me pregunté. «¿Lo llamo? ¿Lo convenzo de que pare con esto? ¿De qué serviría?». Ese no era Alex… ¿Qué nos va a hacer?

Recuerdo pensar que nunca lo había notado tan tranquilo, tan seguro al hablar. Y eso —precisamente eso— era lo más aterrador.

¿Qué tenía que ver yo en ese plan? Al principio solo olía a venganza: algo dirigido hacia ella… pero ahora todo era incomprensible. ¿Qué había sucedido durante su internación? ¿Qué pasó? ¿Qué lo quebró?

—¿Hace cuánto que estoy acá? —pregunté.

La mujer no respondió.

—¿Me oís? —insistí.

Seguía sin responder. Se había encogido en posición fetal, dándome la espalda.

Y de pronto, sus palabras brotaron apenas audibles:

—Hace mucho tiempo que estamos acá… —dijo.

—¿Qué decís? Yo vine ayer.

—No. Hace bastante que viniste. Tu cabeza está jugando con vos.

—¡Callate, loca de mierda! —le dije, alzando la voz—. ¿Qué estás diciendo?

—No te pongas nervioso. Vas a hacer enojar a tu amigo…

—¿Yo? ¡Vos mataste al padre, hija de la gran puta! ¡Decime por qué estoy acá!

En ese instante de tensión me puse de pie. Pero ella siguió acostada sin prestar especial atención a mis quejas.

—¡Hablá! —le exigí con un susurro rabioso.

—Relajate, nene —dijo, casi con desgano—. Ya te traen el desayuno a la cama. Escuchá…

Hice silencio.

Y sí. Efectivamente se oían ruidos en la cocina. ¿Nos traería el desayuno?

Me volví a sentar en el colchón y pensé: «Cuando se me acerque para darme algo, lo golpeo. Le saco las llaves». Pero yo no era un violento. Nunca lo había sido. Tendría que noquearlo o algo así. Ser certero, brutal. Y si no lo derribaba enseguida, o lo tomaba como rehén, no podría sacar provecho. Tenía que ser preciso y veloz. Usar toda mi fuerza. O, acaso, sería mejor usar la palabra. Alex siempre respetó mis palabras. Por lo menos así lo hizo hasta que pasó lo de Lorena. «¿Qué hago?», pensaba una y otra vez.

Este tipo no estaba delirando. Me reconocía. Pero su mirada… eso era lo que más me perturbaba. Porque en esos ojos no estaba el Alex que yo conocía.

Entonces me pregunté: «¿Cómo ponerme en su lugar y sentir lo que él estaba sintiendo?». Pero esa es la clave en la vida común, con personas ordinarias. Y si Alex estaba completamente loco, cualquier determinación que yo tomara no tendría sentido alguno.

Finalmente, el sonido de unos pasos cobró fuerza junto a la puerta.

Me quedé tieso, sabiendo que no había resuelto nada.

La puerta se abrió muy despacio, como cuando alguien no quiere anunciar su llegada. Y apareció su figura. Una luz diurna le daba a sus espaldas, dejando su rostro en sombras. Se mantuvo unos segundos quieto, viendo hacia el interior del sótano. No sé si nos

miraba a nosotros… o a la cruz. Solo se quedó ahí, imponiendo su presencia, alzando algo con los dos brazos. Luego puso un pie en el primer escalón. Cerró la puerta y empezó a bajar, pisando los peldaños uno a uno, con una lentitud que perforaba los nervios. La madera crujía, y ese sonido llenaba todo el espacio reducido.

Mi corazón se aceleró.

Al llegar hasta abajo, Alex estiró su brazo y jaló una cuerdita que colgaba del techo. Con ella encendió un pequeño foco de luz amarillenta que reveló gran parte del ambiente. Los pisos eran de una madera muy antigua, como la escalera. Las paredes, de ladrillos sin revocar. El techo apenas se percibía, pero alcancé a ver algunos tirantes y tablas a lo largo. No había muebles. Ni herramientas. Nada acumulado. Solo nosotros. Nuestros colchones… y esa cruz imponente, allí clavada en el centro.

Alex me miró fijo. Se limitaba a sonreír con esa expresión espeluznante que no sabía descifrar. La mujer ni siquiera volteó a verlo.

Pude notar que llevaba una bandeja con tazas y algo más.

—Buen día… —pronunció con una calidez fingida, mientras sonreía y nos miraba. Su voz sonaba como la de un padre levantando a sus chiquitos. Me resultó repugnante.

—Alex —dije, como quien intenta mediar—. Hermano… ¿qué estás haciendo?

Él no dejaba de sonreír. Ahí parado, estático, como un mozo amable con su bandeja.

—¿«Hermano»? —repitió en tono sarcástico—. Este chico me hace reír…

Lanzó una mirada de complicidad a la mujer. Pero ella permanecía recostada, viendo hacia otro lado.

—Alex —le dije—. ¿No me reconocés?

—Te conozco. Y te reconozco… «hermano».

Su voz era firme. Rasposa.

Se agachó y depositó la bandeja en el suelo. Fue hacia la pared que daba atrás de la cruz y allí se fundió en la oscuridad por un momento, para luego emerger con un palo. Parecía un palo de escoba o algo similar. Y con ese elemento se acercó hasta la bandeja posada en el suelo. Lo apoyó contra ella y la empujó hasta nosotros. La ubicó entre los dos colchones.

—Coman —dijo.

La mujer seguía echada, inmóvil.

—Vos… María —dijo con una ternura fingida—. Tenés que comer, por favor.

Me miró.

—Así la tengo hace días… encaprichada.

Volvió a mirarla.

—María… tengo un regalo para vos. Hace unos días me di una vuelta por la casa de tu hija… de mi hermanita.

La mujer se incorporó de inmediato y le clavó la mirada.

—¿Qué? —balbuceó, arrugando la frente.

—Tranquila —dijo Alex—. Solo fui a sacar unas fotos… ¿Y sabés qué? Me di cuenta de que tu familia sigue con una vida muy normal. Hasta la vi reírse a tu hijita, que estaba con tu nieta en brazos. Creo que ya te olvidaron. Creo que nadie te busca, María.

Ella permaneció callada y odiosamente fijada en su rostro.

—Así que comé… —sugirió Alex—. Porque allá siguen con su vida… y vos también tenés que seguir con la tuya. Y para que no los extrañes tanto, te traje una foto. Una que les saqué. Salieron muy lindos. ¿La querés? También está tu nietita.

Sacó la foto de su bolsillo y la agitó como un trofeo. Sonreía. Parecía disfrutarlo mucho.

Observé a María. Su semblante se desgarraba en un gesto de dolor profundo.

—Dámela —dijo entre dientes.

—Comé… —repitió Alex—. Empezá a comer y quizá te traiga otros regalos. Dale.

Luego me miró a mí.

—Vos también… «hermano». Comé.

Traté de relajarme.

—Solo decime por qué estoy acá —le dije.

—Ya te vas a enterar —respondió—. Ya se va a enterar todo el mundo… Van a saber por qué los pecadores merecen un castigo ejemplar.

La mujer, en un rapto de ansiedad, manoteó una de las tazas y un trozo de pan. Comenzó a devorarlo desesperada. Alex la miraba, complacido.

Ahí supe, sin dudas, que ese tipo no era el Alex que yo conocía. Y decidí callarme.

Tomé la otra taza y me senté a desayunar. Parado frente a nosotros, él simplemente aguardó en silencio a que termináramos. Como un cuidador paciente. Como un verdugo esperando su turno.

Luego de casi atragantarse, María extendió su brazo hacia Alex. Él, sin acercarse, le arrojó la foto. Y ella, con un movimiento brusco, la atrapó. Se giró para que le diera algo de luz y, cuando finalmente dilucidó la imagen de sus familiares, estalló en un llanto.

Alex me miró. Su rostro estaba vacío.

Luego retiró la bandeja empujándola con el palo. Subió las escaleras, cruzó la puerta y cerró.

Al menos dejó la luz prendida, pensé.

14

María besaba la foto con devoción y lágrimas. Parecía querer meterse dentro de ella, aferrarse a esa imagen como si pudiera atravesarla. Esta mujer, que calculé pasaba los sesenta años, tenía el cabello recogido; rubio, con raíces blancas. Por otro lado, llevaba puesta una especie de camisa beige, muy larga y arrugada, y también un pantalón claro, de esos de bambula. Estaba descalza. Recién entonces noté que yo también lo estaba.

Miré a mi alrededor como en cámara lenta. Esperaba que una gran idea me asaltara. Algo. Cualquier cosa. Pero mi cerebro estaba apagado, como… rehén de un monstruo que lo mantenía callado. La desesperanza inundaba mi cuerpo como un mar irrefrenable. Deseaba reaccionar con la mente lúcida, pero algo muy potente me oprimía. Quizá era el estado de shock.

—¿Qué vamos a hacer? —dejé caer en voz baja.

De reojo noté que María volteó para verme.

—No podemos hacer nada, nene —susurró con sosiego—. Tiene todo controlado. Cada paso que da. En media hora nos viene a buscar para llevarnos al baño.

La miré asombrado.

—¿Cómo? —pregunté con esperanza, imaginando por un instante una posibilidad de escape.

—Tiene una navaja —dijo, sin emoción—. La lleva siempre en el bolsillo derecho. Y también tiene un revólver. Lo deja en la mesita que está al lado de la estufa. No lo carga encima porque es muy pesado… y aparte porque yo no represento mucho peligro para él.

Hizo una pausa. Me contempló fijamente.

—Pero con vos… no sé cómo se va a manejar.

—¿Cómo te agarró?

—Volviendo del trabajo. Me cruzó el auto en una calle donde no había nadie. Me apuntó y me obligó a meterme en el baúl. Me encintó la boca y las manos. Todo en cuestión de segundos. Sé que me llevó muy lejos… viajamos como ocho horas. Cuando me bajó, me puso una capucha y me zampó en la casa. Por lo que fui oyendo en el viaje y en un par de paradas que hizo, deduje que estamos en el sur, quizá en la costa. ¿Es así o me equivoco?

No sé por qué, pero dudé en contestarle. Fue extraño.

—Sí —dije finalmente—. Estamos en las afueras de Mar Sudeste.

En aquella primera conversación, la mujer —resignada, pero muy consciente de la situación— me transmitió algo de calma.

—Habló de castigos y pecadores —le dije—. ¿Qué es eso? ¿Un delirio místico?

—No sé… Lo único que sé es que, si no hacemos algo, alguien va a terminar en esa cruz.

Nos quedamos mudos. Mirábamos la gran estructura de madera como si ya supiéramos quién sería el elegido.

—Hay un momento —dijo, bajando la voz hasta volverla un susurro — en el que podés atacarlo… Golpearlo lo más fuerte que puedas. Yo ni lo intenté, porque él me supera en fuerza. Pero vos podrías. — Hizo una pausa, bajando la vista al piso—. Sería justo al salir del baño. Él va a venir y te va a dar unas esposas para que te las pongas en las muñecas —narraba con fervor, bajando aún más la voz—. Vos te las vas a poner. Después, te sacás las del pie. Y van. Cuando llegás al baño te las tenés que sacar vos mismo, las de las muñecas, ¿entendés?, con la llave que él te da, y se las tirás. Después, cuando salís, él, a unos metros, te las tira de nuevo…

Me miró expectante.

—Pero en ese momento vos estás libre. ¿Me comprendés? Si no usa el revólver… quizás…

—Eso lo hace con vos —le respondí fríamente—. No creo que se arriesgue así conmigo. No es estúpido.

—No es estúpido. Pero tiene miedo. No es lo que muestra. Yo huelo su miedo cuando se me acerca.

—No está en sus cabales, María.

—Es todo un acting eso… —susurró—, para justificar esta venganza sin sentido. Hacé algo, por favor.

—No me va a sacar las esposas…

—¡Sí, lo va a hacer! —exclamó, conteniendo el grito con una convicción desesperada—. Él no te va a limpiar el culo.

En ese momento caí completamente en lo que estaba pasando. Me cayó la verdad como un baldazo de agua helada. María no era solo una víctima: era una secuestrada experta. Parecía dispuesta a darme toda la información necesaria para acabar con ese infierno que nos tenía atrapados.

¿Qué era lo que seguía? ¿Cuánto tiempo permaneceríamos allí? Tenía que atacar a mi propio amigo. Tenía que engendrar una violencia que no estaba en mí. Y si realmente Alex estaba tenso y asustado —como decía María—, era todavía más peligroso. Pero no podía quedarme quieto. No hacer nada.

Simultáneamente me preguntaba: ¿adónde habría escondido mi teléfono?, ¿lo destruyó? ¿Acaso Lorena estaría llamándome? ¿El temporal seguía azotando?

—¿Qué le hiciste vos para terminar acá? —preguntó de repente.

Vacilé un instante. Y luego le contesté:

—Nada. Nada que justifique esto.

—Yo tampoco hice nada que lo justifique… —respondió enseguida.

—¿Te parece poco matar al padre?

Bajó la cabeza y frotó sus manos.

En ese instante comprendí que éramos dos prisioneros, sentados en dos colchones sucios, reprochándonos cosas. Todo un absurdo. Por un momento lo vi como desde afuera, desde muy lejos. Pero no, estaba ahí, en esa charla. En ese sótano.

Y empezaba a marearme otra vez.

María continuó hablando.

—Yo era joven —relató—, con tres hijos… Y de pronto me entero de que mi marido tiene otra vida. Otra mujer. Y un hijo en camino… Perdí la cabeza —se lamentó.

Sentí el dolor de Alex. Lo sentí de verdad. Por un instante, percibí su alma.

Me refregué la cara con fuerza, queriendo arrancarme el sueño y toda esa intranquilidad creciente. Pero la flojera persistía.

«¿Otra vez?», pensé.

Miré la cruz con estupor, haciendo un gran esfuerzo por mantener los párpados levantados. Luego oí ruidos en la casa. Mis ojos se nublaban.

Y después, ya no recuerdo nada.

15

Un resplandor vago se filtró entre mis sueños. Se deslizaba lento, como una bruma sobre el campo teñida de azul. Después apareció una superficie. Vi un piso pulido y un tendal de camas infinitas que se perdían dentro de un fulgor diminuto, lejano. Me sentí pesado, aplastado. Pero esa presión cedió y algo me empujó de regreso a la realidad.

Cuando quise levantar los párpados, sentí que cada uno pesaba una tonelada. Y me esforcé. «¿En qué momento me dormí?», pensé. Otra vez me recibía ese aire viciado de encierro.

Consiguió abrir los ojos. Sentí frío. Un frío que quemaba. Y una relajación muscular que descendía desde la nuca hacia los hombros.

El sótano entero parecía contener la respiración, pintado por una oscuridad a la que mis ojos adormecidos buscaban adaptarse. No entraba ningún reflejo desde la casa. La escalera, la puerta… todo había desaparecido. Me fui reincorporando de a poco. ¿Cuánto tiempo estuve dormido? Necesito ir al baño.

Entonces escuché un sonido leve. Provenía de algún rincón del sótano.

Después, María se movió ligeramente.

Y el silencio volvió a instalarse.

¿Qué era aquello? ¿Una rata?

Sentí un roce en el colchón, como un empujoncito sutil. «Un bicho», me dije.

Pero volvió a ocurrir. Esta vez acompañado de un ruido sobre el suelo… algo irregular, arrastrado.

No era una rata. Percibí una presencia de mayor tamaño.

Empecé a temblar.

Se acercó de nuevo. Empujó con más fuerza. Del susto, me pegué contra la pared. Algo enorme se arrastraba. Algo que no debía estar ahí.

La oscuridad no era del todo oscura, pero sí lo suficiente para desorientar, para sembrar la duda entre lo real y lo imposible.

Entonces lo vi. Dilucidé una figura: un gran bulto extendido a muy poca distancia, desplegado sobre el piso, moviéndose con una lentitud reptiliana.

El temblor dio paso a la parálisis.

Pude distinguir el contorno desnudo y apenas insinuado de un cuerpo humano serpenteando sobre el suelo, perdiéndose en la negrura más espesa.

Era un cuerpo.

Todos mis sentidos colapsaron. Sentí un vacío absoluto. Un presagio helado: la muerte respirándome encima.

Y enseguida volvió a emerger, reptando como un gusano descomunal. Usaba los antebrazos para impulsarse. Esta vez venía directo a mí. Vi parte de su cabeza erguida, suspendida en la penumbra. La ínfima claridad dentro de lo oscuro reveló lo impensado: era Alex. Se volvió a perder.

—María —susurré con la voz quebrada.

—No te muevas —respondió ella con la voz apretada—. No hagas nada.

No alcanzaba a ver su rostro, apenas su silueta inmóvil y parte de su ropa.

Sentí su respiración acelerada. La mía era igual o peor.

Alex empezó a murmurar cosas. Sonidos sin forma. Cosas inentendibles. Balbuceos. Susurros encriptados. Iba y venía. Regresaba, nos tironeaba el colchón y se alejaba. Siempre

desplazándose al ras del piso. Se escondía detrás de la cruz y, al rato, regresaba a repetir el mismo ritual. Un ciclo perverso, mecánico, incomprensible.

Incluso entumecido, estaba listo para matarlo si se acercaba de más. Pensé en enterrarle los dedos en los ojos o enredarlo con la cadena y romperle el cuello. Pero ni bien tocaba el colchón, retrocedía.

En un momento se detuvo.

Hubo una pausa.

Así que me sumí en un estado de alerta. Pero esa quietud impredecible podía destrozarse en cualquier momento.

Y otra vez.

Lo sentí rodearme.

Cerré fuerte los puños y endurecí mi cuerpo, dispuesto a lo que fuera.

De pronto lo tuve ahí, a centímetros. Al instante supe que estaba casi pegado a mí. Y no respiré. No me moví.

Sentí su aliento húmedo y tibio rozarme la oreja.

—Tranquilo —susurró María.

Oí que Alex se apartó, como succionado por la sombra. Miré de reojo y vi que el aire negro se lo tragaba una vez más.

Entonces, desde alguna parte, soltó una risita fina y comprimida. Una risa sin aire, como si algo dentro de él se hubiese liberado. Algo proveniente de esa mente desmembrada que ya no respondía con ninguna lógica.

María me tocó la mano. La noté rígida, helada. Quizá ella había vivido esto con regularidad. Quizá era cosa de todas las noches.

El ruido continuó. Carne arrastrándose contra el suelo. Seguida por una respiración agitada, algo que se asemejaba al jadeo de un animal con el hocico barriendo el suelo.

Luego de ese tramo en el que conocí el terror, hubo un silencio brutal.

Una nueva espera sofocante.

Y después, sonidos tenues: la escalera y el chirrido contenido de la puerta.

Supe con seguridad que había salido del sótano. Lo había hecho en silencio, queriendo engañarnos. Pero en ese espacio reducido ni el mínimo ruido podía esconderse. Quizá pretendía que aún creyéramos que el ser amalgamado al piso seguía allí con nosotros, al acecho.

Pero él ya no estaba. Lo oímos salir.

Me había vuelto a drogar. No había duda: fue con el desayuno. Asumí que a María también la anestesió. Entendí que nos durmió con el único propósito de llevar a cabo su juego enfermo.

Alex estaba mucho más lejos de sí mismo de lo que jamás imaginé.

16

Se escurrió una eternidad silenciosa. No dijimos nada en ese lapso. Dormité de a ratos. Tuve algunos sobresaltos. El cuerpo me pedía ir al baño.

Y después —no sabría decir si minutos o varias horas— se oyeron ruidos. Un hilo de luz se coló por debajo de la puerta.

Nos miramos en silencio.

Luego oímos voces. Era Alex.

Permanecimos atentos. Era solo su voz. ¿Con quién hablaba? ¿Hablaba por teléfono? Se escuchaba como si intentara explicar, convencer, y también resonaban sus pasos. Hablaba de corrido, pero desde el sótano era inentendible lo que estaba diciendo. Y pronto se calló.

Siguió un silencio prolongado, pesado. Nosotros seguíamos sin mover un músculo. Y de pronto, la puerta se abrió de par en par.

Bajó lento, otra vez.

Estaba abrigado. Encendió el foco. Cuando fue acercándose, noté que su nariz estaba enrojecida; había andado por afuera. Pero no se había oído ningún sonido de motor, ni tampoco el ruidoso portón del garaje donde guardaba su coche.

Se acercó a nosotros a una distancia prudencial, como lo había hecho previamente. Deslizó su mirada de mi rostro al de María, asintiendo levemente. No decía nada. Era evidente que estaba resolviendo a quién llevarse primero.

Entonces sacó algo del bolsillo de su campera y me lo arrojó junto al colchón. Me hizo una seña para que las agarrara; eran unas

esposas.

—Ponetelas —ordenó, seco—. Dale…

Respiré hondo y obedecí. Aunque no podía creer lo que mi amigo me estaba haciendo. Lo que me estaba pidiendo.

Me coloqué las esposas, de esas que se ajustan sin llaves. Pero no tenía idea de cómo me las quitaría después. Luego, cuando vio que ya las tenía puestas, me revoleó una llavecita.

—Las del pie… sacatelas.

Tomé las llaves, me estiré y me las saqué.

—Dejá la llave ahí al lado, que después te las tenés que poner otra vez.

Volví la vista hacia él y lo que vi me estremeció: me estaba apuntando con un arma.

—Parate —dijo con voz serena, casi apacible—. Rápido.

Me levanté temblando y, al mismo tiempo, busqué la mirada de María, pero ella tenía la cabeza gacha. Alex se desplazó con sigilo hacia un costado. Con un gesto sutil de su arma, me indicó que me dirigiera a la escalera. Avancé. El cuerpo me dolía; sentía las piernas acalambradas.

—Vamos… Subí.

Me dejó avanzar unos cuantos peldaños. Luego escuché sus pasos pisándome los talones.

Asomé a la sala de estar y mis ojos, de inmediato, buscaron las ventanas, la puerta. Todo estaba cerrado. Las cortinas y los postigos no permitían la entrada de luz, sellando la casa al mundo. La luz era tenue, casi teatral, como la noche en que tomábamos licor, con un par de veladores encendidos en dos rincones. La estufa a leña despedía un calor abrasador que me alcanzó apenas salí del sótano. La puerta de este agujero donde nos mantenía no se hallaba oculta y, de hecho, conectaba con la sala de estar; emergía sin discreción bajo la escalera que conducía al piso superior. Por otra parte, el baño

se encontraba a la vuelta, sobre un pasillo ancho que terminaba en dos habitaciones en el fondo. La vivienda era monstruosamente grande, más aún para un solo hombre. Tenía un estilo de casa victoriana con cierta modernidad, con tres habitaciones en el segundo piso y dos abajo; lucía como esas clásicas mansiones de las películas antiguas de suspenso. Su atmósfera solo evocaba miedo y desolación, aunque no estuvieras esposado, descalzo y apuntado por un revólver. Hasta había un piano antiguo junto al ventanal. Estar allí daba la sensación de estar sometido a una cápsula del tiempo. Al parecer, su generoso tío le había regalado una vivienda a la medida de su oscuridad interior.

—Sabés dónde está el baño —dijo él, apareciendo detrás de mí. Su voz sonó próxima, casi en mi nuca—. Caminá.

No quería ni mirarlo. No quería dar un paso en falso ni que lo malinterpretara y recibir un disparo. Traté de calmarme y obedecer. Caminé entumecido y escaneando el entorno, poniendo la vista en todos los objetos de la casa, buscando una señal, un indicio, un elemento que me ayudara a salir de ahí. Y lo único que pude divisar fue un atizador apoyado al lado de la estufa; una de esas varillas que parecen espadas rústicas de hierro fundido, y que se utilizan para manipular la leña, con un peso que podría partir un cráneo.

17

La sala de estar tenía una gran amplitud. En resumen, entre la estufa y yo había unos ocho o diez metros, y en el medio unos sillones enfrentados y una mesita de vidrio… Ahora bien, ¿cómo atacar a un hombre armado sin que antes te vuele la cabeza? Y, en caso de correr y tomar el atizador, ¿cómo me iba a refugiar de una lluvia de balas?

Llegamos a la entrada del baño.

—Date vuelta —ordenó—. Mirame.

Retrocedió un par de pasos, sin dejar de apuntarme. Entonces, sacó una llave del bolsillo y me la arrojó al suelo, cerca de los pies.

—Sacate las esposas y dejalas ahí mismo…

Asentí con un leve movimiento. Recogí la llave. Me costó unos segundos maniobrarla, torciendo la muñeca hasta que, al fin, el mecanismo cedió. Tras eso, las dejé caer en el suelo, con la llave aún encajada.

—Entrá y hacé todo lo que tengas que hacer… No quiero estar viniendo a cada rato. ¿Está claro?

Asentí de nuevo, aunque sin fuerza. Me giré hacia la puerta del baño, pero justo antes de cruzar el umbral, volví la vista hacia él. Lo miré con intención, usando un tono pausado, conciliador. Una carta última.

—¿Te acordás lo que me dijiste en la plaza, la primera vez que fuimos a jugar a la pelota? Yo me había quedado en un banco… porque era la costumbre. Y vos me gritaste: «¡Vení acá… tenemos

todo el pasto para nosotros!». Yo no me daba cuenta de que ya era libre…

Me examinó con esa expresión que siempre ponía cuando yo hablaba más de tres palabras de corrido. Lo vi fruncir apenas los labios, como conteniendo una respuesta. Y por un instante pensé que lo había ablandado.

Su mirada era parca. Pero algo se quebró en el fondo de sus ojos.

—Sí, me acuerdo —respondió con los labios tensos, como si masticara veneno.

—Entonces —proseguí—, supe que haberte encontrado en ese vestuario, molido a golpes, me enseñó algo importante en la vida… me llevó por un camino mejor. Te puse en mi corazón para siempre.

Me observó dubitativo, con desprecio.

—¿Así que yo te enseñé a ser libre? —dijo finalmente—. Pero los golpes me los quedé yo. ¿Tan libre sos? Y sí… te tomaste tantas libertades que al final me sacaste a Lorena. Me robaste al amor de mi vida. Y ni siquiera me fuiste a visitar. ¿Tanto miedo te dan los loqueros?

Había bajado el arma, pero enseguida volvió a alzarla para señalarme el baño.

—Dale. Entrá.

Su voz fue un zarpazo.

Crucé la puerta y me encerré.

El baño era angosto. Pasé la vista por todo el recinto y no vi nada que pudiera servirme. Ni siquiera había un botiquín o un espejo. Solo un inodoro y un rollo de papel higiénico apoyado en el piso. Abrí las canillas del lavatorio y comprobé que había agua caliente. «Podría arrojársela», pensé. Pero no tenía un tarro o algo para juntarla. También pensé en inundar el lugar; simular algo (como romper una canilla) para que deje su arma y se le salga todo de control. Pero era todo tan arriesgado. El baño no tenía ventana ni ventiluz. Si

inundaba todo, por ahí lo hacía enojar más. ¿Y si simulaba un desmayo? Quizá podría arrebatarle el arma cuando se me acercara. «¡Estoy libre, tengo las manos…!», me dije con una euforia apretada en mi pecho. Lo llamo… finjo una descompostura y, cuando se acerque a la puerta, espero que meta la cabeza y le doy un portazo.

No me iba a creer. No era tan fácil.

Resolví no hacer nada por el momento. Oriné y salí.

Estaba parado en el mismo lugar. Inmutable.

—Ponete las esposas.

Las recogí y me las puse. Después le lanzé la llave.

—Movete… —dijo—. Vamos.

Fuimos al sótano. Yo pasé primero. Tras bajar tres escalones me di cuenta de que algo no andaba bien… María no estaba. Me quedé tieso, sintiendo la presencia de Alex que asomaba detrás de mí.

—¡Dale! ¡Bajá! —gritó al darse cuenta de su ausencia.

Me apuré. Descendí el resto en un par de zancadas.

—Tirate ahí —dijo, más nervioso que nunca.

Fui y me senté en el colchón sin discutir.

Se agazapó, girando sobre sí mismo, levantó el revólver y apuntó a todos los rincones. En alguno de ellos tenía que estar María. Sobresaltado, se acercó al colchón de la mujer y vio que no estaban las esposas. Me miró, desconcertado.

—La llave… —murmuró.

Yo estiré mi brazo, tanteando el suelo, fingiendo desesperación. Entonces me di cuenta del gravísimo error del secuestrador: la mujer se había liberado con mi llave.

Alex se incorporó con una expresión de desazón absoluta, dándole la espalda a la cruz.

Y en ese instante la vi: desde la oscuridad que brotaba detrás de la cruz, María salió corriendo, tensando la cadena en alto. Se lanzó

sobre él y se montó en su espalda. Le cruzó la cadena al cuello y empezó a tirar con violencia.

—¡Hijo de puta! —exclamaba.

Cayeron al piso. Se revolcaron. Alex se retorcía queriendo zafarse. Empezaron a rodar. El arma voló a un costado. Me puse de pie. Algo tenía que hacer. Pronto Alex dio un cabezazo hacia atrás y le rompió la nariz. La sangre brotó de su rostro como una flor repentina. Di unos pasos inseguros, quería intervenir. Él se echó a un costado, arrancándose la cadena. María retrocedió tambaleando y salió disparada a la escalera. Empezó a subir a gran velocidad. En ese momento me paralicé y vi cómo Alex recuperaba su arma y salía tras ella. Subió media escalera y volteó para verme.

—¡Quedate ahí! —rugió.

María ya había huido por la puerta.

A partir de ese momento solo oí corridas, golpes y ruidos de toda clase. Y de repente… un silencio aplastante. Permanecí de pie, conteniendo el aire y escuchando lo que sucedía. ¿Qué pasó? ¿La mató?», pensé.

—¡Salí! —gritó Alex desde algún lugar de la casa—. ¡Salí de ahí! No te voy a hacer nada.

Reconocí la vibración. Estaba en el pasillo. Y probablemente María se había refugiado en alguna de las habitaciones.

18

Y me encontré solo en el sótano. Con las manos esposadas, pero no los pies.

Podía subir las escaleras. Ir detrás de ellos. Podía sumarme a esa locura. Pero Alex estaba fuera de sí, desbordado. Lo que había hecho María fue tan valiente como suicida.

También pensé en correr y dirigirme a la puerta de calle. Pero sin duda estaría con llave. Y todas las ventanas de la casa tenían rejas. No se me ocurría un solo lugar por donde escapar. Quizá podría ir hacia el pasillo y, si Alex estaba distraído junto a la puerta de los cuartos del fondo, podría tomar la escalera. Ganar algo de ventaja. Moverme hacia la planta alta y desde allí improvisar algo, o encerrarme en una pieza, como María.

—Salí, María —le repitió, esta vez bajando el tono, reduciéndolo a una súplica.

No hubo respuesta.

Sentí cómo una furia sorda crecía dentro de mí. Una tensión contenida que apenas podía disimular. Pero no era el momento de salir corriendo así nomás y arriesgarme a que Alex me llenara de plomo. No era el momento. Así que opté por otra jugada, que se parecía más a mí.

Fui hacia las escaleras y subí despacio, en puntas de pie, casi sin hacer ruido. Al llegar arriba, continué con precaución. Me encaminé hacia el pasillo, muy lentamente. Me asomé con cautela para ver.

Y sí. Ahí estaba. Alex, de espaldas, junto a uno de los cuartos allá en el fondo. Esperando que María le abriera la puerta, deseando que

se rindiera. Pero cuando sintió mi presencia, giró enseguida.

Entonces levanté mis manos esposadas. Se las mostré como un gesto de tregua. Como diciendo: «no vengo a pelear, no soy una amenaza».

Sus ojos eran los de un animal cercado. Vaciló por un instante.

Supe que ese segundo valía oro.

Di dos pasos.

—Alex… —dije suavemente—. Tranquilo. No voy a hacer nada. Calmate. No voy a ir a ninguna parte… dejame ayudarte.

Avancé con lentitud, con las manos en alto. Él no se movía, solo me miraba, como aprobando mi propuesta. Aunque yo realmente no sabía lo que hacía. Solo seguía un impulso tembloroso, instintivo, sin un plan claro.

A mitad del pasillo, le hice señas para que se acercara. Y vino. Se quedó a un par de metros. No me apuntó en ningún momento. Parecía querer oír lo que yo tenía para decir. Y repito: no tenía ningún plan. Pero noté cómo me observó con una mezcla de recelo y necesidad, de modo que intuí que podríamos hablar.

—Alex —le dije con una calma que no sentía—. Tranquilo. De esa manera no vas a lograr que salga. Dejala que se calme. No puede ir a ningún lado. La casa está cerrada, toda enrejada. Esa puerta es la única salida que tiene… Solo cometió un acto desesperado. Tranquilo. Ella sigue estando en tus manos.

Hice una pausa. Y ahí solté lo que no debía:

—Hablemos de Lorena…

El cambio fue inmediato. Ni bien dije eso, su rostro se transformó; sus ojos se llenaron de furia ciega. Sin previo aviso, levantó el arma.

Y me disparó en la pierna.

Sentí la bala justo sobre la rodilla. Y caí al suelo.

—¿Qué hacés? ¡Estás loco! —grité, retorciéndome de dolor.

El ardor subía como fuego líquido dentro de mi muslo.

De repente ocurrió algo inesperado: caminó hacia mí como impresionado por lo que había hecho. Vi cómo su ira se convertía en angustia.

—¡Perdón…! —dijo, mientras caía de rodillas al suelo—. Perdón… perdoname, amigo.

«¿Qué había pasado? ¿Recobró la conciencia?», pensé. «¿Me reconoció?». Evidentemente aquella bala le había dolido más a él que a mí.

Arrodillado junto a mí, vi que sus manos empezaron a temblar, al tiempo que sus ojos se clavaban en mi pierna ensangrentada. Yo, en cambio, no lo perdía de vista a él.

No sentía dolor. No sentía nada. Solo deseaba saber qué reacción iba a tener, si todo eso era real, si estaba fingiendo, si había vuelto a la cordura. Sin dudas, aquella aflicción que mostraba lo humanizaba nuevamente, así que permití que me asistiera.

Sin decir nada, dejó el arma en el suelo, a centímetros de mi cuerpo, y se inclinó para arremangarme el pantalón. En ese momento, una idea fugaz me atravesó: pensé en tomar el revólver y reducirlo ahí mismo, liberar a María y escapar de esa casa. Pero no lo hice. Me quedé inmóvil, viendo cómo él, desesperado, intentaba enrollar la tela empapada de sangre y encontrar la herida. Y cuando por fin la descubrió, lo supimos los dos: no era grave. Solo un roce profundo. Dolía, sí, pero no era mortal. Sangraba mucho, pero no había peligro. Alex me limpió con la manga de su campera y, al ver la herida con claridad, pareció relajarse. Se paró de golpe y salió corriendo, dejándome tendido junto al arma.

La herida empezaba a dolerme. Una punzada ardiente trepaba desde la pierna hasta el estómago.

Pronto oí que llegó a la cocina y empezó a revolver cajones. ¿Acaso había ido a buscar algo para ayudarme?

Me había dejado solo con el arma.

Nunca había tocado una.

La miré un instante. Y ya no dudé más. Era el momento decisivo. El único. Tenía que terminar con todo eso.

La tomé.

El metal frío me recorrió el brazo como un calambre.

Me incorporé como pude. El dolor de la pierna se incrementaba y me costaba mantener el equilibrio.

Pero me levanté.

Mientras tanto, observé que era uno de esos revólveres viejos con tambor. Y vi que ya estaba martillado, listo para disparar.

Me afirmé bien, olvidando la quemazón en la pierna, y miré hacia adelante alzando el arma.

No había vuelta atrás. Ya no había espacio para el miedo.

Estaba decidido.

Era ahora o nunca.

19

Cuando finalmente asomó al pasillo, yo lo esperaba de pie, empuñando el revólver. Pero Alex regresó con una expresión desconcertantemente pacífica. Llevaba unos trapos en una mano y una botella en la otra.

Me observó como si no pasara nada.

—¿Qué hacés? Ese revólver no sirve —sentenció.

—Claro que sirve —aseguré—. Acabás de dispararme.

—Sí —asintió tranquilo—. Pero tenía una sola bala.

Sentí que el alma se me caía al piso. ¿Decía la verdad? No sabía cómo comprobarlo, cómo correr el tambor ni revisar si quedaban más proyectiles.

—Dejá de mentir —le dije con la voz endurecida.

—No estoy mintiendo —insistió, dando un paso más—. Podés comprobarlo. Dispará, dale. Apuntame al pecho… y gatillá.

Yo alcé el arma y una rabia empezó a correr por mis venas. Él seguía ahí, quieto, con los brazos abiertos.

—Disparame y vas a ver lo que pasa —me desafió—. Ese revólver no tiene balas, amigo. Dejame ayudarte. Dejame curarte. Yo soy el hijo de Dios.

Se acercó despaciosamente. Yo mantenía el arma en alto, pero el brazo me temblaba. Entonces levantó la mano y puso la palma sobre el cañón. Luego susurró:

—Hacelo, tirame…

Pero no me atreví a hacerlo. El corazón me latía tan fuerte que apenas podía oír otra cosa. Él aprovechó y me quitó el revólver con

un movimiento suave, casi paternal. Se lo guardó en el pantalón.

—Sentate, por favor —me pidió con calma—. Te voy a curar.

Había traído alcohol en una botella. Lo vertió sobre un trapo blanco y luego me lo pasó por la herida. Aquello me hizo arder como loco. Y él solo murmuró:

—Ya está… tranquilo… ya está.

Sacó un trapo largo y me lo envolvió en la pierna. Lo aseguró con cinta, dándole varias vueltas firmes. Luego me bajó la manga del pantalón con cuidado, hasta el tobillo.

—Ya está —volvió a decir—. Ya va a pasar.

Su voz estaba impregnada de una calma absurda. Como si todo lo anterior —la violencia, la sangre, los gritos— no hubiera ocurrido. Como si María no siguiera encerrada tras la puerta.

Se sentó en el piso frente a mí, cruzando las piernas, y me miró fijo. Otra vez, sus ojos eran los de un extraño. Había en ellos una calma oscura, algo que distorsionaba su rostro entero.

—Alex —dijo—, soy el hijo de Dios. Soy su hijo póstumo.

Permanecí mudo, sin saber qué decir. «Ahora se cree Cristo», pensé. Todo empeoraba. Aquella serenidad que lo envolvía era mucho más intimidante que su versión anterior, violenta e impredecible. «Tal vez ahora está predispuesto al diálogo», me ilusioné enseguida.

—¿Hijo de Dios? —le pregunté.

—Sí —afirmó en el acto—. El hijo póstumo.

—Dios no está muerto —rebatí con cautela.

—Claro que está muerto, Alex. Mi padre ha muerto. Deberías saberlo. Dios ha muerto… ¿Te acordás? Lo dijo Nietzsche.

—Nietzsche estaba… —vacilé—. Él dijo muchas cosas.

—Ese libro nos marcó, Alex —dijo con una sonrisa nostálgica—. Nos reveló la verdad.

Guardé silencio. Lo observaba con creciente inquietud. Su calma me erizaba la piel. Una quietud tan limpia, tan fría, que resultaba imposible adivinar lo que pensaba.

—¿Y si Dios estuviera vivo? —me aventuré a proponerle—. ¿Qué harías?

No respondió.

—Alex —le dije despacio—, Dios está vivo, está por ahí, en todas partes. Salgamos de esta casa y vayamos a buscarlo.

Entonces me miró con extrañeza.

—¿Por qué me llamás Alex? ¿Por qué me llamás por tu nombre?

Se paró de golpe, enfurecido. Su mirada se oscureció otra vez.

—¿Por qué? —exclamó con la voz quebrada, como si lo hubiera traicionado.

—Tranquilo —le dije, incorporándome con esfuerzo—. Está bien. Yo soy Alex. ¿Qué querés hacer?

—Quiero que Alex resucite —murmuró, frunciendo el ceño con un dolor infantil.

Respiré hondo. Sentí el ambiente tan tenso como un cristal a punto de estallar.

—¿Y cómo va a suceder eso?

—Tiene que morir primero —respondió sin dudar—. Así lo quiere su padre.

—¿Y después?

—Después el mundo estará libre de sus pecados.

—¿Me vas a crucificar en esa cruz que tenés ahí abajo?

—No, tonto —dijo, y largó una risita—. Yo voy a morir. Vos no sos el hijo de Dios. Vos sos Alex. Un pecador lujurioso, como esa mujer loca y endemoniada. Mi muerte —dijo, elevando ligeramente la voz— va a detener esa nieve maldita. Va a devolver la paz a los hombres.

Algo se abrió paso entre su delirio. Una lógica torcida, pero lógica al fin.

—¿Entonces no nos vas a lastimar?

—Claro que no, Alex.

—Sacame las esposas, entonces.

Me miró con una sonrisa extraña, teñida de cierta desconfianza.

—Esas esposas van a desaparecer cuando el Hijo del hombre entregue su vida… Saquemos a esa mujer de ahí y terminemos con esto.

En ese instante, algo se selló entre nosotros. Allí mismo nos enfocamos, serios y convencidos. Me ayudó a ponerme de pie, mientras nos mirábamos asintiendo. Su imagen frente a mí era la de un espejo que me otorgaba seguridad y confianza. Sin más, caminamos hasta el fondo y, a patadas, embestimos la puerta. Una vez. Dos veces. Y otra más. Yo le daba con mi pierna sana. Le dábamos al mismo tiempo. Le dimos unas cuantas veces hasta que la reventamos y la cerradura cedió.

Cuando la puerta terminó de abrirse, vimos a María arrinconada, con la nariz sangrante y los ojos llenos de un miedo atroz.

—Agarrala —me ordenó con un tono entre amistoso y autoritario.

Me acerqué a ella y le guiñé el ojo, apenas perceptible. Luego le tendí la mano.

—Tranquila —le dije—, que el hijo de Dios nos va a salvar.

La mujer me miró sin entender, con la boca entreabierta, paralizada. Luego extendió su brazo tembloroso y se dejó ayudar. La incorporé con cuidado. Detrás nuestro, Alex nos observaba con una expresión rara de agradecimiento.

—¡Eh, eh! —interrumpió de pronto, levantando una mano.

Extrajo unas esposas del bolsillo trasero del pantalón y se las arrojó a María.

—No más esposas en los pies —dijo con voz amable—. Solo en las manos. Ponetelas.

Ella dudó un instante, pero se inclinó y obedeció en silencio. Ahora ambos teníamos las muñecas sujetas. Tras eso, volví la vista y vi que Alex manipulaba una navaja. Vi su brillo inconfundible. Y supe que lo hacía como parte de una intimidación sutil.

Los ojos de María volaron rápido a los míos, como suplicando respuestas. Pero yo le hice una mueca demostrando que tenía todo bajo control.

Pero no lo tenía. Nadie lo tenía.

20

Alex recibió la confesión de su madre cuando todavía era un adolescente. Y le creyó cada palabra. Pero para entonces ya sentía una profunda pena por ella. No quería que la soltaran otra vez. No quería que sus amigos, ni mucho menos Lorena —la chica que le gustaba—, vieran el deterioro mental de su madre, ni sus conductas obscenas, violentas, erráticas. Y su deseo fue realidad: ella nunca volvió.

En el barrio ya se decían demasiadas cosas. Algunas eran ciertas. Otras no. Y Alex estaba harto. Su rebeldía crecía, pero aún no había perdido la cordura. Él era solo un chico impulsivo, como siempre lo había sido. Quizá un poco más en esa época, pero no pasaba de ahí. Alex hacía lo imposible por parecer un adulto. Se esforzaba para comportarse como tal. Incluso abandonó la secundaria para ponerse a trabajar. Pero ese año lo perdió; se la pasó buscando trabajo por todos lados, sin éxito. Lo sacaban de cada sitio con la misma frase: «Sos un nene, volvé al colegio».

En Mar Sudeste todo el mundo sabía de la vida de Alex. Pero en vez de acompañarlo con madurez y respeto, lo único que hacían era exhibir su propio miedo. Nadie lo trataba bien. Él percibía cada mirada, cada secreto compartido a sus espaldas. Era un pueblo hostil. Ese clima alimentó su resentimiento. Por ese tiempo vivía entre la casa de su tío y otros refugios pasajeros. Aún no existía la casa junto al mar. Pero aquella primera casa de su tío también era imponente; un chalé lujoso plantado en el centro del pueblo. Su tío lo consentía con dinero, caprichos, todo lo que pedía. Sin embargo,

hizo algo bueno: lo obligó a volver a la escuela al año siguiente. Aunque ese ciclo tampoco lo terminó, y ya nunca más regresó.

Durante un tiempo me alejé de él. Coincidió con la época en que Alex se sumió en las drogas, rodeado de pibes de su barrio. Lo único sano en su vida era el amor que sentía por Lorena. Ella vivía a un par de cuadras y también se interesaba por él. Pero su familia le prohibía acercarse. De igual modo, ellos se cruzaban a menudo en el pueblo, como todos. Pero tuvieron que pasar dos o tres años para que se conocieran de verdad. Y fue en un bar. Alex solía ir allí con sus amigos. Una noche la vio trabajando; ella era la nueva mesera. Tuvieron sus primeras charlas en ese lugar, entre vasos vacíos y platos sucios. Poco a poco se fueron enamorando hasta que consolidaron el noviazgo. Alex estaba muerto de amor. El de Lorena era distinto: más lento, más cuidadoso. Como si supiera algo que él aún no.

Creo que fue en esos días, cuando la relación apenas empezaba, que llegó un llamado del psiquiátrico. Lo contactaron al celular. Era urgente, algo sobre su madre. Alex llevaba dos años sin verla; aun así, fue. Lorena lo acompañó, pero no quiso entrar, esperó afuera. Los médicos lo recibieron y lo guiaron por los pasillos sombríos del hospital. Todo parecía abandonado, en ruinas. El aire pesaba. Lo llevaron hasta una sala. Apenas cruzó el umbral, un frío le caló los huesos. El lugar estaba congelado.

No supo qué pensar.

A simple vista vio varias camillas alineadas. Sobre cada una, cuerpos cubiertos por sábanas blancas, tapados por completo. Era la morgue de la institución. Un médico le señaló con la cabeza.

—Al final, la última —le dijo.

Alex entendió que debía reconocer un cuerpo. Caminó hasta la camilla con una valentía que no sentía. Quitó la sábana de un tirón.

Quería terminar rápido con eso, como si el problema pudiera resolverse con un solo gesto.

Y la vió.

Vio a su mamá. Vio que no solo estaba muerta, sino que estaba irreconocible. Tenía el pelo completamente canoso, la piel manchada, llena de marcas. Y un rostro envejecido, como si hubiera vivido cien años en ese encierro. Él ni siquiera preguntó de qué había fallecido. Miró al médico y este le dijo:

—Solo te teníamos a vos para reconocerla. Nadie más quiso venir.

Alex asintió. Nada más. Después salió del lugar y regresó con Lorena a la casa de su tío.

21

La calma era tensa. De nuevo en el sótano, a oscuras, esperando cada uno sobre su colchón, oímos que en el piso de arriba la voz vigorosa de Alex rompía el silencio entonando la primera frase de Losing My Religion, la canción de R.E.M.:

—Oh, life is bigger… It's bigger than you… And you are not me…

Aparte se oían ruidos metálicos: platos, vasos, cajones que se abrían y cerraban con torpeza. Me convencí de que solo llevaría a cabo un simulacro de crucifixión. Nada más. Y que después de eso intentaría persuadirlo. Seguiría su discurso —eso de liberar a los pecadores— para que, finalmente, nos soltara. María estaba encogida de hombros, acurrucada, con la mirada clavada en el suelo. De pronto, Alex retomó la canción desde algún rincón de la casa:

—But that was just a dream / That was just a dream / That's me in the corner… ¿Qué estaba haciendo? ¿Qué preparaba?

La miré y le dije en voz baja:

—Vos confiá, hay que seguirle el juego. Nos va a soltar. Y si no lo hace… lo atacamos. Estamos esposados, sí, pero somos dos. Y su revólver ya no tiene más balas. Dejémoslo que crea que nos libera de nuestros pecados.

—Lo ayudaste a sacarme del cuarto —murmuró desconfiada—. ¿Cómo sé que no estás trastornado como él?

—Lo hice para salvarte…

—¿Ah, sí? ¿Vos también te creés un salvador?

—Confiá en mí —le rogué.

—Te manipuló —dijo con angustia—. Te convenció.

—No, María. No es así, yo lo manipulé a él. Descubrí que no hay que hacerlo enojar; ese es el momento en que se enciende su lado más oscuro y peligroso.

—¿Quién es Lorena? —me preguntó entonces—. Escuché lo que dijiste antes.

—Ella… ella es mi pareja.

—¿Le sacaste la novia?

—No. Simplemente ocurrió… Nos enamoramos sin buscarlo. Lorena no aguantó mucho con Alex. Apenas empezaron sus arranques violentos y sus obsesiones, ella lo dejó.

—¿Y se fue con vos?

—No… no inmediatamente, pasó un tiempo. Pero después de esa ruptura, la vida de Alex se vino abajo todavía más. Culpó al mundo entero por su dolor, incluso a mí. Arruinaba cada relación que tenía. Se volvió evasivo, se encerraba y a veces se deprimía hasta el fondo. Una vez lo trajeron desde la capital. Tuvo un altercado con el cuidador de un cementerio porque no encontraba la tumba de su padre. Lo trajeron en patrullero. Durante meses tuvo brotes graves, agredió a vecinos del barrio. Caminaba por ahí sin saber quién era realmente. Y eso, María, es algo muy peligroso. Hasta persiguió a Lorena e intentó secuestrarla. Además, una noche unos tipos los molieron a golpes porque quiso robar un auto o algo así. Al poco tiempo de eso, entró y salió del psiquiátrico un par de veces. Hasta que lo internaron por casi dos años. Me habían comentado que fue tolerando el tratamiento; por eso no me sorprendió que lo dejaran ir. Cuando me llamó para que lo visitara, pensé que había recibido el alta definitiva. Y me encontré con esto.

María me miraba sin expresión, como si todo lo que yo dijera la atravesara pero no le perteneciera. Y, sin embargo, no vi culpa en sus ojos.

—Él no pudo adaptarse al mundo —concluí.

Unos minutos más tarde, la puerta se abrió. Una luz extraña —una luz que parecía brotar desde el suelo detrás de él— recortó su figura. «¿Está desnudo?», me pregunté al verlo. Y sí, pronto dilucidé que estaba completamente en cueros.

Bajó las escaleras con movimientos serenos, casi ceremoniales. Llevaba varias cosas en los brazos. Apenas pisó el sótano, encendió una linterna y la colocó en el suelo. No sé cómo, pero nos iluminaba directamente a nosotros.

Todo era silencio.

Se acercó con una palangana. Y ahí vi que llevaba puesto un taparrabos blanco. Se arrodilló y comenzó a lavarnos los pies: primero a María, después a mí. Lo hacía con lentitud, como si cada gesto tuviera un significado oculto. Luego nos los secó con una toalla pequeña. Sacó de una bolsa unos vasitos de plástico y los llenó de vino. También nos ofreció pan.

—Coman y beban —dijo—. Tomen todo el vino, todo.

Dio unos pasos atrás y encendió otra linterna que colocó a los pies de la cruz. Ahora el haz de luz revelaba la estructura de madera completa: tosca, imponente. María y yo observamos todo con atención; era imposible no sentir miedo. Pero aún quería creer que esto no era más que una farsa, una puesta en escena, un acto de locura. Lo vimos atar con calma dos sogas cortas en los extremos horizontales de la cruz. Cada una formaba un pequeño círculo, hecho para sujetar las manos. Ya entonces supe lo que iba a hacer. Después de dejar todo preparado, se retiró hacia una zona más oscura del sótano. Apenas podíamos distinguir su silueta. Yo no toqué el pan, pero bebí el vino de un trago. Sentía que lo necesitaba. Era tinto, fuerte, espeso. María hizo lo mismo. Entonces, su figura emergió lentamente de la sombra, caminando hacia nosotros desde detrás de la cruz. Se detuvo frente a ella. La linterna lo iluminaba por completo. Estaba pálido, con los ojos brillantes. Alzó

las manos; ambas muñecas estaban ensangrentadas. «Dios mío, ¿qué hizo?», pensé. «¿Se cortó las venas?». La sangre era real, indiscutiblemente. Pero él no parecía sentir dolor. Su expresión era fría, concentrada. Nos paralizamos. María me miró, yo la miré, pero no dijimos nada. Alex se acercó a la cruz y encajó sus muñecas ensangrentadas dentro de los lazos; fue rápido y certero. De pronto la imagen estaba completa: estaba allí, crucificado, con la cabeza erguida, las manos extendidas y la sangre goteando por sus brazos.

Nos miró. Su boca se entreabrió, como si fuera a hablar o como si esperara a que lo hiciéramos nosotros.

Entonces gritó:

—¡Dios, sálvalos! ¡Dios mío, perdónalos!

Su voz retumbó en el sótano. ¿Acaso alguien imaginaba lo que estaba sucediendo en esta casa alejada?

—¡Perdónalos, Padre… perdónalos!

Y siguió repitiendo la frase, cada vez con menos fuerza. La sangre corría. Su rostro empezó a caer lentamente. La barbilla tocó su pecho. Y entendí: se había cortado las venas de verdad. El hombre se estaba muriendo. Ahí, frente a nosotros.

Quise moverme, quise hacer algo… Pero entonces, de nuevo, ese mareo. El mismo que había sentido cuando bebíamos licor. «¡Me volvió a drogar!», reflexioné con pavura. «¡Metió algo en el vino!».

El vértigo aumentaba. «No quiero morir», me repetía. Intenté levantarme, pero apenas logré incorporarme antes de caer de costado sobre el colchón; no tenía equilibrio. Busqué la mirada de María; no la encontraba. La linterna seguía encendida, pero ahora parecía más débil. Apenas iluminaba nuestras piernas y un trozo de colchón.

—¿Qué pasa? —dijo María—. Me siento muy mal…

—Yo también —le respondí con la voz arrastrada.

Miramos hacia la cruz. Alex ya había dejado caer completamente la cabeza. Su cuerpo pendía hacia adelante, sostenido solo por las cuerdas.

—Me siento muy mal —repitió María.

Y acto seguido la vi caer.

Su cabeza golpeó en el piso con un sonido seco. Medio cuerpo quedó en el colchón, el resto en el suelo. Al mismo tiempo, una nube oscura cruzó mi visión. Todo se volvió neblina, perdí el control del cuerpo y ahí dejé de ver, de sentir, de pensar.

22

—¿Por qué estás acá? —susurró Alex con una voz que parecía surgir desde adentro de mí.

Antes de contestarle, abrí bien los ojos. No vi nada. Solo oscuridad. Una negrura espesa que ni siquiera me dejaba ver mis propias manos. Sin embargo, el aire era cálido. Casi acogedor. Como si el mundo se hubiera reducido a un útero oscuro y denso.

—No sé… —dije finalmente—. ¿Será que morimos?

—Vos no moriste —me corrigió con calma—. Pero igual no deberías estar acá.

Hizo una pausa, como si estuviera ordenando los pensamientos antes de dejarlos caer.

—Yo sí sé por qué estoy acá. Estoy acá porque la sociedad… siempre fue un abismo para mí. Un abismo disfrazado de normalidad. Gente con máscaras, con dedos acusadores, miradas que te atraviesan como cuchillos. Nunca entendí sus reglas, nunca me sentí parte. Y lo poco que construí lo hice solo para poder romperlo después. Era la única forma que conocía de sentir algo. Cuando rompí demasiadas cosas, me encerraron.

Suspiró hondo.

—Pero acá adentro —continuó— ya no hay vértigo. No hace falta agarrarse de nada ni fingir que uno es alguien. Acá no te exigen ser normal. Acá, en esta sombra… se descansa.

Guardé silencio. El aire empezó a teñirse de un resplandor azulado, como si algo —muy lejos, o muy adentro— comenzara a iluminarse desde las grietas de lo real.

—No es tu culpa, Alex —le dije en voz baja—. Nada debió ser así. Tu padre, su sombra… esa fue la cruz que arrastraste toda tu vida. Pero ¡no tenías que mirar el pasado! ¡No tenías que hacerlo! —agregué con más fuerza, casi gritando—. ¡No tenías que mirar atrás, carajo!

—No pude, amigo —musitó con la voz quebrada—, no pude. Toda la vida cargando con ese peso. El peso de María colgando de una soga, suspendida de mi alma. Necesitaba soltarla. Tenía que morir para hacerlo. Y Lorena… Lorena era mi salvación…

—No era tu salvación… ¡No lo era! Ibas a hundirla con vos. La arrastrabas directo a tu naufragio.

Sentí un gemido, un llanto apretado.

—Tengo que salir de acá —le dije.

—No podés irte, amigo. Ya no tenés adónde volver. Ya nadie te espera; te fuiste hace mucho.

Me tembló el alma. Entré en pánico y recordé instantáneamente aquella frase de María en nuestra primera charla: «Hace mucho tiempo que estamos acá… Tu cabeza está jugando con vos».

El resplandor seguía creciendo. Azul. Intenso. Insoportable. Me cubrió por completo. Me cegó. No pude ver nada más. Solo una luz absoluta. Y después… el silencio.

23

Desperté con la boca seca. Fui incorporándome de a poco, con torpeza, como si cada músculo hubiese olvidado cómo moverse. Giré la cabeza sobre el colchón. La puerta del sótano estaba entreabierta y, desde arriba, se colaba apenas un hilo de luz. Sentía el cuerpo extrañamente liviano, como si hubiese dormido una eternidad o como si ya no me perteneciera. Me volví hacia el otro lado.

—María —murmuré.

Nadie respondió. Tampoco estaba Alex.

La cruz, que antes ocupaba el centro de la escena, ahora estaba vacía. Solo quedaban las manchas secas de sangre en los extremos y las cuerdas colgando, flojas, sin tensión.

«¿Qué había pasado? ¿Dónde estaban? Las esposas… la cruz. Ya está», pensé. «Ya se terminó», me dije para darme coraje.

Con gran esfuerzo logré sentarme. Sentí un dolor punzante en la pierna herida. Me toqué y noté que el vendaje improvisado que me había hecho Alex ya no servía: la sangre traspasaba el pantalón. Sentí un escalofrío recorrerme la espalda; ¿sería fiebre? Me levanté tambaleante, con el cuerpo entumecido. El miedo creciente mataba la liviandad del despertar. Fue entonces cuando me percaté de algo más inquietante: ya no estaba esposado. Ni siquiera vi las esposas tiradas por el suelo. Todo parecía… desarmado, como si alguien hubiese desmontado la escena. Me sentía débil, desorientado. Pero una certeza me empujó como una lanza en el pecho: tenía que salir de allí. Entonces, las teclas del piano sonaron.

Me congelé. ¿Alguien estaba tocando?

Reconocí la melodía casi al instante: Claro de luna.

—Dios mío —susurré—. ¿Y ahora qué?

Junté toda la fuerza que me quedaba. Me dije que esto ya era suficiente, que no podía seguir en ese infierno, que ya era demasiado. Con una determinación que no sabía que tenía, avancé hacia la escalera. Y subí, paso a paso, como si cada peldaño me devolviera un poco más de vida. Asomé a la sala de estar y la vi. Era María. Estaba sentada de espaldas frente al piano, repitiendo una y otra vez las primeras notas de esa canción. El ambiente era gélido; la estufa estaba apagada. Todo parecía detenido en el tiempo. «¿Dónde está Alex?», pensé. «¿Por qué ella está acá? ¿Por qué no se fue?».

Las ventanas seguían cerradas. La puerta también. Solo un velador iluminaba la sala, como una luciérnaga agónica. Pisé el parqué helado y caminé hacia ella. Apuré el paso. Cuando estuve a su lado, le susurré con urgencia:

—María…

Giró muy despacio. Estaba pálida. Noté que tampoco llevaba las esposas.

—Te despertaste —dijo sin sorpresa.

—Sí. Y tenemos que salir de acá. Ya.

—¿A dónde querés ir? —preguntó. Su tono era lento, como si hablara desde otro mundo.

—¿Qué te pasa? ¡Levantate! ¡Tenemos que irnos! —le insistí.

Miré a mi alrededor buscando a Alex. No sabía si estaba vivo, muerto… o acechando desde algún rincón.

—Dale, apurate —le repetí.

Pero ella seguía inmóvil. Murmuró:

—¿A dónde querés que vaya? Realmente no sé si alguien me está buscando. No sé cuánto tiempo pasó. Tal vez ya ni quiero volver a

mi casa. Creo que mi familia ni siquiera denunció mi desaparición… ¿A dónde voy a volver?

Dicho esto, giró hacia el piano y volvió a posar las manos flácidas sobre las teclas, como hipnotizada. Buscaba una nota sin encontrarla. Yo la observaba con impotencia. Esa mujer estaba destruida por dentro. Tenía que sacarla de ahí. Me alejé de ella. Miré en todas direcciones. Tenía que recuperar mi abrigo, mis zapatillas, lo que fuera. Cualquier cosa para huir. Me moví por la casa con el corazón acelerado. Fui hasta la estufa y tomé el atizador de hierro, por si Alex aparecía. Corrí hacia el pasillo y seguí hasta las habitaciones del fondo. La primera estaba destrozada, con la puerta reventada, vacía. Fui a la otra. Probé el picaporte; estaba sin llave. Dentro solo había una cama con nuestras prendas tiradas encima. Entonces agarré mis zapatillas y me las puse con apuro. Me puse el abrigo. Encontré algunas ropas de María y las envolví como pude. Busqué en la cómoda algún teléfono, una linterna, algo… pero no. Los cajones estaban vacíos. Volví corriendo a la sala. María seguía derrumbada frente al piano, ausente.

—Dale —le dije mientras le extendía el abrigo—. Vestite… tenemos que salir.

Ella no levantaba la vista.

—Afuera hay un temporal horrible. No para de nevar.

—¿Saliste? —pregunté, sorprendido.

—Sí, claro. La puerta está abierta.

Corrí hacia la entrada. Tomé el picaporte y tiré con fuerza. Se abrió. Lo que vi fue espeluznante: una tormenta salvaje azotaba todo. No había cambiado nada. Nieve descontrolada, un viento feroz. El mar apenas se distinguía entre la bruma. Las playas y los médanos distantes estaban blancos, irreconocibles. No se veía la caída de los acantilados, que se encontraban allí, a unos cien metros de la casa. Todo era blanco. El mundo sepultado bajo la nieve.

Puse un pie afuera. Cerré bien la campera y avancé unos pasos. Pero no podía ver nada. Ni la ruta que corría paralela al mar. Solo una inmensidad helada e inhóspita.

Volví corriendo. No cerré del todo la puerta; no quería volver a quedar encerrado. Observé a María. Seguía inmóvil. Ni siquiera se había puesto el abrigo.

—¡Dale, ponetelo, ya! Tenemos que irnos, no importa la nieve, no importa el frío. ¡Tenemos que salir de acá! Hay que buscar a la policía.

Ella respondió con voz suave:

—¿Querés morir en medio de ese temporal?...

—¡No! Quiero salir de esta casa… No quiero morir en manos de este psicópata.

—Él ya no está acá —dijo sin moverse.

—¿Qué te pasa? ¿Estás loca? ¿Te creíste todo ese circo?... ¿Qué estás esperando? ¿Qué venga, que resucite?

—Él ya no está —repitió.

Me señaló el piso. Miré y vi un rastro de sangre. Gotas, muchas gotas, saliendo del sótano y subiendo hacia la escalera. Fui hasta allí y seguí ese sendero con la vista. Todos los escalones que alcancé a ver estaban manchados.

Alex estaba en el segundo piso. Vivo o muerto, no lo sabía. Pero estaba en el segundo.

Volví junto a María y la envolví con el abrigo; le metí los brazos en las mangas y la obligué a cerrarse la campera. Le puse los zapatos.

—Ya está —le dije—. Salimos ahora, como sea. A alguien vamos a encontrar. Hay que llegar a la ruta.

Nuevamente observé la escalera, inquieto.

—Esperá, esperá —le pedí—. Ya vuelvo.

Fui a la cocina. Revisé los cajones bajo la mesada. No había mucho, pero vi un cuchillo y lo tomé, aunque ya tenía el atizador.

Seguí buscando. Abrí la heladera; había una botella de agua, bebí un largo sorbo y mi garganta me lo agradeció como si fuera la primera vez en días. Guardé el resto para María. Quería encontrar el móvil. Algo. Lo que fuera. La alacena estaba llena de platos y ollas; nada útil. Me asomé por la puerta que daba al garaje… y lo vi: un coche estaba estacionado allí, cubierto por una fina capa de polvo. Me detuve. Respiraba con agitación. Pensé rápido; volví a la sala. María ya no estaba en el piano; estaba de pie, en el medio de la sala, mirando hacia arriba. La seguí con la vista. Ella fijaba los ojos en el último tramo del barandal, al final de la escalera.

Fui a su lado.

—¿Qué pasa? —le pregunté. Le di el cuchillo, también la botella de agua.

Ella la destapó con manos temblorosas y bebió con desesperación sin dejar de observar hacia arriba.

Entonces miré yo también.

Y lo vi.

Alex.

Estaba allí sentado en la cima de la escalera, acurrucado, abrazando sus rodillas. Nos espiaba entre los barrotes de madera, como un niño vulnerable tras una larga pesadilla.

—¿Ya se van? —preguntó con voz frágil—. No se vayan, por favor, no se vayan.

No parecía el mismo. Era una versión marchita, una presencia desarmada. O eso quería hacernos creer. Apreté con fuerza el atizador. Lo miré fijo; quería leerlo, adivinar cuál de sus versiones tenía ante mí: ¿el niño dañado, el manipulador o el salvador?

Lo vi llevarse una mano junto a la oreja. Se tocaba el pelo con nerviosismo. Tenía sangre entre los dedos. Aún seguía en cueros, pero con un pantalón largo de jean. ¿Se había cortado de verdad o

había fingido su muerte? Ya no lo sabía, y lo que era peor: ya no me importaba.

Estaba decidido a salir, a terminar con esto.

—Hace mucho frío —dijo—. Podrían quedarse un tiempo más.

Su tono era ajeno, como si nada hubiese ocurrido, como si no supiera lo que hizo. No respondí. Lo miré fijo. Si bajaba un solo escalón, si hacía el más mínimo gesto, iría a partirle la cabeza con el atizador. Ya no tenía dudas ni remordimientos.

Sin apartar los ojos de él, la abracé a María. Le hablé al oído:

—Hay un auto en el garaje. Vamos por ahí.

Luego puse los ojos en Alex directamente y le dije con voz seca, sin temblor:

—No te muevas de ahí… ya vendrá alguien. No te muevas.

De pronto algo voló desde arriba. Una llave. Cayó cerca de mis pies. Me agaché y la recogí. Era la del auto.

—Tengo frío, Alex —dijo una vez más desde lo alto—. Quiero volver a casa… llévenme con ustedes.

María y yo nos miramos incrédulos, sin entender del todo.

—Quedate tranquilo —le dije—. Más tarde alguien va a venir a buscarte.

—¿A dónde me van a llevar? —preguntó con la voz quebrada.

—A tu casa —le respondí, mintiendo.

—¿Con papá?

Tragué saliva.

—Sí, con tu papá.

—No me mientas, Alex.

—No miento. Te lo prometo.

Tomé a María del brazo y la impulsé a caminar conmigo, directo al garaje. Teníamos la llave. Era ahora o nunca. Entonces Alex exclamó desde lo alto:

—¡Está por venir!... El Renacido viene por la nieve… Está viniendo… ¡Nancy!... No te lleves a tu hijo… la piedra del sepulcro es muy pesada y el ángel todavía no desciende.

Nos detuvimos.

María me miró apabullada. Yo ya no quería darle más espacio a esa locura. Pero él repitió, con una voz que ya no era del todo suya:

—Está por venir… Nancy. El Renacido… viene caminando por la nieve. ¡Cuidado!

24

En el trayecto desde la sala hasta el garaje, se me cruzaron infinidad de pensamientos como ráfagas punzantes. Por un instante —breve pero nítido—, sentí que la casa misma intentaba jalarme hacia atrás, como si sus paredes respiraran y no quisieran dejarme ir. Dudé. Me replanteé dejar a este tipo solo, herido, tirado en la escalera con la cabeza dada vuelta. Pero era imperioso salir, pedir auxilio, encontrar ayuda para Alex… si es que todavía se podía hacer algo por él. Mientras tanto, había perdido la noción del tiempo; sentía náuseas. El aire viciado que flotaba en esa casa se me enquistaba en la garganta. Era como un polvo invisible y amargo que se mezclaba con mis pensamientos. ¿Por qué Lorena no había venido a buscarme? Sabía perfectamente dónde estaba. La separaban apenas unos kilómetros. ¿Y María? A ella tampoco nadie la buscó. Nadie se preocupó por nosotros, nadie. La nieve seguía cayendo, implacable como una condena. ¿Cómo íbamos a escapar así? Yo ni siquiera sabía manejar. Recé en silencio, esperando que María sí supiera. «¿Quién es el renacido?», me pregunté. «¿Quién viene por la nieve?». Al entrar al garaje desde adentro, le di la llave a María. Ella me miró con los ojos desorbitados, como si acabara de comprender lo que venía.

—Yo no manejo —me dijo a secas.

—Yo tampoco —admití, sintiendo un hueco en el estómago.

—Bueno, hago lo que puedo —agregó, tomando la llave con el pulso tembloroso.

Subió al coche rápidamente.

A puro instinto, mis ojos apuntaban hacia la cocina; esperaba que Alex apareciera en cualquier momento. Luego reaccioné y corrí hasta el portón; era manual. Puse toda mi fuerza en levantarlo. Crujió y finalmente se dejó elevar, dejando al descubierto la intemperie. Un frío salvaje se coló al instante junto con la certeza de que sería casi imposible salir. Medio metro de nieve cubría el camino de salida. El sendero de tierra, que antes comunicaba con la ruta, ahora estaba enterrado bajo un mar blanco. María encendió el motor; corrí y me zambullí en el asiento del acompañante.

—Dale a fondo —le dije—. Hay que salir de acá.

—Hay demasiada nieve —dijo con la voz rota—. No vamos a poder.

—Dale, no importa…

—Se puede tapar el caño de escape.

—¡Písalo!... Dale hasta donde puedas…

María asintió, como si aceptara una sentencia irrevocable.

Aceleró a fondo. El rugido del motor se sintió como una explosión en el garaje. Hizo vibrar las paredes como si fueran de papel. Miré hacia la cocina por última vez. Nada. Nadie. La libertad estaba a unos metros. Solo teníamos que cruzar el portón. María pisó con fuerza; embistió el muro de nieve como una bestia a la que le abren la jaula. Sentimos la presión brutal del hielo contra la carrocería. Retrocedimos unos metros y luego un poco más. El vehículo temblaba, resoplaba, se abría paso a empujones. Estábamos casi afuera. Faltaban unos cincuenta o sesenta metros para alcanzar el camino donde la masa blanca parecía menos densa. El motor resonaba furioso. María mantenía el pie firme en el acelerador y entonces sucedió.

Un estruendo sordo estalló sobre nuestras cabezas.

El techo del auto se hundió de un golpe. Fue como si una roca gigante nos cayera encima. Desde adentro vimos cómo el metal se abolló violentamente.

—No, otra vez no… —musité.

Lo supimos al instante. Al unísono.

Alex.

Recordé que una de las ventanas del segundo piso daba justo al techo del garaje. Era seguro que se había lanzado desde allí. Y luego sobre el auto. Lo supimos porque su cuerpo rodó por el parabrisas hasta aferrarse al capó.

Entonces, el terror de nuevo.

No sé si lo hizo con la mano, pero estalló el vidrio delantero en mil pedazos. Los cristales nos cayeron en la cara, en las manos. El mundo retomaba el caos. María gritaba. Largó unos alaridos desgarradores que ahora me dan vueltas en la cabeza como ecos.

—¡Acelerá! —le grité—. ¡Dale!

Alex no se soltaba. Su rostro, desfigurado de rabia. Sus ojos, dos huecos abismales llenos de un brillo maníaco. Metió los brazos al vehículo e intentó agarrar de los pelos a María. Pero ella lo esquivaba echándose hacia atrás, sin soltar el volante.

—¡Soltala, hijo de puta! —le dije—. ¡Soltala!

Pero él tiraba con una fuerza inhumana. Le llevaba la cabeza hacia el volante. Sin embargo, aún no quise golpearlo con el atizador. Además, no sabía dónde había quedado el cuchillo de María. Así que me lancé sobre él e intenté apartarlo, quitarle los brazos, pero era como agarrar una estatua. Finalmente, me cansé y le pegué dos veces en la cara. Y entonces aflojó. Al soltarla, ella volvió a acelerar. Un sacudón bastó para que Alex cayera de espaldas. Dio unos tumbos sobre el capó y se fue al suelo junto a la entrada del garaje.

El vehículo seguía empujando, pero aún estábamos empantanados en la nieve espesa. Cada metro ganado era una batalla. Las ruedas patinaban, escupían hielo y el motor gemía como si fuera a explotar.

—¡Vamos, vamos, vamos!... —imploraba, aferrándome al tablero como si eso pudiera ayudar a avanzar.

El garaje se alejaba. María mantenía el pie firme, tiritando, con el rostro transpirado, el cabello pegado a la frente, quitándose los restos del vidrio hecho añicos de su cara. No hablábamos; no podíamos.

Y allí vi que Alex se incorporó.

Su figura, en cueros, volvía a arremeter contra nosotros, dando zancadas largas como una criatura empecinada en destruirnos.

—No puede ser —murmuré—. No puede ser.

Lo vi cada vez más cerca. El auto se movía a duras penas. La nieve golpeaba a Alex sin piedad, pero él no parecía sentir nada. Siguió avanzando con los ojos fijos en nosotros. Entonces giré y, a lo lejos, vi unas luces que se abrían paso entre el vendaval; un motor, un auto. Alcancé a divisar aquello que se acercaba; visualicé un auto conocido.

—¡María, alguien viene!

Ella no respondió, solo seguía conduciendo marcha atrás contra la nieve. Las manos le temblaban al volante.

Cuando la puerta del auto que acababa de llegar se abrió, vi a Lorena con la desesperación escrita en la cara. Pero Alex, al mismo tiempo, llegó a nosotros y saltó sobre el capó. A pesar de esto, esta vez resbaló y se cayó. Se fue hacia un costado. Pero casi no tocó el piso y ya estaba de pie nuevamente. Y se lanzó a atacar a María.

Salí del auto.

—¡Quedate ahí! —le grité a Lorena.

Y en un segundo, no sé cómo, Alex ya tenía a María con el cuchillo apoyado en la garganta, llevándosela hacia atrás.

—¡Soltala! —le ordené—. ¡Alex, por favor!

Con la mujer atrapada bajo sus brazos y su cuchillo, me miró fuera de sí. Empezó a llevársela arrastrando. Fueron dejando una huella larga en la nieve. La empujó por la fuerza hacia adentro de la casa, como si esta la reclamara. En medio del frío, mientras Lorena se

acercaba, me mantuve quieto. Lo dejé que se la llevara. Y de pronto vi cómo la penumbra del garaje se los tragó. Corrí hacia Lorena y nos abrazamos. Esperamos unos segundos, tomé el atizador y nos dirigimos a la casa, dejando los autos ahí, con las puertas abiertas y las luces encendidas. Lorena me siguió, muda. Quizá entendió al instante lo que estaba pasando.

Nos acercamos rápidamente. Aunque nos esperaba la boca del monstruo.

25

Entramos al garaje como dos ladrones de la noche. El sonido de los autos se disolvía atrás nuestro. El frío polar se colaba por el hueco de la entrada. Lorena iba detrás de mí. No hablábamos. Pisábamos con cuidado, pero cada paso sobre el concreto húmedo del garaje parecía multiplicar su eco. Entramos a la cocina. Yo sostenía el atizador con fuerza; lo sentía vivo, frío, cargado de un propósito que me quemaba la piel de la palma.

—¿Dónde están? —susurró ella—. ¿Qué es esto? ¿Qué está pasando? ¿Quién es esa?

No respondí.

Sentí que la casa me tapaba la boca y que me devoraba silenciosamente; fue muy extraño reingresar a esa pesadilla. Vi la luz tenue del velador y solo había un silencio absoluto. Ahora la oscuridad tenía como otra textura, como si fuera más densa; realmente me oprimió algo muy fuerte.

Fuimos primero al sótano. La puerta estaba entreabierta, como si alguien hubiera bajado deprisa por allí. Nos acercamos con sigilo. Entramos. Yo empuñaba el atizador y Lorena iba pegada a mis espaldas. Bajamos uno a uno los peldaños, afirmando cada pisada. Al tocar el suelo del lugar, miramos bien alrededor. Rápidamente supimos que no estaban allí. No había nada; solo nos golpeó el olor a humedad y el vacío. La cruz, ahí sola, y junto a la pared las dos colchonetas. Ni María ni Alex. Ni un rastro de ellos.

Retomamos la escalera y subimos a la sala. Encaramos hacia las habitaciones del fondo con pasos cautelosos y con los ojos puestos

en todos los recovecos de la casa. La primera, donde se había ocultado María, permanecía vacía. La otra no contenía nada: ni camas ni muebles. Salimos de inmediato. «¿Por qué se agazapaba de esta forma? ¿Qué pensaba hacer con María? ¿Por qué tanto silencio?».

De pronto vi una mancha oscura en el pasillo. «¿Era la sangre de Alex? ¿O era sangre nueva?». Ojeé el interior del baño y nada. Entre señas y ademanes, concretamos dirigirnos hacia el piso superior. Subimos cuidadosamente y nos deslizamos por el pasillo, que era casi calcado al de abajo. Lorena me seguía y me apretaba la campera como jalándome hacia atrás y a la vez acompañándome; sentía su tensión en la espalda. Llegamos a una de las habitaciones del fondo y tiré despacio del picaporte.

—Alex —susurré—. Alex, ¿estás acá?

Ingresé y me di cuenta de que no había nadie. Pasamos y vi que sobre un escritorio había unos cuantos cuadernos apilados. Los revisé así nomás y noté que había algunas hojas arrancadas: dibujos desquiciados con tintas rojas, un hombre con alas negras, una mujer amordazada, un niño con un espejo en lugar de un rostro… cada imagen era más grotesca que la anterior. Lorena se llevó la mano a la boca.

—Perdió la cabeza absolutamente… —musitó.

—Bienvenida —le dije.

Ella se volvió hacia mí, pero su rostro no expresaba miedo; había algo más: una especie de culpa, un dolor viejo.

—¿Qué pasó acá? —me dijo.

—Lo que pasó es que estuve acá… encadenado. Fui su rehén durante… no sé cuánto tiempo. Encerrado ahí abajo con esa mujer. Lore… lo vi crucificarse. Se ató, se lastimó, se expuso ante nosotros. Está completamente en otro mundo. Y esa mujer… esa mujer es la

que mató a su padre. Y no sé por qué me da tanta pena… hay que sacarla de acá, Lorena.

Ella palideció.

—¿Estás diciendo que es la asesina… la asesina verdadera?

—Él la encontró, la tuvo acá abajo en el sótano. Le destruyó la mente… No sé realmente qué quiere: si tenerla bajo su poder o sencillamente matarla.

Lorena se apoyó contra el marco de la puerta como si le fallaran las piernas.

—Tenemos que irnos de acá. Esto no puede terminar bien…

—Yo no me voy… no puedo dejarlo así. No podemos dejarlos solos… puede pasar cualquier cosa.

Me costaba hablar. Algo crecía dentro de mí; no sabía si era lástima o culpa.

—Es mi amigo, Lore. Me confesó todo… lloró, después dijo que era el hijo de Dios y no sé qué… Traté de meterme en su locura y creo que lo logré. Pero no sé en qué momento se encuentra ahora. Estaba furioso… ¿No viste cómo se la llevó?

Hice una pausa. Luego la miré con dolor.

—¿Por qué tardaste tanto en venir? Tuve mucho miedo de morir.

—No sabía si venir o no —me contestó casi a punto de llorar—. No sabía qué pensar. Creí que necesitaban estar solos y charlar, y también pasar tiempo juntos. Aparte la nieve, las rutas, mi auto que no arrancaba…

La miré. Quise odiarla, pero no pude. Porque en el fondo entendía lo que decía. Ella me había insistido en venir a reconciliarme con mi amigo, sin saber que me esperaba una pesadilla. Finalmente salimos del cuarto.

—Esa mujer está viva —dije, buscando convencerme—. Hay que encontrarla… Sigamos buscando.

Volvimos a desplazarnos por el corredor y de repente sentimos un crujido que provenía desde más arriba, donde yo sabía que estaba el ático. Conocía ese lugar; se podía ingresar desde un pasillito que salía desde la mitad del pasillo principal en el que estábamos: era muy corto y desembocaba en un armario empotrado, y ahí, justo al lado, había una puertita. Esa era la entrada. Tenían que estar allí.

—Están allá arriba —le dije en un murmullo.

Llegamos a la puertita. Lorena me seguía. Pegué el atizador junto a mi pierna, empuñándolo con la fuerza que la adrenalina me otorgaba. Tiré de la manija con precaución; crujió y finalmente exhibió el hueco. Vimos emerger una oscuridad profunda y muda.

—Prendé la linterna —susurré.

Ella buscó en su abrigo, sacó su celular y encendió la linterna. La luz nos reveló una pequeña escalera, muy estrecha. Subimos por allí peldaño a peldaño, conteniendo la respiración. El aire sucio del ático nos golpeó. Se sentía muerto, antiguo; años de encierro, polvo y humedad que lo contaminaban todo. Subimos hasta el final y, cuando asomamos, Lorena levantó la luz. En el acto identificamos la figura de ellos dos. Estaban tendidos en un rincón como dos animalitos agazapados. Alex sostenía a María entre sus piernas, allí en el piso, abrazándola con fuerza y con el cuchillo apoyado en su cuello. La mujer temblaba; se le caían las lágrimas. Lorena los siguió alumbrando y yo me paralicé por unos instantes. Los vi agitados.

—Alex —dije.

Él levantó la cabeza. Tenía la mirada perdida, pero en sus ojos había algo de calma controlada, como si hubiera hecho algo definitivo y ya no quedara nada por hacer.

—¿Viniste a buscarla? —me dijo con una voz hueca, casi aniñada —. ¿Quién está ahí? ¿Con quién viniste, Alex?

—Tranquilo —respondí—. Vine a terminar con esto. Quiero ayudarte… Dejame que te ayude, por favor.

Él asintió lentamente, como si entendiera al fin. Pero sus ojos, medio descolocados, aún no me inspiraban confianza. No parpadeaba. El filo continuaba apretando la garganta de María, que temblaba como una hoja presa del miedo.

—No la lastimes —le dije despacio, mientras sentía los pasos de Lorena detrás de mí.

Me acercé con cuidado.

—Vos no sos un mal chico —le dije—. Sos mi amigo… una buena persona. Dejá ir a esa mujer. Soltala… no hace falta esto.

—Nancy no es una buena mujer —dijo con la voz cargada de angustia. El nombre le retumbó en la boca como una maldición.

—Ella me hizo cosas malas —expresó entre dientes—. Cosas que no puedo olvidar.

El filo del cuchillo volvió a apretarse contra María. La mujer cerró los ojos, sollozando apenas.

—Está bien —le dije, conteniendo el miedo—. Lo entiendo, pero soltala… y charlamos como antes. Vos siempre me escuchaste, siempre confiaste en mí… somos hermanos, ¿te acordás? Dejá el cuchillo —insistí—. Vamos abajo, tomamos un licor, como cuando nos escapábamos del colegio… y hablamos de la vida. ¿Está bien?

Entonces Lorena bajó un poco la linterna y asomó detrás de mí. Alex la divisó.

—¿Qué…? ¿Lore…? —preguntó alarmado.

Y en un relámpago se puso de pie, dejando ir a María, que corrió envuelta en la oscuridad. Lorena se fue hacia atrás, aterrada. Yo abrí los brazos viendo que su sombra se me venía encima. Se me abalanzó con el cuchillo en alto. Saltó como un lobo. Apenas tuve tiempo de alzar los brazos antes de que me tumbara al suelo. El atizador se me fue de las manos. Caímos. No se veía mucho. Sentí los gritos de Lorena. El mundo se volvió un torbellino de gritos, jadeos, golpes. La lucha fue inevitable. Le sostuve el brazo con mi

máxima fuerza. Él quería apuñalarme. Le sujeté el brazo con ambas manos sintiendo cómo los músculos de su antebrazo palpitaban, como si tuvieran vida propia. Rodamos. Forcejeamos. Sentí el filo rozar mi costado. Un pinchazo caliente. Ardor. Pero le hice soltar el cuchillo y este salió volando. En un giro salvaje, Lorena gritó algo que no entendí y yo quedé encima de Alex; entonces lo golpeé con los puños cerrados, una y otra vez, sin pensar, sin freno. Solo quería apagarlo. Pronto él se desprendió de la pelea y se arrastró hacia atrás como un animal herido.

Lorena, ahora con el celular en la mano, lo alumbró. Él se paró enseguida y nos embistió para huir por el hueco. Me atropelló, me hizo volar contra el marco de la puerta. Perdí el aliento. Cuando me recuperé, él ya bajaba a toda velocidad por la escalera.

—No puede ser —murmuré.

—Basta… pidamos ayuda —dijo Lorena.

Ahí me incorporé del todo con dificultad, y fue cuando sentí un ardor punzante en el vientre. Me toqué con la mano y noté sangre. Pero no era momento para detenerme. Empuñé el atizador con fuerza.

—¡Vamos! —le dije a Lorena.

Ella asintió, pero su rostro se deshacía. «¿Ahora adónde se dirigía? ¿Adónde huyó María?», pensé angustiado, puesto que se había fugado en la oscuridad dentro de una casa que parecía accionar en favor de Alex. Él, sin dudas, la alcanzaría. De manera que bajamos velozmente. Entonces nos asomamos a la sala otra vez y los vimos: Alex empujaba a María hacia el sótano y cerraba la puerta.

26

Fuimos juntos hasta la puerta del sótano. Lorena enseguida notó la sangre traspasando mi ropa.

—Dejame ver… —dijo.

Me levantó el abrigo y revisó la herida. Yo no quería darle importancia; me había obsesionado con Alex. Lorena frunció el ceño y pensó unos segundos. Me limpió el tajo como pudo. El corte no era profundo, pero ya me chorreaba la sangre hacia el pantalón. Tanteé el picaporte. La puerta estaba trabada.

—¡Alex! —grité—. ¡Salí, por favor! ¡Salí y hablamos…! No le hagas nada a María…

Silencio.

Lorena seguía a mi lado, preocupada por mi herida. Me miró con ansiedad.

—Voy a buscar algo para limpiarte —dijo, y salió al trote para la cocina.

Yo permanecí pegado a la puerta, sintiendo que cada segundo pesaba más que el anterior. Pensaba en las palabras correctas, en algo que le pudiera tocar una fibra de bondad, de sosiego. Debía hallar la respuesta antes de que la locura lo arrastrara completamente al abismo. No se oía la voz de María. No había un solo sonido del otro lado.

—¡Alex! ¡Contestame, por favor!... ¿María?

Lorena retornó con un trapo envuelto y la botellita de alcohol que había usado Alex antes. También traía su celular en la mano.

—No hay señal… la puta madre —masculló, y se arrodilló a mi lado.

Me limpió la herida con rapidez. El alcohol ardía, pero apenas lo sentí. Me vendó el torso de manera improvisada. Mi cuerpo estaba allí, pero mi mente flotaba a la distancia, envuelta en una nube de estrés y agobio. Tenía la sensación de que lo peor había pasado, de que solo era un actor atrapado en una repetición inútil. ¿Estaba en el juego de Alex? ¿Estaba en su fantasía? ¿Por qué deseaba tanto estar allí y ser yo quien acabara con el sufrimiento de todos? Al momento, sentía el clamor mudo de María golpeando en mi consciencia. No quería despegarme de esa puerta.

Lorena se me puso cara a cara.

—Tenemos que irnos, amor… y buscar ayuda. Esto no termina bien…

—Si nos vamos, la mata.

—¡Qué me importa! ¡Que la mate!... Después de todo, es una asesina. Ese tipo está trastornado… ¡Entendelo! Ese que está ahí no es Alex…

—Shhh… Está asustado —le respondí—. Yo puedo convencerlo. Puedo salvarlo.

—¿No entendés?... No es él… Es un monstruo. Esto es muy peligroso…

—No voy a dejarlo solo.

—¿Qué decís?

—Solo me tiene a mí…

—Estás loco… —murmuró, bajando la mirada con cansancio.

Nos abrazó un silencio pesado como el mundo.

—¿Creés que estás entendiendo su locura? —dijo, yéndose para atrás—. Si creés eso, estás más loco que él… ¿O sentís alguna clase de culpa?

Retrocedió casi hasta la puerta principal.

—Seguro que ya la mató —murmuró, resignada.

La miré con desdén.

—Siempre te escapaste de las situaciones difíciles, Lorena.

No dijo nada. Bajó la mirada. Observó el piso, como si allí estuviera esparcida pero indescifrable la respuesta a todo.

—¡Alex! —volví a gritar—. ¡Salí, por favor, hablemos… amigo!

Lorena salió por la puerta, dejando ver una intemperie más calmada y clara. Alzó la mano con el teléfono en alto, buscando señal. Luego de comprobar que aún no había, me miró. Negó con la cabeza y se quedó allí afuera.

—¡Alex… dale, salí! ¿Qué querés hacer?

El silencio se estiraba. Lorena se metió a la casa, pero sin acercarse mucho a mí.

—Dejó de nevar… —manifestó en voz baja.

—Bueno… andá —le dije—. Llamá a la policía si querés.

Ella no reaccionaba.

—¡Dale, andá! —le repetí—. Agarrá el auto… son diez minutos.

Ella se quedó viéndome con enojo y dolor a la vez.

—¿Vos querés que te deje solo con este?

—Lorena, hacé lo que te digo. No tenemos muchas opciones…

Ella dudó. Me miró largo rato. La tensión entre nuestras miradas era insoportable.

—Quizá no quiere matarla… —dijo—. Por ahí quiere que creas eso. Te conoce mejor que a nadie. Te domina. Se ríe de vos…

Y entonces se oyó un crujido de la puerta. Enseguida nos alejamos. Lorena corrió y abrió de par en par la principal. Levanté el atizador. Me afirmé con ella a mis espaldas. La puerta del sótano se abrió.

Alex.

Puso un pie en la sala. Venía tomándose el abdomen. Entre sus dedos brotaba la sangre oscura y caía sobre el parqué. Su cabeza

colgaba. Se movía lento y con dificultad. Pronto alzó la vista y nos vio. Sus ojos iban cargados de desconcierto. Dio un paso, luego otro. Estaba herido, frágil, desarmado. Y se me vino encima. Pero Lorena se me anticipó y lo agarró ella. Se fueron juntos al piso. Alex quedó entre sus piernas, dejando ver su semblante agónico. Nos llenamos de miedo e incertidumbre.

Volteé hacia el sótano y vi emerger la figura de María. Salía lentamente, con el rostro desencajado y el cuchillo rojo en su mano. Se detuvo. Nos miró desafiante. Lo había apuñalado para liberarse, probablemente con el cuchillo que había volado en el ático.

—¿Qué hiciste? —murmuró.

Ella no contestó. Miró a Lorena, que sostenía a Alex en el piso.

—Dame la llave del auto —ordenó con voz rasposa.

—Tirá ese cuchillo —respondí yo, al instante.

—¡Vos callate! —me dijo. Estaba desfigurada por el odio.

—Dame eso, María. Ya está, lo apuñalaste… mirá cómo está. Se terminó.

No cedía.

—Yo digo cuándo se termina.

Le clavó los ojos a Alex.

—¿Qué mirás, rata…? Hijo de puta… basura igual que tu padre… ¡Morite!

Alex estaba mudo y adolorido en los brazos de Lorena.

—¡Dame ese cuchillo! —le grité, alzando el atizador.

Ella corrió hacia la cocina. Quizá quería salir por el garaje, pero yo fui con toda la furia y me lancé para sujetarla. Caímos al piso. Y ahí nomás le arranqué el cuchillo. Luego quiso soltarse, pero la tomé de los pelos y la arrastré por toda la cocina hasta la sala, dejándola tendida junto a los otros. Lorena me miró consternada.

—Sangra mucho —dijo—. Hay que llevarlo al hospital.

Mis pensamientos se atropellaban. Entretanto, María se fue moviendo hacia atrás hasta ponerse de pie, mirándonos a todos como si fuéramos demonios. Luego corrió hacia la entrada y se esfumó. Semidesnuda y con el camisón rasgado manchado de sangre, pisó la nieve decidida a desaparecer. Fui hasta la puerta y la vi alejarse dando traspiés, sin volver la vista atrás, llevándose consigo lágrimas de horror y de libertad. Empezó a correr más y más rápido y, de pronto, el manto blanco se la tragó por completo. Y ya no la vi más.

TERCERA PARTE

EL CIELO

27

«Esta propiedad es perfecta», pensaba Thomas mientras examinaba cada rincón del refugio de Furman. Sin embargo, tenía que deshacerse rápido de los policías o las cosas podrían complicarse. Y también hacer algo con el cuerpo de Naitán, que lo había depositado en un pequeño cuarto de herramientas.

Thomas estaba agotado. Para recorrer los seiscientos kilómetros desde Arrecifes hasta Villa del Mar había viajado en varios camiones y un tramo en tren, siempre eludiendo a las autoridades. Guiado por puro instinto, volvió a su pequeño pueblo para encontrar vivo a Furman, aquel hombre que lo había encerrado cuarenta años atrás.

Su mente hilvanó recuerdos de aquel lugar: su rincón favorito era el aljibe, cerca del monte que ocultaba la casa de Furman. Se dirigió allí después de atravesar Villa del Mar, un pueblo despojado de habitantes viejos que lo observaron con una indiferencia simulada para protegerse. Tras descansar una noche en el monte, vio una pequeña luz que atravesaba la arboleda. Era la casa. Supo entonces que el viejo seguía con vida, o que algún familiar la había heredado.

Lo que encontró fue la versión derrumbada de aquel militar que lo había apresado en 1981. Lo encaró sin dificultad; el Furman actual no ofreció resistencia cuando Thomas se le abalanzó. Sin mediar palabra ni frases de venganza, lo derribó y lo ahorcó. Tras un breve descanso, buscó una pala y lo enterró en la entrada de la casa, sin siquiera revisar los rincones.

Con el hombre bajo tierra, entró finalmente a la vivienda. Había comida, agua y suministros. Furman había llevado una vida modesta

y anónima de hombre de campo durante décadas, mientras Thomas era trasladado de prisión en prisión hasta terminar en un hospital psiquiátrico para viejos criminales.

La propiedad era el refugio perfecto, pero el destino volvería a sorprenderlo. Había asesinado a un chico y en la sala de estar tenía a dos policías maniatados a los que no había dejado hablar. Estaba demasiado agotado para propinarles una tortura; solo sabía que no podía dejar rastro de ellos. La mejor opción era liquidarlos pronto y echarlos al fuego: estaba muy cansado para cavar tres tumbas más.

A Salas le palpitaban los oídos y los ojos; sentía que la carótida estaba a punto de reventarle. Intentaba controlar el pánico, pero el miedo lo gobernaba por completo. Raúl, un poco más frío, observaba la casa. Sus armas estaban allí, en la alacena; evidentemente, Thomas las había dejado a la vista para que la desesperación de los policías creciera, aunque él lo tenía todo bajo control.

Thomas se movía por la casa con una calma sucia. Se bajó media botella del whisky del viejo Furman, tomó café y devoró pan como un salvaje, arrancando los pedazos con las manos. Estaba cubierto de mugre y transpirado, a pesar del frío que golpeaba afuera. El ambiente era pura tensión. Thomas caminaba alrededor de ellos en silencio, rozando de vez en cuando el rostro de Raúl con el dedo o picándole el pómulo a Salas.

—¿Qué voy a hacer con ustedes? —preguntó Thomas con una sonrisita irónica—. ¿Quién los mandó a buscarme?

Detrás de la mordaza, Raúl intentaba articular una voz que Thomas no pensaba liberar. Quería mediar, hacía gestos con las cejas y los ojos, manteniendo una calma tensa. En cambio, Salas, con la vena hinchada en la frente, solo luchaba contra sus amarras, incapaz de zafarse. Algo frío le recorría la espalda y no sabía si era el miedo o un hilo de sangre naciendo de su nuca.

Thomas se apoyó junto a la ventana y miró hacia el monte nevado. No tenía un plan claro. Torturarlos —arrancarles las uñas o apuñalarlos— no tenía sentido; en ese instante se sentía como un profesional y no tenía ganas de limpiar materia orgánica por todo el lugar. Dormirlos de un golpe y arrojarlos al fuego era la mejor opción. Si la policía lo atrapaba, no tendrían cuerpos que desenterrar ni nuevos cargos que imputarle. Volverlos ceniza era la idea que más fuerza cobraba en su mente desquiciada.

Fue y recogió las placas que había dejado tiradas.

—Víctor Salas —leyó con una mueca mientras examinaba los datos. Después leyó el otro nombre—: Raúl Lavardén.

Fijó su mirada fría y calculadora en Raúl durante un largo rato. Raúl empezaba a resignarse; comprendió que el miedo de Salas estaba divirtiendo a Thomas y que él, probablemente, sería el primero en morir. Sintió una pena profunda: si Thomas lo elegía a él primero, se quedaría a solas para divertirse torturando a su joven compañero.

El clima se volvió insoportable. En esa habitación oscura en medio del campo, nadie iría a rescatarlos. Thomas, con una mirada salvaje, paseaba una y otra vez alrededor de la mesa. La escopeta descansaba junto a la puerta, un puñal cruzado en su cintura y el nivel del whisky seguía bajando.

Mientras tanto, afuera, el blanco no era un color, era una ceguera. María corría a través de los campos, hundiendo los pies en una nieve que no perdonaba. Corrió kilómetros sin detenerse a mirar atrás. Su camisón, convertido en jirones de seda y sangre seca, se agitaba como una bandera de rendición que el viento del sudeste intentaba arrancarle. Tenía los pulmones ardiendo y los pies entumecidos, pero el trauma de lo vivido era un motor más fuerte que el frío. Y así se deslizó entre campos helados, solo para alejarse de aquel captor y para encontrar ayuda. Pero el destino preparaba otro oscuro desafío.

A lo lejos, entre la bruma estática del temporal, emergió una silueta arruinada: la casa de Furman. Aunque María no buscaba refugio —buscaba más bien un milagro—, se topó, sin imaginarlo, con otra jaula.

Dentro de la casa, el aire se agotaba. Salas y Raúl estaban sentados y maniatados por sogas que les mordían la carne. Las mordazas les comprimían las mandíbulas, volviendo cualquier intento de grito en un gemido animal, sordo y desesperado. Los ojos de Salas, inyectados en sangre por el esfuerzo y el pánico, buscaban los de Raúl, que estaban posados en una calma pensante.

Thomas estaba frente a ellos, pero no los veía. Se acariciaba la barbilla con una mano sarmentosa, agotado. El peso de los años y de la violencia le había caído encima de golpe.

De repente, sin decir una palabra, Thomas agarró la escopeta, les dio la espalda y caminó hacia el pasillo. Salas empezó a balancearse en la silla con un sudor frío recorriéndole la frente a pesar de la temperatura bajo cero. Sus ojos estallaron en lágrimas de pura impotencia; logró mover la silla apenas unos centímetros y el chirrido de la madera contra el piso sonó como un trueno en el silencio de la casa. Raúl, en cambio, mantenía una calma pétrea, aunque sus pupilas dilatadas delataban que estaba calculando cada segundo de oxígeno que le quedaba.

Afuera, en el patio trasero que desembocaba en el campo abierto flanqueado por montes oscuros, Thomas se agachó para encender un fuego. Lo prendió rápido. Lo hizo con papel y la leña que Furman tenía apilada. Las llamas naranjas rompieron el blanco absoluto que rodeaba el área. Se quedó allí un momento, moviendo las brasas con un palo, hipnotizado por el calor. Luego caminó hacia el frente de la casa. Miró la tumba de Furman, una herida oscura en la nieve, y luego la pala apoyada contra la pared. Regresó al patio trasero; volvió a concentrarse en el fuego. Fue un ritual de indecisión. En un

momento se asomó por la ventana del costado, solo para cerciorarse de que sus prisioneros seguían allí, amarrados como fardos. Al verlos, exhaló un suspiro de vapor y regresó a sus brasas.

Fue entonces cuando la puerta principal se abrió con un lamento de bisagras oxidadas. Era María. La mujer entró como una ráfaga de aire gélido. Se detuvo en seco al ver el panorama. El shock la dejó muda: dos hombres de mediana edad, atados, amordazados, pidiendo auxilio con la mirada. Caminó despacio, rodeándolos, como si fueran parte de una alucinación. El frío la hacía tiritar violentamente; sus dientes castañeaban con un ritmo frenético.

Salas, con una urgencia que le deformaba el rostro, señaló con la cabeza hacia arriba de la vieja heladera. María siguió la dirección de sus ojos. Allí, sobre el metal oxidado, estaban las dos pistolas reglamentarias, los celulares y las placas. Raúl asintió con fuerza, queriendo confirmar el mensaje. Luego, ambos señalaron con desesperación hacia el pasillo que daba al patio trasero.

María comprendió. El instinto de una mujer que acababa de escapar de un verdugo se le encendió en las entrañas. Se estiró y agarró una de las pistolas. El peso del arma le devolvió una pizca de calor. En ese instante, el ruido de la puerta del fondo se escuchó nítido. Thomas asomó por el pasillo.

El tiempo se detuvo.

Thomas estaba desarmado; había dejado la escopeta apoyada en el patio, convencido de su dominio total.

La tensión era un cable pelado a punto de estallar.

—¿Qué es todo esto? —preguntó María, apuntándole con manos temblorosas pero decididas.

Thomas no se alteró. Reculó un par de pasos, evaluando a la mujer que parecía salida de una pesadilla.

—Bajá el fierro, nena —dijo él con una voz tensa—. Estos dos son asesinos. Estoy esperando a la policía. Bajá el arma.

Salas y Raúl forcejearon, emitiendo gemidos desesperados tras las mordazas. María miró a Thomas, luego miró hacia la heladera. Vio las dos placas doradas. Vio el aspecto de Thomas, la locura que emanaba de las paredes.

—Ellos son policías —gritó María, desencajada—. ¿Quién carajo sos vos? ¡Dale, decime porque te mato acá nomás! Vengo de matar a otro loco, no me va a temblar el pulso. ¡Decí la verdad! —exclamó otra vez y amartilló el arma.

Thomas no respondió con palabras. Sus ojos se clavaron en la salida. En un movimiento repentino, giró para correr hacia el patio, buscando la escopeta. María no dudó y corrió tras él. El estruendo de los disparos retumbó en la sala, rompiendo el hechizo del silencio. Dos balas le dieron de lleno en la espalda. Thomas cayó, lanzando un grito ahogado, y empezó a arrastrarse penosamente hacia la luz de la puerta trasera.

María volvió hacia los policías. Con desesperación febril, les bajó las mordazas.

—Somos policías, sacanos esto, ¡rápido! —rugió Raúl apenas recuperó el habla.

María desató las cuerdas. Apenas se sintió libre, Raúl le arrebató el arma de las manos con un movimiento profesional. Salas, tras ser desatado, corrió hacia la heladera y recuperó la suya. El mundo volvía a tener orden, pero era un orden caótico. Salas sacó su celular y el papel arrugado que llevaba en el bolsillo. Se lo arrojó a María.

—Llamá a este número. Son los de Bahía Blanca, te están buscando. Vos sos María, ¿no? —preguntó Salas.

—Sí —logró decir ella, temblando.

—¡Llamalo ya! —le ordenó Salas y salió corriendo detrás de Raúl hacia el patio.

Afuera, la escena era dantesca. Raúl tenía a Thomas encañonado. El viejo estaba de rodillas, con la nieve tiñéndose de un rojo brillante

bajo su cuerpo. Thomas respiraba con dificultad; el aire le silbaba en los pulmones perforados. Miró el fuego que él mismo había encendido, las llamas que bailaban desafiando el temporal.

De repente, en un acto de locura final o quizás buscando una purificación que la justicia de los hombres no podía darle, Thomas lanzó un gemido místico. Antes de que Raúl pudiera reaccionar, el viejo se impulsó con sus últimas fuerzas y se arrojó de lleno sobre la leña ardiente. El fuego bramó al recibir el cuerpo. Raúl se detuvo en seco, bajando el arma, petrificado por la imagen. Salas llegó a su lado y ambos observaron en silencio. El olor a carne quemada se mezcló con el aire puro de la nieve. Thomas no gritó; se dejó consumir por las llamas mientras los copos de nieve caían sobre el incendio, evaporándose al contacto. El verdugo de Villa del Mar había decidido que su tumba fuera el calor, desapareciendo ante los ojos de los hombres que venían a cazarlo.

En pocos minutos, las luces azules y rojas de las patrullas cortaron la blancura del temporal con una violencia infernal. Dos unidades avanzaron pesadamente por el camino de entrada, seguidas por el Focus gris que, tras estacionar, exhaló un suspiro de vapor mecánico. El silencio del monte fue reemplazado por el crujido de la nieve bajo los neumáticos y el estrépito de las puertas abriéndose.

María estaba allí, esperándolos. Parecía una estatua tallada en hielo bajo la nieve fatal que caía sin tregua. Llevaba una manta que alguien le había arrojado sobre los hombros, pero seguía tiritando, con la mirada fija en el suelo, como si intentara reconocer las manchas de sangre que la naturaleza se empeñaba en borrar. Cuando los investigadores del Focus bajaron, ella apenas levantó la vista; ya no le quedaban lágrimas, solo un vacío que la nieve no podía llenar.

Del patio trasero asomó Salas. Estaba agitado, con la ropa empapada y el cabello pegado a la frente por una mezcla de sudor y aguanieve. Caminaba con la pesadez de quien ha regresado de la muerte por un margen demasiado estrecho. Raúl apareció unos pasos detrás de él con el rostro endurecido, guardando su arma reglamentaria con un movimiento mecánico. Al ver a sus colegas de Bahía Blanca, Salas asintió levemente, un gesto mudo que resumía el horror de las últimas horas.

Lorena había conseguido finalmente señal en su teléfono. Las autoridades recibieron casi al mismo tiempo los llamados desesperados de ella y de María. Entre el atropello de los dichos, los oficiales no tardaron mucho en darse cuenta de la relación y la cercanía de estos sucesos.

La nieve ahora era menos copiosa.

En la parte trasera de la primera patrulla, Alex observaba la escena a través del cristal empañado. Estaba solo, herido y vencido, pero sus ojos mantenían un brillo enfermo, una chispa de ese delirio místico que casi lo había consumido. Miraba el humo que ascendía desde el patio trasero, un hilo negro y espeso que se retorcía hacia el cielo gris. Sabía que allí, en ese fuego, se había ido algo más que un hombre; se había consumido una arquitectura de odio que él había subestimado.

En la otra unidad, el amigo de Alex y Lorena permanecían inmóviles, observando la casa de Furman como quien mira las ruinas de una civilización perdida. Los oficiales ayudaron a María a subir a uno de los vehículos mientras otros investigadores se desplegaban hacia el patio trasero, donde la fogata de Thomas seguía luchando contra la nieve.

Salas se detuvo a unos metros del grupo. Ignoró las preguntas técnicas de los peritos y el ajetreo de las radios. Sintió, en ese instante, el miedo más real y agónico que jamás hubiera

experimentado: no el miedo a morir, sino el miedo a lo que queda después de ver la verdadera cara del hombre. El humo de Thomas se mezclaba con la nieve, ascendiendo hacia un cielo que no ofrecía respuestas. Salas buscó la mirada de Raúl, pero su compañero estaba ocupado con los informes.

Solo, en medio de la desolación blanca, Salas clavó una mirada solitaria sobre el horizonte difuso. Villa del Mar desaparecía bajo el manto invernal, volviéndose un recuerdo borroso, una mancha de humedad en el mapa de su memoria. El caso estaba cerrado, las piezas habían encajado, pero la sensación de derrota era absoluta. En el silencio de la nieve, el hombre pensó que ese era un miedo verdadero, el que había sentido en esos instantes en que estaba maniatado y amordazado. ¿Acaso ahora su hipocondría desaparecería? Experimentar un miedo tan real sin dudas dejaría una marca, para bien o para mal, en esa vida tan al borde. Salas se apartó del operativo. Vio el aljibe, vio los árboles. Tomó una leve distancia de esa locura sangrienta y, por un segundo, con infinita melancolía, pudo ver su vida entera. Pero cuando sus ojos volvieron al paisaje y se enfocaron en el campo blanco, vieron que alguien aún seguía sin ser capturado. Vio al animal pastando tranquilo, camuflado en el mejor lugar del mundo; quién sabe hasta cuándo, quizá hasta que pase el invierno, hasta que caiga el manto negro.

NOTA DEL AUTOR

Gracias por haber recorrido cada página de esta historia y por adentrarte en mi universo literario. Que hayas llegado hasta aquí significa mucho para mí; espero que la resolución de este caso y la experiencia de la lectura hayan estado a la altura de tus expectativas.

Escribir este libro fue un proceso de encajar piezas y de construir una trama original, uniendo dos historias que habían sido inicialmente novelas cortas en un mismo universo. Si disfrutaste del ritmo de la investigación y de los giros del relato, te invito a seguir descubriendo mis otras obras: Un hombre común, mi libro anterior, sigue la línea del crimen, lo policial y lo psicológico; en cambio, títulos como El mirador de los cuerpos fríos y El color invisible exploran temas espirituales, sobrenaturales y los vínculos humanos.

Tu apoyo es fundamental

Si quieres ayudar a que este libro llegue a más lectores, te agradecería mucho que dejes una ***reseña*** o ***calificación*** en la plataforma donde lo adquiriste. Tu opinión no solo me ayuda a crecer como autor, sino que permite que otros entusiastas de este género descubran mi trabajo.

Sigamos en contacto

Si quieres conocer más sobre el proceso de creación de mis tramas o enterarte de mis próximos lanzamientos, te espero en mis canales oficiales:

Instagram: **@Diego_Leiva_Escritor**

Blog: **diegoleivaescritor.blogspot.com/**

Muchas gracias por estar del otro lado. ¡Hasta pronto!